

Actualización del testimonio en las narrativas biográficas  
de colombianos que un día contaron la guerra

MARGARITA ISAZA VELÁSQUEZ

Trabajo de profundización para optar al título de  
Magíster en Ciencia de la Información, mención Memoria y Sociedad

Asesora:

Liliana Cecilia Molina González

Doctora en Filosofía por la Universidad de Valladolid

Universidad de Antioquia

Escuela Interamericana de Bibliotecología

Medellín, Colombia

2019

El ser humano es más grande que la guerra... La memoria retiene solo aquellos instantes supremos. Cuando el hombre es motivado por algo más grande que la Historia. He de ampliar mi visión: escribir la verdad sobre la vida y la muerte en general, no limitarme a la verdad sobre la guerra. Partir de la pregunta de Dostoievski: ¿cuánto de humano hay en un ser humano y cómo proteger al ser humano que hay dentro de ti? Indudablemente el mal es tentador. Y es más hábil que el bien. Es atractivo. Me rehúndo en el infinito mundo de la guerra, lo demás ha palidecido, parece más trivial. Un mundo grandioso y rapaz. Empiezo a entender la soledad del ser humano que vuelve de allí. Es como regresar de otro planeta o de otro universo. El que regresa posee un conocimiento que los demás no tienen y que solo es posible conseguir allí, cerca de la muerte. Si intenta explicar algo con palabras, la sensación es catastrófica. Pierde el don de la palabra. Quiere contar, y los demás quieren entender, pero se siente impotente.

Svetlana Alexiévich, *La guerra no tiene rostro de mujer* (2015, p. 16)

El reto consiste en lograr que sus relaciones no se fundamenten en principios de dependencia y subordinación, sino de entendimiento mutuo y diálogo entre iguales. Sólo entonces daremos una oportunidad a que la buena fe y la voluntad de comprender al otro triunfen sobre todos los odios y conflictos que sacuden a la familia humana.

Ryszard Kapuscinski, *El mundo de hoy: Autorretrato de un reportero* (2004, p. 53)

Ante el triste poder de evocación de esos sitios, cada uno de nosotros, los sobrevivientes, se comporta de manera distinta, pero se distinguen dos grandes categorías. Pertenecen a la primera categoría los que rehúsan regresar, o incluso hablar del tema; los que querían olvidar pero no pueden, y viven atormentados por pesadillas; los que, al contrario, han olvidado, han extirpado todo y han vuelto a vivir a partir de cero. He notado que, en general, todos estos individuos fueron a parar al Lager “por desgracia”, es decir sin un sentido político preciso; para ellos el sufrimiento ha sido una experiencia traumática pero privada de significado y de enseñanza, como una calamidad o una enfermedad: el recuerdo es para ellos algo extraño, un cuerpo doloroso que se inmiscuyó en sus vidas, y han tratado (o aún tratan) de eliminarlo. La segunda categoría, en cambio, está constituida por los exproisioneros “políticos”, o en todo caso con preparación política, o con una convicción religiosa o con una fuerte conciencia moral. Para estos sobrevivientes recordar es un deber: éstos no quieren olvidar, y sobre todo no quieren dejar que el mundo olvide, porque han comprendido que su experiencia tenía sentido y que los Lager no fueron un accidente, un hecho imprevisto de la Historia.

Primo Levi, *Si esto es un hombre* (1987, pp. 320-321)

# Actualización del testimonio en las narrativas biográficas de colombianos que un día contaron la guerra

## Contenido

### **Introducción** [4]

Valorar el testimonio [7]

Objetivo general [13]

Objetivos específicos [13]

Participantes y metodología [14]

### **Narrativas biográficas de quienes contaron la guerra** [22]

Entrevista con Patricia Nieto —emprendedora de memoria— [22]

(1) Eugenio Serna Tapia [34]

(2) Orlando Guarín Morales [50]

(3) Iván Darío y Jaime Arroyave Restrepo [60]

(4) Ana Rita Chalarca Arias [72]

(5) Helly Johana Blandón Uribe / Cristian Yoleimar Cardona Flórez [78]

### **Testimonio, memoria y narración** [86]

El testimonio: decir de sí [88]

La memoria: interlocución del pasado [94]

La narración: el hilo de la identidad [100]

### **Conclusiones** [104]

1. El para qué del testimonio parte de una conciencia moral que invoca una memoria ejemplar [104]
2. El recuerdo implica disputas frente al sentido que este adquiere para las víctimas [106]
3. Distintos tipos de violencia marcan (incluso desde el presente) las trayectorias de las víctimas del conflicto [107]
4. La expresión de una narrativa biográfica por parte de individuos que han transitado por el sufrimiento puede contribuir a su identidad e inserción en la sociedad [108]
5. La sociedad puede cohesionarse social y políticamente si comprende las fracturas producidas por sus desigualdades y violencias en la vida de los individuos [111]

### **Bibliografía general** [114]

## Introducción

Este trabajo de profundización quiere acercarse a las personas que poseen una experiencia de trauma ocurrida en el contexto del conflicto armado colombiano y sus violencias, y que en algún momento de sus vidas, posterior a esa experiencia, se sintieron habilitados para elaborar un testimonio y lo dieron a conocer a través del lenguaje escrito, con el apoyo de talleres grupales y en un soporte de circulación relativamente amplio: libros publicados por la Alcaldía de Medellín. Son importantes, para este trabajo, la experiencia y el testimonio articulado por ellos, víctimas-autores, pero el verdadero interés aquí está en ellos: en quiénes eran cuando vivieron tal experiencia, en quiénes llegaron a ser en la época en que testimoniaron, y en quiénes son ahora, cuando el crisol del tiempo ha fundido su vivencia traumática con su trayectoria de vida y ya no se hallan más en la dinámica de taller de escritura ni acaso cobijados por el ojo institucional de la reparación a las víctimas.

Se inscriben estas páginas dentro del campo interdisciplinar de la memoria, que se ha nutrido en las últimas décadas con los estudios decoloniales y de género, para dar explicación, desde el punto de vista de los sujetos históricamente oprimidos, a cómo cada grupo social entiende lo que ha vivido como colectivo y cómo resignifica con ello —un recuerdo reelaborado por la experiencia— su identidad y su pertenencia social.

Entiendo el concepto de memoria como el acto de recordar, pero no como un hecho neuronal sino como una actividad de las personas que toma diversos adjetivos y se complejiza así según las circunstancias en las que ocurra tal acto, si es una decisión, si tiene intencionalidades, si implica omisiones, si se contrapone o niega el acto de otros, si va cambiando con el tiempo, si su enunciación logra trascendencias, si determina otros actos, etc. Recordar no es, entonces, un verbo inocente y tal vez por eso Paul Connerton (1999), refiriéndose al apellido social de la memoria, expresó en pregunta el título de *cómo las sociedades recuerdan*.

Recordar las propias vivencias pertenece a la memoria individual; pero siempre se recuerda en un entramado de relaciones sociales (materiales y simbólicas) y por eso se habla de memoria social. Sin embargo, estos entramados sociales orientan la forma en que se recuerda porque nos remiten a un colectivo social más amplio del que somos parte y por eso se habla

de memoria colectiva, incluso con los acuerdos y disputas que esto conlleva. La memoria histórica, por su parte, se relaciona más con la articulación de un discurso hegemónico, con el consenso frente a lo que a una sociedad le pasó y por eso —por el consenso— esta memoria es tal vez más estable en el largo plazo, cuando empieza a insertarse en una trama histórica de hechos y significados.

Statis Khalivas dice en su artículo “Cuatro maneras de recordar un pasado conflictivo” (2006, nov. 22), en el que se refiere a las memorias de la Guerra Civil Española, que “toda sociedad conserva una memoria común sobre su pasado. Suele tratarse, sin duda, de una historia sesgada, puesto que se escribe con el objeto de unificar un grupo por lo demás diverso, y se privilegia un punto de vista, el del ‘nosotros’ frente al del ‘ellos’, siendo ‘ellos’ otras sociedades. Pero en sociedades que han pasado por guerras civiles es más difícil mantener una memoria común: el grupo ‘externo’ es parte de la propia comunidad y no puede eliminarse sin más de la narración histórica”. Se observa en estas líneas cómo esa memoria común es un campo en disputa que enfrenta versiones, puntos de vista, y las hace dialogar aun cuando no se trate de sociedades opuestas sino coexistentes aunque diferenciadas.

Estas memorias, con el adjetivo que se aborde —individual, colectiva, social, histórica— traen el pasado al presente, reinterpretándolo, y este proceso termina permeando decisiones y comportamientos hacia el futuro. Por eso el qué se recuerda y cómo se recuerda han sido dos ejes importantes para los estudios de la memoria.

En este trabajo se tomará en cuenta la definición de memoria de Félix Vásquez: “la memoria definida por su carácter social, es decir, por ser proceso y producto de los significados compartidos engendrados por la acción conjunta de los seres humanos en cada momento histórico” (2001, p. 27). Así mismo, quienes se encargan de estas operaciones del recuerdo no lo hacen sin más o vacíos de sentido, y son quienes definen con cierto grado de conciencia cómo hacerlo y con qué propósitos. A través de los procesos de recordar, se expresan unas subjetividades individuales y colectivas, que son dinámicas y adaptables por los mismos individuos y sus sociedades según trayectorias de vida, cargas culturales, económicas y sociales, y por supuesto opciones y decisiones políticas.

Al respecto, Elizabeth Jelin dice que la memoria implica un “trabajo” y sostiene que: “Uno no recuerda solo sino con la ayuda de los recuerdos de otros y con los códigos culturales

compartidos, aun cuando las memorias personales son únicas y singulares. Esos recuerdos personales están inmersos en narrativas colectivas, que a menudo están reforzadas en rituales y conmemoraciones grupales. [...] Toda memoria es una reconstrucción más que un recuerdo” (2002, pp. 20-21).

Justamente el sujeto que hace trabajo de memoria es el centro de este trabajo de profundización titulado *Actualización del testimonio en las narrativas biográficas de colombianos que un día contaron la guerra*. Como asunto de análisis, se abordó un número reducido de “colombianos” para poder reconstruir junto a ellos sus narrativas biográficas, dentro de las cuales el testimonio de esa guerra que un día contaron constituye un hito que al actualizarse, o al ser interrogado desde el presente y desde otro lugar de enunciación, permite su apertura a nuevos sentidos y maneras de ser comprendido.

En este contexto, se entiende aquí el testimonio como la narración que puede hacer el testigo de aquello que vivió, y que solo surge de la interpelación hecha por un otro que no estuvo en sus circunstancias: al ser interpelado no solo testimonia de experiencias sino de aquello que no permite ser contado de manera plena, sino reinterpretado. Dar testimonio implica, así, una decisión de contar, frente a un pedido externo, y, cuando menos, una operación de ordenamiento y selección —a veces consciente, a veces inconsciente—, que escoge y relata los hechos, los dota de sentido, los relaciona con el accionar propio y el de otros individuos, y los despliega de cierta forma, en el marco social provisto por el lenguaje, para que puedan ser comprendidos no solo por quien los enuncia sino también por quien está dispuesto a recibirlos y acoger allí una nueva interpelación.

¿Qué hace posible el testimonio?, se pregunta Michael Pollak en su investigación acerca de la experiencia concentracionaria, y esto puede ser útil para pensar en que lo expresado por una víctima puede variar con el paso de los años. Tal es el caso de los participantes de este trabajo, quienes elaboraron su testimonio en la primera década del siglo xx, algunos muy cerca temporal o espacialmente del daño sufrido. Estas personas en la actualidad han pasado por otro tipo de circunstancias, algunas también violentas u otras satisfactorias, alejadas del conflicto armado. Dice Pollak: “Lejos de depender de la sola voluntad o de la capacidad de los testigos potenciales para reconstruir su experiencia, todo testimonio se ancla también y

sobre todo en las condiciones sociales que lo vuelven comunicable, condiciones que evolucionan con el tiempo” (2006, p. 56).

Por todo esto, actualizar esta narración, que fue resultado del trabajo de la memoria, implica reencaminar el acto de recordar hacia una apertura a la narrativa biográfica; una narración donde tienen lugar no solo los hechos de violencia que originaron el testimonio o la narración inicial, sino también otros hechos, rasgos de carácter, opiniones de sí y sobre el contexto y, en suma, trayectorias de vida.

¿Por qué es importante llegar a la narrativa biográfica que incluye el testimonio revisitado de la experiencia de violencia padecida? Porque si bien el contar lo que ocurrió en el contexto de la guerra puede aportar a la reconstrucción de la memoria de unos hechos, y a la reinterpretación del pasado en una sociedad, el ampliar el testimonio al ámbito del sujeto, cuando este ya ha cerrado círculos de reparación y la sociedad supone que su vida ha vuelto a una “normalidad”, puede mostrar las huellas de la guerra en el largo plazo, me refiero a las dificultades que pueden experimentar algunas víctimas para ejercer nuevamente su ciudadanía o para tener acceso a sus derechos, lo mismo que las consecuencias de medidas de reparación establecidas para atenderlos, y, especialmente, la forma en que se ha reconfigurado el propio sujeto antes victimizado por un hecho del conflicto armado.

Conocer quiénes son hoy estas personas y cómo se asumen a sí mismas frente a los desafíos de su propia existencia y de su desenvolvimiento social, puede plantearle a la sociedad colombiana (si un día es capaz de configurar su esfera pública de duelo) un escenario proyectivo en el que no se sigan produciendo víctimas por parte del conflicto armado; aunque sigan las víctimas de los tiempos de mayor violencia intentando ejercer su propia vida, defender sus derechos, subsanar su sostenimiento, sanar sus heridas, acaso perdonar y restablecer aquello que perdieron o que quedó trunco por causa de la guerra.

Por eso es legítimo decir que estas víctimas, cuando pueden reconstruir su subjetividad lacerada por el trauma y elaborar una narrativa que da cuenta de sí mismos, configuran comunidades emocionales que, mediante distintos procesos en los que puede estar presente toda la sociedad, como parte de una esfera pública de duelo, puede reconvertirse en una comunidad política de personas que ya no solo reconfiguran su subjetividad sino que

manifiestan su inserción en el mundo social y, en algunos casos, empiezan a ejercer una ciudadanía política.

### **Valorar el testimonio**

Ante la emergencia del testimonio de las víctimas en Colombia y su irrupción en la configuración de una esfera pública de duelo, constituida por “las expresiones de diversos agentes sociales respecto de las pérdidas individuales acaecidas en las últimas décadas en el conflicto armado colombiano” (García Arboleda, 2013, p. 134), existe la tendencia, en ámbitos masivos y de diversidad de públicos como los medios de comunicación, a considerar que se ha dado un “boom de la memoria” (Huysen, 2002) por la proliferación de iniciativas afines al “deber de memoria” del Estado y al aporte que ciudadanos han hecho a procesos judiciales dentro y fuera del país (Aguilar Forero, 2018, abril-junio).

Para la configuración de este “boom de la memoria” pueden haber incidido “la continuidad del conflicto y su degradación, la reactivación de casos cerrados (toma del Palacio de Justicia, exterminio de la Unión Patriótica), la desmovilización de los grupos paramilitares regulada por la Ley de Justicia y Paz (Ley 975 de 2005)”, así como “la internacionalización de la justicia, la configuración del movimiento por la memoria como movimiento social, y la creación de la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (CNRR)” (Giraldo, 2012, junio, s. p.).

Dentro de este panorama y para aclarar un poco el concepto de “esfera pública de duelo”, García Arboleda (2013) dice que su dinámica está caracterizada por tres aspectos: “1) la oscilación entre negación y aceptación de las pérdidas individuales como pérdidas colectivas, 2) la puesta en escena de diferentes lugares comunes que funcionan como vectores de memoria que configuran lo que ‘debe ser recordado’, y 3) la construcción de diversos modelos de producir memoria sobre la violencia en la sociedad” (p. 135).

Es así como en ese contexto se ha producido un volumen significativo de trabajos y procesos de memoria histórica que involucran el testimonio de las víctimas como evidencia de la ocurrencia del conflicto armado en Colombia. Así, el Centro Nacional de Memoria Histórica ha publicado en una década, desde el 2008, más de 84 títulos que relatan las vivencias de la guerra en el país; están agrupados según casos emblemáticos y temas priorizados como el género, la justicia y la paz, y el despojo, el desplazamiento y la resistencia. Este esfuerzo,

parte del deber de memoria del Estado (Ley 1448 de 2011), ha querido hacerles justicia a las voces de las víctimas, pues si bien cada investigación se complementa con datos estadísticos y cifras de la economía de la guerra, su aporte al constructo de la historia es el haber recogido y dejado en letras de molde la primera persona de quienes han sufrido los daños y los impactos más tangibles de la confrontación armada.

Respalda esto Miriam Jimeno (2010, p. 99) al decir que en los últimos años hemos presenciado la afirmación de un lenguaje en forma de testimonio, que narra experiencias personales de sufrimiento —y es por ello eminentemente emocional—, el cual tiene capacidad de crear lazos en la sociedad civil, en torno a compartir “la verdad” de los hechos de violencia recientes. Dice Jimeno (2008) que las narrativas y los testimonios sobre experiencias de violencia “son tanto clave de sentido, como medios de creación de un campo intersubjetivo en el cual se comparte, al menos de modo parcial, el sufrimiento y puede anclarse la reconstitución de ciudadanía. El compartir nos acerca a la posibilidad de identificarnos con las víctimas, permite recomponer su membresía a la comunidad y restablecer o crear lazos para la acción ciudadana” (p. 267). La autora llama a esto *comunidad emocional*.

Aparece asimismo dentro de la percepción de un “boom de memoria” en el país, el hecho de que la academia, las ONG y los institutos de análisis político y social han realizado investigaciones sobre memoria colectiva del conflicto que necesariamente involucran la voz de víctimas. Martha Lucía Giraldo y otros (2011) identificaron, entre el 2000 y el 2010, 226 trabajos que refieren los temas asociados a “conflicto armado, violencia política, crímenes de lesa humanidad, desplazamiento forzado, despojo de tierras, desaparición forzada, paramilitarismo, grupos guerrilleros, masacres, [...] víctimas del conflicto armado, memoria colectiva, memoria histórica, memoria social, [...] memoria y narrativa, vehículos de la memoria y testimonios” (p. 2). En ellos, como trabajos más bien dirigidos a públicos académicos y cercanos a la redefinición de políticas públicas, la enunciación busca más explicar que narrar, y por eso sobresalen allí sus autores y un fondo general que permite la guerra, y no tanto los interlocutores de sus investigaciones, es decir los ciudadanos, como los participantes de este trabajo, quienes dan cuenta o les ponen rostro a esos temas que conforman el panorama del conflicto armado colombiano y los estudios transicionales y de la memoria.

Vale decir, entonces, que las víctimas sí han hecho y hacen parte de las investigaciones, han participado, pues, de la construcción de la memoria colectiva en el país, pero que quizás la priorización de su punto de vista y su narrativa aún no se hace efectivo, pues no termina de reconstituir la esfera pública del país, y no logra, por lo tanto, ajustar la esfera pública de duelo para reordenar esa memoria en la que participa. En cambio, se siguen teniendo como referentes del relato nacional, y de tal boom de la memoria, a los victimarios, a las instituciones y a los hechos como ejes estructuradores de la narrativa: Bojayá, Machuca, El Tigre, entre miles de nombres de lugares azotados por el conflicto, aparecen como un qué totalizado sin un quién individual o colectivo que debió enfrentar y resistir a la ocurrencia de la guerra. Se pierde allí a la víctima como protagonista, se limita el poder de la comunidad emocional que se ha creado, y no consigue trascender para que sus circunstancias, agencia y padecimiento, salgan del anonimato, y tocar con su vivencia a posibles receptores de su narración. Es allí cuando la narrativa que emerge de las víctimas puede tener efectos políticos al ser mediadora simbólica entre la experiencia subjetiva y la generalización social, como lo expresa Jimeno (2010, pp. 115-116) al referirse a una ética del reconocimiento que puede operar en la expresión testimonial de las víctimas en Colombia, aun cuando no se ha logrado una plena identificación de amplios sectores de la sociedad con el símbolo que estas narrativas representan. Esto se enlaza con lo que denuncia Juan Pablo Aranguren (2012, p. 33) respecto a que la sociedad colombiana ha dispuesto una escucha que no ha atendido la palabra de las víctimas como verosímil, que no ha estimado su versión como creíble y no ha valorado su voz y su versión como socialmente relevantes, por lo que ha terminado limitándole los espacios para su enunciación.

La consideración, pues, de que ha habido proliferación de testimonios, aunque estos no hayan tenido el suficiente impacto en la esfera pública del país para comprender la realidad y las consecuencias del conflicto armado colombiano en sus habitantes, puede instar a distintos grupos de influencia social a retirarse paulatinamente del esfuerzo ciudadano que implica revisitar el pasado que se ha vivido, para encontrar allí claves de identidad individual y colectiva que permitan reestablecer derechos perdidos y lazos de comunidad lesionados por causa de la guerra.

De manera que surge la preocupación sobre cómo evitar el retiro de la sociedad (Rieff, 2002) frente a la búsqueda, construcción y reordenamiento de la memoria, y más en la actualidad

cuando la coyuntura política aparece saturada con los temas y las consecuencias de la guerra: el asesinato de líderes sociales, los efectos de las negociaciones truncas con el ELN, las dificultades de la implementación del acuerdo de paz con las FARC, los debates frente a las formas de aplicar Justicia y contrarrestar la impunidad, la participación en política de nuevos grupos políticos, la consecución de recursos para financiar el posconflicto, el rearme de disidencias de las FARC, entre otros que copan día a día las agendas de instituciones, medios de comunicación y hasta conversaciones de ciudadanos en cafeterías y medios de transporte.

A partir, pues, de reconocer que ya hay un acervo de testimonios del conflicto armado recogidos en investigaciones y procesos de construcción de memoria, se ha querido contribuir al análisis de esa memoria con este trabajo de profundización. No se ha pretendido crear un nuevo proceso de elaboración de testimonios de víctimas, sino actualizar algunos de los ya realizados, que fueron enunciados en la ciudad de Medellín hace más de una década, como una manera de valorar el testimonio, su narrativa y su aporte a la memoria colectiva y social, así como de identificar algunos de los impactos o la trascendencia que implica el testimoniar para estas personas, lo que se puede evidenciar en sus mismas trayectorias de vida.

Se ha planteado, entonces, la pregunta de qué implicaciones en la vida cotidiana tiene, para las personas que han sido víctimas de la guerra en Colombia, el hecho y el proceso de haber elaborado y puesto en circulación su testimonio personal hace más de una década en la ciudad de Medellín, donde aún habitan y continúan sus trayectorias de vida.

En esta búsqueda de actualizar el testimonio en las narrativas biográficas de un grupo específico de personas se recurrió no solo al testimonio inicial de las víctimas, sino también a las acciones y reflexiones que ellas mismas han construido en torno a sus vivencias, las cuales conservan una relación, que difiere de una persona a otra, con los hechos de violencia que en algún momento padecieron o las afectaron. Tal relación entre el sujeto y el hecho victimizante (a veces en plural) fue la que se estudió a lo largo de este proyecto, y la que dio alguna respuesta a las preguntas planteadas inicialmente.

Así, para cada caso abordado, fue posible considerar a la persona (sujeto) transformada por la experiencia vivida, y su distancia frente a esta, con la posibilidad de avanzar en una nueva elaboración de sí misma que se diferencia del testimonio inicial creado, sin dejar de complementarlo, y da luces para ahondar en la pretensión más amplia de este trabajo, es

decir, aportar al desarrollo de los estudios transicionales y de la memoria, y específicamente a la comprensión y valoración del testimonio de las víctimas como pieza central de la construcción y ampliación de la memoria colectiva, social e histórica en Colombia. Se recuerda al respecto el decir de Hannah Arendt (1993) sobre el sujeto y la construcción de su subjetividad:

Mediante la acción y el discurso, los hombres muestran quiénes son, revelan activamente su única y personal identidad y hacen su aparición en el mundo humano, mientras que su identidad física se presenta bajo la forma única del cuerpo y el sonido de la voz, sin necesidad de ninguna actividad propia. El descubrimiento de “quién” en contraposición al “qué” es alguien. Sus cualidades, dotes, talento y defectos que exhibe u oculta, están implícitos en todo lo que ese alguien dice y hace (p. 203).

Es así como en estas búsquedas que se preguntan por la víctima como sujeto en particular y por el concepto de testimonio en general, se recurrió a un grupo de personas víctimas del conflicto armado colombiano que hicieron parte de los talleres de escritura *De su puño y letra*, los cuales fueron diseñados por la periodista y profesora Patricia Nieto y auspiciados por el Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín y la Universidad de Antioquia, entre el 2005 y el 2008. De esta serie de talleres surgieron los libros *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2009). A lo largo de ellos participaron un total de 128 personas, como está documentado en la tesis doctoral de Nieto (2014); pero en los libros fueron publicados 55 relatos autobiográficos que contienen los testimonios de 62 de estas personas, en adelante autores. Abordarlos hoy a todos ellos sería una tarea inalcanzable, por lo cual se decidió recurrir a una muestra de seis autores, quienes desde el presente pudieran ser contactados y expresaran su disposición a participar en un nuevo proceso de narrativa biográfica, esta vez individualizado y cuya dinámica implicaría volver al testimonio publicado para tomarlo como punto de partida e incorporar en una nueva elaboración los hechos posteriores de sus vidas cotidianas.

Para poder llegar a una actualización de la narrativa de las víctimas, constituida inicialmente por su testimonio elaborado, se tomaron como base los hechos mismos de su vida cotidiana y el reconocimiento que cada uno hace de su pasado desde su situación actual de vida. No se

trató en esta actualización de profundizar en los hechos victimizantes que afectaron a estas personas, sino más bien de sentar como eje de la narrativa el hecho de haberlos reconstruido, contado y publicado, en lo cual de todas maneras se abordó el pasado violento que originó el testimonio.

Así fue posible, en una metodología que buscaba reconstruir trayectorias de vida, avanzar en cómo estas siete personas, participantes de este nuevo proceso de elaboración autobiográfica, asumen hoy lo que les ocurrió en el contexto del conflicto armado colombiano. También se pudo conocer su distancia o cercanía frente a la identificación que cada uno hace ahora como víctima de la violencia y, asimismo, se ahondó en las reflexiones individuales acerca de su relación con distintos entornos, como sus familias, sus barrios, sus grupos de pertenencia y las instituciones del Estado con las cuales se han encontrado en procesos de reclamación y acceso a derechos. Todo esto permitió observar en los participantes diversas ponderaciones de los hechos y circunstancias que constituyen sus trayectorias de vida hasta el presente.

A continuación describo los objetivos de este trabajo denominado *Actualización del testimonio en las narrativas biográficas de colombianos que un día contaron la guerra*.

### **Objetivo general**

Conocer la experiencia de vida posterior al testimonio de un grupo de víctimas del conflicto armado colombiano que participaron en los talleres de escritura autobiográfica *De su puño y letra*, los cuales fueron diseñados por la periodista Patricia Nieto y auspiciados por el Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín y la Universidad de Antioquia, entre 2005 y 2008, como una manera de profundizar en la significación del testimonio mismo para quienes lo producen, y en las implicaciones que su elaboración y puesta en circulación puede tener tanto en sus vidas cotidianas como en la reinterpretación de sus pasados, o ponderación de los hechos de la guerra desde el presente.

### **Objetivos específicos**

a) Reconstruir con estrategias de investigación periodística los contextos de los momentos de elaboración testimonial de los autores delimitados de los relatos autobiográficos compilados en *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2009).

b) Desarrollar con cada uno de los autores participantes un proceso de elaboración autobiográfica en el que se aborden sus experiencias de vida posteriores a la creación y puesta en circulación de sus testimonios, ocurrida hace una década, en el que puedan ponderar su pasado como experiencia comunicable, tomando como punto de partida, no ya el hecho victimizante, sino el haber sido creadores de su propio testimonio.

c) Reflexionar acerca de las consecuencias a largo plazo de la toma de testimonios sobre la victimización en el conflicto armado colombiano, por parte de académicos y gestores de memoria, como un aporte al desarrollo de los estudios transicionales y de la memoria, pues el testimonio de las víctimas es pieza central de la construcción de memoria colectiva.

### **Participantes y metodología**

Había hecho todo lo que me habían enseñado los viejos maestros en el arte del periodismo narrativo: ir hasta el lugar, con el corazón y la mente abiertos, mirando el mundo y la vida como si los viera por primera vez. Con inocencia. Convencido de que esa historia pasaba ante mis ojos una vez nada más. Permanecer en el lugar al menos un amanecer y un anochecer. Porque el tiempo es el único que le da a uno la perspectiva de las cosas. Sin un sentido agudo de lo que llaman la larga duración, las narraciones son demasiado pobres. Acompañar a la gente en su vida diaria. No juzgarla. Comprender que el otro es otro, que no tiene que ser igual a mí, que mis valores no tienen que ser los suyos. Jamás cederle ni siquiera un ápice a cualquier asomo de arrogancia: nadie que considere inferior a otro ser humano puede comprender su mundo interior y contar su historia. Conversar en vez de entrevistar. Escuchar, en vez de hacer preguntas. Callarse la boca. No husmear. No entrometerse. Respetar a los otros. Tener los ojos muy abiertos, para ver; los oídos, para oír; la piel, para sentir; la nariz, para oler; los otros siete sentidos que dicen que tenemos para tratar de percibir el resto de las cosas. En general, permanecer en estado de alerta con todos los sentidos, incluidos el olfato y el tacto, porque sin impresiones no se perciben los detalles y no hay memoria. La imaginación es memoria (y las alucinaciones, ya lo dije, también) y los ladrillos con los que se construyen las buenas historias son los detalles. Además, tener paciencia, no empujar las aguas

del río. La paciencia es lo único que permite la inmersión en el tema y en la historia. Y no se puede escribir ni la primera línea de una historia sin saberlo todo, o por lo menos sin haberlo intentado. Con razón dice el periodista Germán Castro Caycedo que el principal verbo que debe aprender a conjugar un periodista dedicado a escribir crónicas o reportajes es *pacenciar*. En el periodismo, las historias hay que *pacenciarlas*. La velocidad no solo nos impide ver lo que pasa. Pienso que tampoco nos deja entendernos a nosotros mismos, ni a nuestro entorno, ni siquiera a nuestro oficio. La velocidad marea y no deja pensar. La velocidad no permite que alcancemos a escuchar a nadie. La velocidad nos convierte en esclavos de la agenda noticiosa que nos impone cada día la gente que fabrica esas agendas. Por no darnos cuenta del impacto que la velocidad tiene en nuestro oficio, acabamos por convertirnos en idiotas útiles, ciegos y sordos... La velocidad, además, nos hace perder el sentido del tiempo: el reloj. Pero no el que llevamos en la muñeca de la mano para llegar puntuales. Hablo del reloj del narrador. Del reloj que marca su propio tic tac en una historia. Solo cuando uno siente ese reloj dando las horas en el trasfondo de un relato puede atreverse a pensar que el trabajo de campo está a punto de acabar (Hoyos, 2007, pp. 181-182).

Me atrevo a citar en extenso la explicación del “método salvaje” para la reportería periodística de trabajos narrativos, acuñado por el profesor de periodismo y escritor Juan José Hoyos, porque puede ser el resumen de la metodología que, como periodista, intenté aplicar en este trabajo de profundización, ya nutrida mi experiencia con las lecturas teóricas y de debate sobre el campo de la memoria y con el contacto con diversas víctimas y ciudadanos en ejercicios cotidianos y proyectos laborales de investigación y en atenta escucha de los otros. Siento que esta forma de acercarse a los demás atraviesa las estrategias de trabajo de campo que asumí para llegar a la actualización de testimonios en narrativas autobiográficas, pues fueron conversaciones —con diversos planos temáticos y acogiendo algunos recursos *sensoriales* para modificar la linealidad de los relatos— las que guiaron cada siguiente pregunta y cada paso de la relación que pude establecer con los participantes, llamados también fuentes, víctimas, sujetos, personas, mis Otros.

La concreción de los objetivos antes enunciados residió en establecer una relación intersubjetiva con cada uno de los participantes, que permitiera alcanzar la reconstrucción de sus experiencias de vida con base principal en el testimonio que elaboraron como autores y víctimas del conflicto colombiano en los talleres *De su puño y letra*, realizados al finalizar la década del 2000. Así, las estrategias de investigación, que hoy llamaría de encuentro con el otro, involucraron esos relatos elaborados por los participantes, conversaciones de atenta escucha y la apelación a objetos particulares con capacidad de motivar los sentidos y los recuerdos personales, de manera que se pudiera indagar en circunstancias, contextos y procesos vividos en cuanto a lo cotidiano y al relacionamiento con sus entornos personal, familiar y social, atravesados, claro está, por el conflicto armado, la experiencia de testimoniar y el habitar Medellín hoy, entre otros aspectos.

Para llegar al punto de “querer saberlo todo” sobre los participantes, se aplicaron técnicas como la revisión documental, la entrevista, la observación participante, la lectura conjunta de documentos y fotografías y el intercambio constante de ideas y reflexiones sobre el pasado individual. Fueron, pues, reconstrucciones de experiencias que surgieron de una interlocución motivada por la reportería periodística y la investigación académica, pero continuada y hecha posible por el esfuerzo narrativo y de expresión de cada una de las personas abordadas.

Como universo de este proyecto de profundización se tomaron en cuenta a los 62 autores de los 55 relatos autobiográficos incluidos en los libros *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), *El cielo no me abandona* (2007) y *Donde pisé aún crece la hierba* (2009). Estas personas hace al menos una década elaboraron y pusieron en circulación su testimonio. La periodista Patricia Nieto (2014), creadora y organizadora de estos talleres, describió así a estos autores particulares en su tesis doctoral:

De los autores que participaron en esta experiencia sé que se dedican al comercio, la medicina, la filosofía, el trabajo social, la sociología, el hogar, la agricultura, el sacerdocio, el periodismo, la nutrición, el magisterio, las finanzas; que son estudiantes, abuelas, cocineras, vendedores, artesanos, pacientes de hospital, líderes de cuadra. También, que han sido secuestrados, despojados de sus tierras, desterrados de sus lugares de crianza, privados de la presencia vital de sus hijos,

separados de los seres más amados, sometidos a torturas psicológicas, mutilados, humillados y ofendidos, asaltados en sus derechos civiles y políticos, y más. En suma, son víctimas de las guerras, las violencias y los conflictos armados de Colombia (p. 259).

Algunas de las razones que motivaron la decantación por este universo de testimonios, y no por los producidos en otro proceso de construcción de memoria, son:

- Porque fue una experiencia que partió de la reinterpretación de los métodos del oficio periodístico, lo que implica a ahondar —para mí, como periodista y estudiante de un campo transdisciplinar— en una epistemología variable y siempre en construcción que se implica en el abordaje del difícilmente representable testimonio de la guerra.
- Porque existen, en la tesis doctoral de Nieto, el análisis y la documentación soportada en la teoría y en la práctica acerca de las metodologías y pedagogías que fueron empleadas para la realización de los talleres de escritura. Allí toma especial valor la reflexión de la autora en cuanto a cómo emergió la voz propia o la escritura personal en los participantes, quienes escasamente se habían acercado a la narración en papel. Es decir, hay una sistematización interpretativa de los talleres, en este caso realizada por la misma investigadora que los diseñó y los puso en marcha.
- Porque conocí a algunos de los participantes de los talleres de escritura en el momento en que estaban elaborando sus testimonios, y siento hoy al respecto una necesidad de valorar y complementar junto a ellos mismos el trabajo —no solo material sino también emocional— que les implicó esa participación.
- Porque han pasado más de diez años desde la realización de la experiencia de talleres de escritura; es decir, ha transcurrido más de una década en la vida de quienes se convirtieron en autores de sus testimonios, y este es un tiempo que permite motivar reflexiones acerca de lo vivido así como la posibilidad de que estas personas puedan “mirar atrás” y reconocer qué ha ocurrido en la propia vida y en la interacción con los demás, y si la experiencia de testimoniar tuvo trascendencia en sus vidas cotidianas.

De este universo llamado *De su puño y letra*, se contactaron a siete personas, autores de relatos en alguno de los tres libros publicados, cuyas experiencias posteriores a la elaboración de su testimonio difieren en cuanto a superación del duelo, participación ciudadana,

relacionamiento con instituciones sociales y del Estado, posicionamiento y reclamo como víctimas del conflicto armado, y desenvolvimiento del ámbito privado (familiar-vecinal). Realmente no se tuvo en cuenta una preferencia por unos autores sobre otros, pues si la premisa era que todos ellos habían sido víctimas y habían pasado por el proceso de elaborar su testimonio sobre la experiencia de victimización vivida, todos podían tener hoy algo que expresar sobre ese testimonio y, más ampliamente, sobre su narrativa biográfica, todo lo cual podría aportar de diverso modo a la pregunta de qué ocurre en el largo plazo, en cuanto a reconstrucción de su subjetividad e integración en una comunidad al menos emocional o ya política, con el sujeto que ha sido víctima y que ha podido reconstruir el relato de su acontecimiento de trauma ante una sociedad de escucha dispuesta.

Así, se realizaron entrevistas y encuentros con las siguientes personas:

- De los talleres de *Jamás olvidaré tu nombre* (2006), realizados entre 2005 y 2006:
  - Cristian Yoleimar Cardona Flórez, autor de “Historia de un cocalero” (pp. 67-72).
  - Helly Johana Blandón Uribe, autora de “El día” (pp. 109-114).
  - Ana Chalarca, autora “El poder, el hambre y el hampa” (pp. 121-130).
- De los talleres de *El cielo no me abandona* (2007), realizados en el 2007:
  - Iván Darío Arroyave, autor de “Septiembre negro” (pp. 143-152). Y su hermano Jaime Arroyave, quien contribuyó a la elaboración del relato publicado.
- De los talleres de *Donde pisé aún crece la hierba* (2009), realizados en el 2008:
  - Eugenio Serna Tapia, autor de “Bitácora de un andariego” (pp. 45-66).
  - Orlando de Jesús Guarín Morales, autor de “En busca de mi hijo” (pp. 105-120).

En las páginas que siguen de este trabajo de profundización denominado *Actualización del testimonio en las narrativas biográficas de colombianos que un día contaron la guerra*, se presentan siete textos periodísticos que reconstruyen las narrativas biográficas de estas personas, no solo con sus testimonios como punto de partida, sino también con la información construida durante las entrevistas en profundidad, durante los encuentros que se mantuvieron para observar materiales evocadores (álbumes fotográficos, recortes de prensa, entre otros), y obtenida asimismo en archivos de prensa para dar contexto a los hechos contados por ellos. El acudir a la prensa para reconocer allí qué habían publicado los medios de comunicación regionales sobre cada uno de los hechos de victimización que afectaron a los participantes de

este trabajo, fue útil para observar el puente que hacen estos, *El Colombiano* y *El Mundo*, entre el suceso individual y el acontecimiento colectivo, entre aquello que solo importaría a una persona o a una familia y aquello que afecta la “normalidad” de una comunidad o sociedad. Entonces, no es tanto que la prensa compruebe la ocurrencia de unos hechos — como tal vez quienes acuden al cuarto piso de la Biblioteca “Carlos Gaviria Díaz” de la Universidad de Antioquia han debido demostrar para buscar la reparación dictada por la Ley de Víctimas—, sino más bien que allí hay un eco de lo sucedido a un individuo, en este caso un delito perpetrado por un actor armado, que lo hace ser divulgado, a veces como denuncia, a veces como registro, a veces como narración, y así ingresar a la esfera pública, lo cual le da cierto valor diferenciado según las víctimas y según los hechos, de tal modo que cuando los protagonistas de estos hechos noticiosos no se sienten traicionados por el texto periodístico, sí reconocen a través de la publicación un cierto respaldo al menos por una parte de la sociedad, pues lo que les ocurrió fue reseñado por la prensa y eso lo hace perdurable, también como evidencia del dolor y la pérdida.

Estos textos que reconstruyen las narrativas biográficas y actualizan los testimonios de los participantes están precedidos por una entrevista realizada a Patricia Nieto, en tanto emprendedora de memoria en el proceso *De su puño y letra*, quien responde a cómo surgió el proyecto de taller de escritura y cómo se llegó al grupo de personas que se convirtieron después en autores de los libros ya mencionados. Además, Nieto hace un análisis sobre las condiciones de participación de estas personas en la elaboración de sus testimonios y una reflexión en cuanto a la escritura y la narración como posibilidades de reconstrucción del sujeto afectado por la violencia del conflicto armado.

Posteriormente se presenta un capítulo que relaciona los conceptos de testimonio, memoria y narración como guías para la elaboración de este trabajo que se enmarca en la Maestría de Ciencias de la Información, mención Memoria y Sociedad, de la Escuela Interamericana de Bibliotecología de la Universidad de Antioquia.

Para terminar, este trabajo presenta un apartado de conclusiones en el que se pretende afirmar la reflexión en torno al testimonio de las víctimas en Colombia como pieza central de la memoria colectiva y social que puede permitir a los habitantes del país reconocerse como parte de una *comunidad emocional*, que, expresa Jimeno (2008), “alienta a la recuperación

de sujeto y se convierte en un vehículo de recomposición cultural y política”; acaso también esfera pública, para avanzar en, como lo expresa la Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación (2009) citando a Kimberly Theidon, “la formación de identidades individuales y colectivas más democráticas y responsables, que asumen con entereza tanto los actos de heroísmo y generosidad de los que han sido capaces como sus propios errores y desaciertos” (p. 36).

## Referencias

- Aguilar Forero, Nicolás. (2018, abril-junio). “Políticas de la memoria en Colombia: iniciativas, tensiones y experiencias (2005-2016)”. *Historia Crítica*, núm. 68, pp. 111-130. Disponible en: <https://doi.org/10.7440/histcrit68.2018.06>.
- Aranguren Romero, Juan Pablo. (2012). *La gestión del testimonio y la administración de las víctimas: El escenario transicional en Colombia durante la ley de Justicia y Paz*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Arendt, Hannah. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR. (2009). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá: CNRR, Área Memoria Histórica.
- Connerton, Paul. (1999). *Como as sociedades recordam*. Oeiras: Celta.
- García Arboleda, Juan Felipe. (2013). *El lugar de las víctimas en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Temis.
- Giraldo, Martha Lucía; Gómez, Jaime Alberto; Cadavid, Beatriz Elena; y González, Marcela. (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto: Colombia, 2000-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Giraldo, Martha Lucía. (2012, junio). “Registro de la memoria colectiva del conflicto armado en Colombia: un estado de la cuestión”. *BID. Textos Universitaris de Biblioteconomia i Documentació*, núm. 28. Disponible en: <http://bid.ub.edu/28/giraldo2.htm>.
- Hoyos, Juan José. (2007). “Capítulo 8. El método salvaje”. En: Graciela Falbo (ed.). *Tras las huellas de una escritura en tránsito: La crónica contemporánea en América Latina* (pp. 161-190). La Plata: Al Margen.
- Huyssen, Andreas. (2002). *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, Elizabeth (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jimeno, Miriam. (2008). “Lenguaje, subjetividad y experiencia de violencia”. En: Fernando Ortega (comp.). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 261-291). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- \_\_\_\_\_. (2010). “Emoções e política: A vítima e a construção de comunidades emocionais”. *Mana*, vol. 16, núm. 1, pp. 99-121.

- Khalivas, Statis N. (2006, noviembre 22). "Cuatro maneras de recordar un pasado conflictivo". *El País*. Disponible en: [https://elpais.com/diario/2006/11/22/opinion/1164150013\\_850215.html](https://elpais.com/diario/2006/11/22/opinion/1164150013_850215.html).
- Nieto, Patricia. (2014). *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia: El caso reciente de la ciudad de Medellín*. Tesis doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.
- Nieto, Patricia (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- \_\_\_\_\_. (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- \_\_\_\_\_. (2009). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Vásquez, Félix. (2001). *La memoria como acción social: Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.

## Narrativas biográficas de quienes contaron la guerra

### Entrevista con Patricia Nieto —emprendedora de memoria—

En el comienzo y en el final de la carrera de Periodismo en la Universidad de Antioquia, que cursé entre el 2002 y el 2008, fui estudiante de Patricia Nieto, una profesora joven a la que desde entonces admiro y respeto por sus reportajes publicados y por la profunda sensación de realidad y belleza que se lee en sus personajes, todos de carne y hueso, habitantes de un país herido.

Por esa época, los estudiantes del pregrado estábamos ávidos de investigar y conocer el conflicto armado colombiano que observábamos recrudecido desde las aulas y las redacciones de medios como *De la Urbe*, el laboratorio de prácticas de la Facultad de Comunicaciones. Algunos tal vez aspirábamos a ser reporteros de una guerra que no se libraba solamente en los campos sino también en la ciudad de Medellín, en los mismos barrios que habitábamos. Por eso hubo desde las primeras cohortes de Periodismo un interés particular por los temas del conflicto, como sus orígenes, conexiones e impactos en la cultura y la sociedad en general. Fue así como muchos empezamos a acercarnos a los docentes que en su trayectoria habían narrado hechos de violencia, sobre todo desde la perspectiva de las víctimas, los ciudadanos comunes y corrientes, y que habían conocido de primera mano el complejo panorama por el que estaba transcurriendo el país.

Fue entonces cuando algunos supimos que la profesora Patricia Nieto estaba desarrollando unos talleres de escritura con víctimas del conflicto armado, en los que estas personas narraban sus experiencias de haber perdido a un familiar o de haber tenido que desplazarse del campo a la ciudad. Supimos que los talleres ocurrían los sábados en la Biblioteca EPM y después asistimos al lanzamiento de *Jamás olvidaré tu nombre* en el auditorio del IDEA (15 de junio del 2006) y de *El cielo no me abandona* en el Parque Biblioteca León De Greiff (31 de julio del 2007). Compañeras de clase como Katalina Vásquez Guzmán y Lina Martínez Mejía participaron de la realización de estos talleres, mientras hicieron sus prácticas en Concepto Visual Comunicaciones, la empresa de la profesora Patricia Nieto, que era el vínculo con el recientemente creado Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín, en el periodo de Sergio Fajardo Valderrama.

En el 2008, una nueva experiencia de taller de escritura se estaba conformando entre el Centro de Investigaciones y Extensión de la Facultad de Comunicaciones de la Universidad de Antioquia y el Programa de Víctimas, ya en la administración de Alonso Salazar Jaramillo, y mientras tanto, yo estaba concluyendo mi trabajo de grado sobre el periódico de crónica roja *Sucesos Sensacionales* (1954-1976), lo que me había llevado a la criminalidad de mediados del siglo XX en Medellín, que al parecer poco tenía que ver con las personas que estaban participando de los talleres de la profesora Patricia. Entonces, por curiosidad y por querer volver a los temas del presente, me ofrecí como voluntaria para acompañar las jornadas de los sábados con el nuevo grupo de víctimas, esta vez sobrevivientes de minas antipersona, que se comprometieron en la escritura de sus relatos autobiográficos en jornadas también de sábado, ahora en el Jardín Botánico Joaquín Antonio Uribe, y que concluyeron en la publicación de *Donde pisé aún crece la hierba*, lanzado en la Fiesta del Libro del 2010.

El conocer de cerca a los participantes de este taller, muchos de los cuales llegaban en muletas, con bastones o acompañados por lazarillos humanos, y el haber realizado junto a ellos actividades reflexivas para la creación de sus historias como un friso en collage, la composición de una canción, un retrato fotográfico sobre sí mismos, la caja de arena como una maqueta de la propia vida y la escritura dificultosa pero persistente, me hicieron reflexionar sobre lo tangible de la experiencia de victimización que habían tenido estas personas, sobre otras formas posibles de ser periodista en Colombia y conocer de cerca a las fuentes de información, sobre el poder de la narración para hacer entender alguna realidad y, en fin, sobre un sinnúmero de asuntos que todavía dan vueltas en mi cabeza.

Quizás fue por todo eso que en algún momento decidí cursar esta maestría y realizar este trabajo de profundización, así como, en lo concreto, visitar el pasado de un grupo de personas que transitaban por los talleres *De su puño y letra*, incluyendo a la profesora Patricia Nieto, quien condensó esta experiencia en su tesis doctoral de Comunicación para la Universidad Nacional de La Plata (Argentina), titulada *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia: El caso reciente de la ciudad de Medellín* (2014).

Así, durante el periodo de realización de entrevistas de este trabajo de profundización, la abordé para conocer detalles sobre la idea original de *De su puño y letra*, algunos aspectos metodológicos que motivaron la escritura personal de tres grupos de víctimas del conflicto

armado colombiano, y el contexto de la ciudad así como las condiciones de producción en los que se desarrolló esta experiencia.

En la actualidad (2019), la profesora Patricia Nieto es directora de la Editorial Universidad de Antioquia y gestora del proyecto Hacemos Memoria, una alianza entre la Facultad de Comunicaciones (U. de Antioquia) y la Deutsche Welle Akademie para promover la construcción de memoria histórica desde el periodismo local. Es también autora de los libros de reportajes *Los escogidos* (2012), *Relatos de una cierta mirada: El acontecimiento, la fotografía y el sentido* (2010), *Llanto en el paraíso: Crónicas de la guerra en Colombia* (2008) y *El sudor de tu frente: Historias de trabajadores* (2000); así como coautora de títulos entre los que se cuentan *Tácticas y estrategias para contar: Historias de la gente sobre conflicto y reconciliación en Colombia* (2010), *Medellín secreto* (2000) y *Desplazamiento forzado en Antioquia* (1998).

A continuación se presentan apartes de la entrevista que me concedió el 21 de noviembre del 2018 en la Biblioteca Carlos Gaviria Díaz, de la Universidad de Antioquia, para la realización de este trabajo de profundización.

Margarita Isaza (MI): De fondo en esta entrevista quisiera saber qué significó para usted como investigadora, como periodista, el haber abordado a este grupo de personas durante semanas, tal vez meses, y luego el ver sus testimonios terminados y publicados. Pero para empezar, me gustaría que me contara de dónde surgió la idea de reunir a las víctimas para que escribieran su historia personal.

Patricia Nieto (PN): Ese proceso, ese proyecto que llamamos en su momento *De su puño y letra*, fue un ejercicio de reacción a una situación de reportería muy difícil, y casi que a la imposibilidad, a la gran dificultad que yo veía entonces para escribir historias del conflicto, en un momento en el que había un pico de violencia muy alto en el país, y la prensa en general estaba como desbordada. O sea, la prensa colombiana cubrió los eventos del conflicto, de forma sistemática, de hecho varios periódicos tuvieron unidades especializadas en ese tema, y en esa época la Unidad de Paz y Derechos Humanos de *El Colombiano* era como un abanderado, era un ejercicio con recursos y con toda la disposición desde la empresa periodística para que se hiciera; y en medio de toda esa proliferación de hechos violentos y de información que había, el espacio para periodistas que no estábamos en los medios era

muy limitado, porque no existía o no estaban cerca de nosotros las redes sociales: no era muy posible o al menos algo común el abrir mi blog y publicar.

Entonces, en un momento de no estar en un medio de comunicación con todas las condiciones y exigencias que eso tiene, ocurrió el atentado que hoy se conoce como la tragedia de Machuca, en octubre de 1998, que fue la explosión de un pueblo, en donde el gas había llegado arrastrado por el viento desde un tubo que el ELN había dinamitado; y ese gas en cualquier fogón en el pueblo generó una explosión, un incendio en el que murieron quemadas más de ochenta personas.

Yo ya estaba por fuera de los medios, y estaba empezando en el Instituto de Estudios Políticos, y cuando ocurrió ese hecho, me fui a tratar de hacer una historia sobre lo que había pasado, y cuando regresé de la reportería, por un lado no tenía ni el afán ni la necesidad de escribir porque no trabajaba en un medio, y por otro lado, pude parar y detenerme a escuchar las entrevistas que había hecho en el lugar, para darme cuenta de la enorme dificultad que implicaba utilizar esos testimonios en un relato periodístico.

Los otros periodistas viajaron y escribieron sus historias, como era su deber, y estas fueron publicadas de manera inmediata, y esas historias —que hoy uno las puede leer en los archivos— retoman testimonios como los que yo había recogido. No quiero decir que recogí unos testimonios especiales, sino que todos tuvimos acceso más o menos a las mismas personas. Pero cuando yo los oía y los oía, y también los veía publicados día a día en los periódicos, me daba cuenta de que eran unas narraciones que las personas estaban haciendo en un momento como de trauma; en un momento yo diría de pánico todavía, como de mucho miedo... Y yo me preguntaba si de pronto un año o unos meses después las personas iban a recordar haber dicho eso, si siquiera iban a recordar que alguien los entrevistó, porque eran personas que estaban albergadas en la iglesia de Machuca, albergadas en el colegio, y en las aceras —Machuca está atravesada por una carretera y el pueblo queda a lado y lado, es lo que llamamos un pueblo con carretera—; entonces en la orilla de la carretera, a lo largo del pueblo, la gente se sentaba todo el día. Y ocurría que algunos en determinado momento empezaban a gritar, se desmayaban; había un puesto de salud de emergencia, una carpa creo que de la Cruz Roja, y la gente iba a pedir ayuda, y muchas de esas consultas eran por pánico, por estrés, por histeria, porque lloraban o se desmayaban, había personas con convulsiones, y no

eran dos o tres, eran muchas más; era una situación límite la que estaba viviendo esa comunidad. Y mientras ellos estaban ahí esperando a saber si el hijo, el hermano, el abuelo, que habían llevado a los hospitales de Medellín o de la zona, sobrevivía o no, a la vista de todos estaba el pueblo quemado, los animales quemados —hasta un caballo vi quemado— y eso hacía que la gente estuviera durante toda esa semana expuesta a un estado de trauma generalizado. Por eso yo pienso que los testimonios que recogimos ahí eran de personas que estaban en trauma.

MI: Entonces lo primero como origen de los talleres es una confrontación personal desde un cubrimiento periodístico a la manera de ejercer la profesión. ¿Cómo fue eso?

PN: Cuando yo escuchaba esos relatos, empecé a detectar que eran incoherentes, que las personas no llevaban un hilo de la narración más o menos claro, o que durante quince minutos de entrevista repetían y repetían lo mismo; algunos tenían solamente una imagen, lo que vieron: el fogonazo, la casa del vecino quemándose, y no había más narración, eran como estampas; otros, por supuesto, trataban de decir que era un castigo de Dios, trataban de dar explicaciones: esto nos pasó porque aquí jugaban mucho y había trago y prostíbulos, pero no eran narraciones en sí. Era muy difícil construir con esos relatos breves una historia.

¿Yo que entendí? Que para la prensa de todos los días, esas expresiones así fuertes, muy impactantes, muy contundentes, eran muy buenas porque les ayudaban a entender a los lectores o televidentes de otros lugares del mundo lo que había pasado; tenían un gran efecto, pero no se podía hacer con ellas una narración. En ese momento, con ellos, con las víctimas, era imposible hablar del pasado de ese hecho: por ejemplo preguntar: ¿era que aquí estaba el ELN?, no, eso no estaba en el registro. Como si el trauma hubiera cortado las posibilidades de irse en el tiempo y de buscar asociaciones, o de relacionar eso con atentados anteriores, porque allá hubo varios atentados antes, que no ocasionaron una tragedia, pero que sí era frecuente que volaran el tubo. Como si el trauma hubiera fijado el recuerdo en esa noche.

MI: ¿Entonces qué pasó con ese trabajo de reportería?

PN: Finalmente no escribí, porque hubiera tenido que volver y ya era muy difícil hacer ese trabajo. Esa situación de no poder escribir y de haber estado en el lugar y haber tenido las voces de esas personas, pero intuir que esas voces yo no las podía usar, eso me puso a pensar si cuando nosotros tomamos el testimonio de los campesinos, o de los deportistas, o de los

obreros, o de las personas con las que hacemos las historias, si cuando los tomamos, los editamos y los juntamos con otros testimonios, con otros datos, con la vivencia personal, si ese producto que luego se publica, si todo eso tiene que ver con lo que a la gente le pasó. No porque pensara que el reportaje o la crónica fueran una copia fiel de lo que a la gente le pasó, sino porque me puse a pensar si la construcción que uno hace con todos esos fragmentos de relatos logra una versión cercana a la gente, si los que lo vivieron pueden sentir una identificación cercana con ese relato.

MI: Llevándolo un poco a lo que hemos conversado en otras oportunidades en el proyecto Hacemos Memoria y en los talleres con otros grupos de víctimas y de periodistas, una relación diferente entre el periodista y su fuente.

PN: A veces uno escribe y uno dice: es mi crónica, y la firmé yo y yo respondo por lo que dice ahí. Pero es que esa obra se construye con las palabras de los otros, con los recuerdos de los otros; y es esa pregunta la que me llevó a otro lugar, a decir: que lo cuenten ellos. Ah sí, pero ¿cómo? Mejor dicho, cómo hacemos para que la gente cuente de una manera directa su historia, nos cuente qué le pasó, qué vivió, cómo superó o no, cómo transcurrió su vida después del hecho, y que sea con su escritura de principio a fin, que la construcción no sea ya del periodista, sino que el periodista sea un mediador, un ayudante en esa nueva propuesta.

MI: Ya sí veo claro de dónde surgió la idea. Y ya en los asuntos prácticos, ¿cómo se pudo llevar esa idea a la realidad?

PN: Bueno, en el 2000 o 2001, yo estaba como profesora en el Instituto de Estudios Políticos de la Universidad de Antioquia, pero abrieron una plaza docente en la Facultad de Comunicaciones; para presentarse a esa plaza había que proponer un proyecto de investigación. Entonces escribí ese proyecto de escritura de víctimas para presentarlo en la convocatoria y pasé las pruebas, pero después no hubo ni plata ni la circunstancia para hacerlo, porque en ese tiempo las horas de investigación eran para profesores con mucha trayectoria; y pues yo la verdad tampoco consideraba que la propuesta fuera una investigación con mucha formalización teórica.

El proyecto se quedó ahí varios años hasta que abrieron el Programa de Víctimas en la alcaldía de Sergio Fajardo y nombraron a Jaime Bustamante como director de esa unidad,

que solamente eran él, Jaime, y un cooperante extranjero, y que dependía de la Secretaría de Gobierno a cargo de Alonso Salazar, egresado también de la Facultad de Comunicaciones.

Cuando a Jaime le entregaron la misión de diseñar y crear una unidad para la atención a víctimas, que fue mucho antes de que la Ley de Víctimas exigiera tenerla, él empezó con que hay que hacer atención psicosocial, hay que tener atención jurídica, hay que hacer un censo, en fin... Y luego del censo, el primer ejercicio que la unidad hizo para acercarse a sus públicos fue el proyecto de los talleres de escritura.

MI: Entre la experiencia de Machuca, el proyecto presentado a la universidad y ya la propuesta institucional, ¿qué tanto varió la idea, ya al realizarla en un marco más institucional, más de gobierno?

PN: Yo pienso que aunque uno no esperaría eso, el haber estado en ese techo de una institución como la Alcaldía de Medellín en ese momento, fue muy positivo, porque ese proyecto fue mucho más de lo que yo me hubiera imaginado. Me había imaginado unos talleres en donde la gente escribía; pero que fueran talleres de seis meses con cada grupo o más, que fuera a tener a otras personas acompañándome en ese proceso, que hubiera un psicólogo, que hubiera un abogado, todas esas fueron cosas que se pudieron agregar porque había una institución que tenía los recursos para hacerlo. Yo no pensé tampoco que fuera a hacerse un libro, sino que eran talleres para escribir: ¡Imaginar hace quince años creer que hubiera plata para un libro!... Es que son momentos muy distintos de la ciudad, del tema de las víctimas, y de uno...

Los del Programa de Víctimas fueron los que empezaron a decir: esto cómo lo vamos a hacer público, porque va a tener sentido es si la gente lo lee, si sale del grupo de los quince o veinte convocados, que hacen su proceso con los resultados que sea; y como era con una entidad pública, con mayor razón había que socializarlo, llevarlo al público, y rendir cuentas de unos dineros del Estado. Esa exigencia a nosotros nos sirvió porque entonces eso permitió que hubiese libro, que hubiese video, que las personas fueran a la televisión, a las bibliotecas, que fueran a otros lugares a mostrar sus historias. Pienso que en ese momento esa alianza con la alcaldía sí fue muy importante para el proyecto.

MI: ¿Y hubo alguna orientación para convocar a las personas y hacer los libros?, ¿quizás alguna exigencia o intromisión en el proceso?

PN: De parte de la alcaldía solo hubo una solicitud directa y fue con el libro de las minas. Cuando íbamos a hacer el tercer ejercicio, Alonso Salazar, que estaba en el tránsito de secretario de Gobierno a alcalde de Medellín, pidió que fuera sobre ese tema; no sé si era un interés particular de él o si en la ciudad había un interés especial. Porque no se había pensado en hacer talleres temáticos, sino que a cada grupo llegaban personas con distintas formas de victimización.

MI: A propósito de la convocatoria de los talleres, ¿ustedes llegaban siempre con listas de la Alcaldía?, ¿o de qué otras formas conseguían a las personas que iban a participar?

PN: En el primer libro no, porque precisamente la idea era acercar a la gente de algunos barrios al Programa de Víctimas y a la oferta que tenía. En el segundo y tercero, ya llegaron personas que estaban en procesos de la alcaldía, que ya se habían acercado a hacer la denuncia como víctimas o que estaban buscando apoyo jurídico para una reparación, o que ya estaban en procesos de atención psicosocial. Pero también había personas que nosotros buscábamos por otras fuentes, por conocidos o por terceros.

MI: Entonces estas víctimas que iban a participar de los talleres ya no estaban, a diferencia de las de Machuca, en una situación límite. ¿Qué cosas empezó a ver diferentes con respecto a las que le habían generado esa inquietud inicial?

PN: ¿Qué era diferente con estas personas? Que estaban en Medellín, y la mayoría venían del campo; algunos eran de Medellín, del barrio, pero la mayoría venían del campo, y que era en el campo donde habían vivido las situaciones más críticas. O sea que uno podía decir que estaban en un nivel de seguridad mayor, es decir que la ciudad les ofrecía una seguridad física, de no amenaza directa a su vida, que en general siendo pobres o con una situación económica muy precaria, tenían lo mínimo; no estaban en la situación de la población recién desplazada; no, estos tenían un lugar en la ciudad.

Y eso significa un cambio digamos en la posibilidad de contar, porque cuando las personas están en riesgo, en un riesgo inminente como en Machuca o en otros casos, pues las declaraciones, los relatos que ofrecen, pueden ser más de denuncia, de pedir ayuda, de socorro, de necesidades por resolver; en cambio aquí, como ya ha pasado la emergencia y ya llevan varios años en la ciudad y tienen una casa, que puede ser un rancho, pero donde están sintiendo que están empezando otra vez la vida; esa sensación de tierra firme, de estar en un

lugar firme con unas seguridades no plenas pero sí mayores a las que tenían en el lugar de origen, eso es un factor que yo creo que fue determinante para que la gente contara. Es decir: el distanciamiento físico del lugar de los hechos. Los hechos ocurrieron en Urabá, o en Segovia, o en Caracolí, o en un lugar del Suroeste, y la persona empieza a contar su historia ya en un lugar en la ciudad. Eso le da una distancia no solo de seguridad, sino una distancia literal con respecto al lugar donde recibieron la agresión. Esas dos cosas los ponían en mejor situación para contar.

Tercero, que había pasado el tiempo. O sea, que entre el momento de la violencia más fuerte que sufrieron, al momento en que contaban, ya habían pasado dos, cinco, seis años, y eso les permitía también sentir que el pico del miedo o de la situación crítica venía en descenso. Aunque muchos de ellos en la ciudad recibieron nuevas agresiones, estuvieron en nuevos escenarios de violencia, o su familia fue agredida de otra manera.

Hay otro aspecto que es importante: esa reubicación espacial les implica a ellos tener nuevas formas de relación: tener vecinos nuevos, tener amigos nuevos; y en esas otras formas de relación con la ciudad, ellos descubrieron que haber sido víctimas de un hecho violento no era un pecado ni un estigma, y que si al vecino también le había pasado, y al que iba al grupo de oración también le había pasado, y al que se encontraron en el centro médico también le había pasado, empezaban a sentir una especie de identidad con esos otros que también habían sufrido. Eso se los ofreció la ciudad. Entonces, si bien ellos llegaban a la ciudad como a un lugar de desconfianza, porque llegaban a unos barrios que no conocían, con vecinos que no conocían, también ese sentirse extraños, forasteros, hizo que ellos hicieran nuevas amistades, establecieran nuevas relaciones, lo que en muchos casos les dio seguridad para el relato.

MI: Frente al primer grupo de participantes y específicamente con un grupo de señoras con quienes trabajó, ¿cómo veía ese testimonio de ellas a diferencia de otros testimonios? ¿Era difícil entrevistarlas? ¿Contaban ahí mismo? ¿Cómo fue ese encuentro con ellas?

PN: La primera versión que ellas hicieron de la historia que iban a contar era casi que la noticia, porque lo decían de una manera directa y breve; lo decían y lo escribían: “A mi hijo lo mataron el 2 de julio en Segovia, Antioquia. Los paramilitares”. Y de ese tipo fueron los primeros borradores. El primer borrador de doña Amanda Uribe son tres renglones en donde está la noticia. Qué fue lo que a usted le pasó: “A mi hijo lo mataron el 2 de julio en Segovia.

Los paramilitares”, y pare. Y entonces era ver, a partir de una frase, de una declaración tan breve y contundente, cómo esa frasecita se abre para que ella logre hacer doce cuartillas, y eso más o menos pasó con todas. ¿Qué virtud tenían estas personas? Que sabían la noticia, que tenían claramente identificado el hecho dramático de la historia.

Solamente la autora de “Mataron a mis hijitos”, María Edilma Flórez, se demoró mucho para contar. Ella era la más callada, no sabía leer. Yo recuerdo que vivía de Santo Domingo para arriba y ella bajaba del barrio a encontrarse con la otra señora, que trabajaba en Concepto Visual y que le habían matado al esposo, y ellas venían juntas al centro y nos encontrábamos. Y entonces yo le preguntaba: ¿Y usted cómo se ubica? Y ella me decía que por los letreros: entonces el bus era el letrero amarillo con letras rojas. Ella gráficamente identificaba la esquina, el bus, todo. Entonces por supuesto tampoco sabía escribir. En el grupo había muchos que decían que no sabían escribir, pero sí sabían; esta señora no sabía escribir ni mamá. Entonces ella fue la que se demoró en el grupo para hablar, para incorporarse en el relato. Así que lo hizo de manera oral, pero lo hizo de una vez. Fue casi que de un envión al final, cuando ya los otros estaban escribiendo, cuando ya se veían las hojas de los demás. Nosotros no sabíamos siquiera si ella iba a escribir.

MI: Hay quienes pueden pensar que estas historias no las pudo haber escrito una persona sin formación literaria o narrativa, porque hay partes de los relatos que son muy poéticas o con mucha fuerza estética. ¿Qué piensa sobre esto?

PN: Yo pienso que en este caso de la oralidad a la escritura hubo un proceso de depuración y ordenamiento lógico de las ideas, que fue lo que ellos llegaron a hacer en las hojas, en los cuadernos. De situarse en el lugar de una persona que le está contando por escrito, como si fuera una carta, a una persona que no conoce; que no está hablando con el hermano que sabe todo lo que pasó y con quien se puede sentar a recordar juntos. En el proceso de esta escritura era recordar en solitario, recordar consigo mismo, forzar un poco su pensamiento, sus recuerdos, para hacer una historia que tuviera un orden y que pudiera ser clara; llevar un relato claro a quien no sabe nada de este hecho. Entonces era un ejercicio muy nuevo para ellos, porque era narrar en solitario, y en un primer momento narrar para sí mismos. Mientras que en la oralidad o en la conversación, en los relatos con los vecinos, con la familia, lo que se hace es narrar juntos. En el texto no tengo a alguien que interrumpe la conversación para

agregar un dato, o no está el que por allá grita para contradecir. En esto por escrito soy yo con mi propio recuerdo.

Y en ese acompañamiento que nosotros hicimos en los ejercicios grupales, en lo que llamábamos los talleres, y luego en el acompañamiento individual, fue ayudarle a esa persona a poner eso en un orden comprensible, en un orden que es una palabra detrás de otra, donde no hay gestos que lo acompañen, donde no está el recurso digamos teatral. Y en la mayoría de esos escritos salía una cosa que podríamos llamar una poética, que no salía en lo oral. A medida que ellos iban armando las escenas, ellos se podían detener, o nosotros los ayudábamos a detenerse en los detalles de la historia, en que la señora podía decir que “sus ojos se inundaron como el mar”, mientras que en lo oral hubiera dicho “yo lloré como un berraco”. El ejercicio de hacerlo por escrito sí produce una poética distinta a la de la oralidad, no mejor, sino distinta, y nosotros sí fuimos muy cuidadosos en respetar eso: ni les exigimos ni les prohibimos hacer metáforas...

MI: ¿Y cómo lograban llegar a ese punto del relato?

PN: Simplemente hacíamos preguntas. Creo que la función que hicimos como acompañantes de ese proceso era hacerles preguntas al texto, que era como preguntarles a las personas, generar dudas dentro del relato, de manera que cada uno viera la importancia de generar información nueva. Un caso: la señora Amanda decía siempre “mi casa era muy bonita”, y así lo decía oralmente y así lo escribía, y agregaba “y nosotros habíamos gastado mucha plata organizando la casa, y teníamos unos muebles muy finos”. Y un día una señora del grupito le dijo: “Pero cómo así que la casa suya era muy bonita... La mía también”. Entonces en esa preguntadera, recuerdo que doña Amanda empezó a describir: que los pasillos le daban la vuelta a la casa, que los muebles estaban forrados en cuerina de color lila, que tenía cojines de tales colores, que en la casa tenían tales mascotas... Y ahí se abría la posibilidad de un escenario para una historia, que antes solamente había sido nombrado como “la casa”, pero cuando la casa se llena de esos colores, de esos detalles ya es “la casa de doña Amanda”. Entonces ya lo que le pedíamos era: “Bueno, doña Amanda, eso que usted acaba de decir, lo vamos a escribir aquí”. Era como una edición en caliente, y ellas luego en la tarea iban metiendo esas nuevas imágenes.

Nosotros creo que ayudamos a mejorar, a que las personas descubrieran que la narración no se agotaba en “a mi hijo lo mataron el 18 de julio”, sino que eso tenía un relato mayor en el que el asesinato de su hijo se inscribía, en el que el asesinato de un hijo ocurría, de un hijo de una familia con unas características, en un pueblo con estas características, que ese muchacho tenía una vida de joven en el pueblo; entonces la persona iba conectando esas nuevas preguntas con la historia de su hijo.

Nosotros sí pusimos puntuación, separamos párrafos, organizamos ortografía. Pero desde el punto de vista de la poética, cuando se dice “lo bonitas que son”, eso es de ellos, eso no es nuestro.

MI: Han pasado ya más de diez años de la experiencia de estos talleres. ¿Qué le gustaría saber hoy en día de quienes participaron en ellos?

PN: Ah, me gustaría saber, por supuesto, qué hay hoy de sus vidas. Y más que saber si el libro lo conservan, si lo regalaron, si lo vendieron, si lo quemaron... Me gustaría saber qué ha pasado con ellos en estos años. Si estudiaron, si se volvieron a casar, si tienen un empleo, si volvieron al pueblo, si sus hijos ya están en la ciudad, si esos niños que conocimos estudiaron, si tienen un empleo, si regresaron al campo, todo eso sí que me interesa. Si lograron salir de esos impactos de la violencia o si todavía, por los barrios donde viven y por la historia que traen, han recibido nuevas acciones violentas, o si el desplazamiento, venirse de su pueblo, los protegió de alguna manera. Y si hay capítulos nuevos para otra historia... Si podrían tener nuevas historias para contar: si don Eugenio descubrió la mina de oro más grande del Suroeste... Mejor dicho, no si les pasaron cosas malas, sino qué más pasó en sus vidas.

\* \* \*

Como periodista y como estudiante de la maestría en el énfasis de Memoria y Sociedad, sumo las inquietudes de la profesora Patricia Nieto a las mías por querer saber más sobre personas que padecieron la violencia del conflicto armado colombiano y un día participaron de unos talleres de escritura en medio de los cuales encontraron su voz personal y ofrecieron un testimonio de lo que vivieron a la memoria colectiva, social e histórica del país. En las páginas que siguen, este trabajo reconstruye las narrativas biográficas de algunas de las

víctimas que se hicieron autores en los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pisé aún crece la hierba*.

Ana Chalarca, Helly Johana Blandón, Cristian Yoleimar Cardona, Iván Darío y Jaime Arroyave, Orlando Guarín y Eugenio Serna son quienes aceptaron retomar el testimonio de los hechos que los afectaron, para ampliarlo desde el presente con otras circunstancias de sus vidas y expresarse así como sujetos que consideran su trayectoria individual como parte del acontecimiento colectivo que ha sido la violencia en la historia de Colombia.

### **(1) Eugenio Serna Tapia**

El miércoles 12 de abril del 2006, el periódico *El Colombiano*, en la sección de Paz y Derechos Humanos, documentó la próxima desmovilización de 320 hombres del bloque Elmer Cárdenas de las Autodefensas Campesinas en el corregimiento El Mello Villavicencio, de Necoclí; la búsqueda de un acuerdo humanitario presionada por los familiares de los 12 exdiputados de la Asamblea del Valle, que llevaban cuatro años secuestrados; la exhumación de 32 posibles víctimas de las AUC en La Gabarra, Norte de Santander; la entrega de armas de 1.765 integrantes del bloque Héroes del Llano; el reporte del Gobierno nacional sobre la reducción del secuestro en el primer trimestre del año con respecto al 2005, y el que un niño en Ituango, norte de Antioquia, pisó una mina antipersona y se quedó sin su pierna izquierda.

También, en la misma página 10A, un aviso pagado convoca a la asamblea ordinaria de la Asociación de Servicios Especiales de Vigilancia y Seguridad Privada de Urabá, que doce años después la Fiscalía General de la Nación comprobó que se trataba de la empresa “Convivir” creada para canalizar los fondos de financiación de las Autodefensas Unidas de Colombia en esa región de Antioquia (Blu Radio, 2017, feb. 3).

Es aquella página de *El Colombiano* la ventana a un país en guerra que creía estar terminando, a través de procesos de desmovilización, con los grupos paramilitares, aún con plena vigencia en diversas regiones. Un país en el que los ciudadanos continuaban clamando por el fin del secuestro a manos de las FARC de personajes destacados de la vida pública, y en el que a diario se conocían historias de campesinos y soldados que caían en campos minados.

En la noticia del niño de 13 años que perdió su pierna cuando recogía leña en la vereda Buenavista de Ituango, aparece al final el conteo de víctimas de ese flagelo en esos primeros doce días de abril del 2006:

Las minas, este mes, han cobrado varias víctimas en Antioquia: el 2 de abril, en Anorí, murió el soldado Gabriel Aguirre. Ese día en Campamento, una niña resultó herida por esquirlas; el día 3, a orillas del río Timití, en Zaragoza, se fracturó una pierna el campesino Róbinson Benítez; el 6, en el mismo sector, perdió un pie el labriego Eugenia [sic.] Serna, y el 4 de abril, tres soldados resultaron heridos por otra mina, en zona rural de San Luis (El Colombiano, 2006, abril 12, p. 10A).

A lo largo de ese mes, el mismo medio de comunicación publicó diversos reportes sobre campesinos y soldados que caían en campos minados. El 5 de abril el país se sumó a la conmemoración del Día Internacional para la Sensibilización sobre Minas Terrestres y la Asistencia contra las Minas, declarado por la Unicef. En toda Colombia, en el 2005, según el Observatorio de Minas Antipersonal de la Vicepresidencia de la República, 738 personas resultaron heridas y 280 murieron al pisar uno de estos artefactos sembrados por los grupos ilegales.

El minero Eugenio Serna Tapia, reseñado brevemente en el periódico como un labriego que perdió el pie, sobrevivió el jueves 6 de abril a las trochas de Zaragoza, cuando caminaba en compañía de un cuñado para ir a cobrar un dinero que le debían. Sabía que si dejaba llegar el fin de semana, su deudor se gastaría la plata en alguna cantina del pueblo, como suelen hacerlo los mineros al volver de los cateos.

Dos años después, él fue uno de los sobrevivientes de minas antipersona que relató su historia en los talleres de escritura que originaron el libro *Donde pisé aún crece la hierba*. Su texto, escrito “de su puño y letra”, lo tituló “Bitácora de un andariego”, porque así es como él se define, incluso hoy, a sus 52 años, cuando ya no es tan asiduo a los caminos y cuando sueña con retirarse de la minería para llevar una vida más tranquila pero boyante, en la que pueda pagarles los estudios a sus hijos menores: Juan David, de 11 años, y Yariyadiana, de 13.

En el 2008, Eugenio confeccionó su historia sabiendo que el haber pisado la mina era un hecho determinante de su existencia, pero empezó a relatarla desde el principio, es decir

desde que era un niño en el corregimiento de Villa Claret en Lloró, Chocó, y hasta su presente de entonces, muy similar al de este 2019, cuando espera la noticia de que EPM reanude la compra de tierras para el proyecto hidroeléctrico Porce IV, en los municipios del Nordeste antioqueño.

Tanto hace diez años como ahora, su historia busca precisiones en fechas, cantidades y números exactos; también recurre a hazañas en lo cotidiano, que lo dibujan como un hombre incansable, optimista y ajeno a la derrota.

Al preguntarle por lo que escribió en los talleres de escritura, dice: “Resulta que ese libro fue escrito por 17 o 18 personas, de ese grupo de sobrevivientes de mina antipersonal. Yo estoy en la página 45. Desde muy niño fui muy andariego, por eso se llama ‘Bitácora de un andariego’. Ahí hay historias que son muy hermosas y hay historias muy tristes. Para mí la mía fue una maravilla”. Sonríe y agranda los ojos, en expresión de admiración de lo que significó para él haber participado en la publicación: “Ese libro lo persiguen mucho, con decirle que en estos días me hicieron un pedido como de veinte libros, sino que yo solamente dejé dos o tres para mí y el resto los vendí”.

Según lo contó en las entrevistas que realizadas en octubre del 2018 y febrero del 2019, a cada autor le dieron 60 libros, y él vendió cada uno a 35 mil pesos, si bien la distribución por parte de la Alcaldía de Medellín sería gratuita y limitada a bibliotecas, proyectos sociales y centros educativos. Para Eugenio, fue una ayuda económica muy bien recibida que correspondió al esfuerzo de haber participado durante ocho semanas en las jornadas de taller y en la creación de una historia propia que abarcó 20 páginas y 40 años de su vida.

“Ese libro lo piden mucho los doctores, estudiantes de la universidad, gente que trabaja esos temas, y hasta de otros países también. Porque el libro tiene son historias reales, que las vivió uno y las está viviendo: desde tal año hasta su accidente cómo ha sido su vida, y desde el accidente hasta ahora cómo ha ido funcionando todo. Es un libro muy importante”, dice Eugenio (2018, oct. 30).

De los dos ejemplares que aún conserva, hay uno que suele cargar en la mochila cuando va de viaje de minería o cuando sabe que va a conocer gente nueva, sea en un pueblo lejano o en una reunión de la asociación de víctimas a la que pertenece, donde varios de sus compañeros son coautores del libro.

Los que dejé son los que enseño. Y al municipio o corregimiento adonde vaya, llevo siempre uno conmigo. Hay organizaciones que se llaman consejos comunitarios, caseríos de afros, ahí yo fui donde la profesora de la escuela, le conté y le mostré el libro, y hablé con los niños: les conté por qué ellos tenían que seguir estudiando y por qué motivo yo seguía trabajando para darles estudio a mis hijos aunque ya no tenía mi pierna. Eso fue en Playón, hace poco, ahí hay unos treinta niños —¡porque allá como comen tanto pescado, hay mucho pelado!—, entonces adonde tengo la oportunidad de ir, les cuento, les doy asesoría, y para adelante. Todo eso yo no lo hago por plata, sino porque quiero. Les quito veinte minutos, una horita, y les enseño y les cuento mi historia para que ellos se concentren en su estudio. Muchas preguntas me hacen los niños y los que más hablan me piden que les muestre la pata; y me preguntan que cómo hago para trabajar, y yo les digo que tengo que trabajar siempre hasta donde Dios me lo permita para que ellos puedan estudiar, por eso yo me mato trabajando, ya que yo no fui capaz de estudiar. Las profesoras me felicitan, se quedan aterradas. Aquí en Medellín he ido también a muchas partes. Al colegio donde estudia Juan David, en la Miranda, también he ido a contar, a aconsejarlos. Les cuento del accidente, de por qué uno se va al monte a trabajar la minería y lo duro que es, para que sepan; desde la edad de niño hasta el accidente, hasta después, todo eso, y se quedan es aterrados, ¡cómo no!, y así se enfocan en su estudio (2019, feb. 8).

Luego de haber hablado con Eugenio varias veces y de haber leído su historia, se puede decir que una de las razones que ha tenido para contar sus vivencias es servir de ejemplo especialmente a los niños, para que estudien y no les toque una vida de tanto esfuerzo físico como la que él ha vivido, y de la que se siente muy orgulloso. Para él, sus padres, Norberto y Dioselina, fueron ejemplo porque le enseñaron a ser minero y a ser independiente, valiente ante las dificultades.

Al conversar con él, que se toma varios tintos con sendas cucharadas de azúcar, se puede conocer más de su vida, el paso a paso de su infancia, el tiempo en el que se volvió hombre y *andareguió* hasta por el Ecuador, los eternos viajes por ríos y montañas de Antioquia y Chocó, el tener dinero para dar y convidar, las caídas temporales, el derroche y la escasez del

oro, el encuentro con la ciudad y la persistencia en sus diligencias como víctima del conflicto armado, y, en fin, un sinnúmero de peripecias —aquellas que según Aristóteles debe sortear el héroe para vencer la providencia— dentro de las cuales el haber pisado una mina sí es determinante, pero es a la vez solo un obstáculo del que, dice Eugenio, “hay que seguir la vida común y corriente”.

Aunque Eugenio dice que la mayoría de su vida está contada en “Bitácora de un andariego”, ahora, en la ampliación de los hechos principales de su pasado y presente, narra con detalles algunos episodios que lo marcaron para llegar a ser quien es hoy.

Primero que todo, fui un niño muy emprendedor y no muy apegado a la familia, en la forma de que desde muy niño me gustó andar, conocer, a mucha parte, a muchas personas, personas buenas, personas malas. Entonces, en la época mía, cuando en ese tiempo que me tocó a mí, los papás de uno casi como que no le paraban muchas bolas a uno en la parte del estudio; esos viejos de antes eran muy enfocados a su trabajo. La mayoría de esos viejos eran ancestrales radicados directamente en la minería. Entonces la mayoría de los papás se enfocaban en su trabajo y en enseñarle a trabajar a uno; no se enfocaban en el estudio, que era de lo más importante. Para mí lo más peor de la vida es que una persona no sepa ni escribir su nombre siquiera, es lo más grave que hay en esta vida.

Mi papá se llama Norberto Serna, todavía está vivo el viejito, tiene 83 años cumplidos. Está recién operado. Estuvo casi dos meses en Rionegro y lleva otros dos meses en recuperación. Yo aprendí la minería por parte de mi papá, porque como ellos, su familia, eran mineros. Entonces eso lo aprendí yo fácil, primero aprendí que ellos viajaban mucho por el río Atrato; eso caminaban por selvas, llegaban a una comunidad indígena que quedaba subiendo un río que llamaban Capá, y ahí desemboca otro río que se llama Numbí, y ahí está la comunidad indígena. Por ahí ellos llegaban y luego cogían el camino, unas tres, cuatro horas, llegaban a dormir junto a una quebrada donde había otra comunidad indígena. Ahí hacían la primera estación. Luego descansaban, y después se seguían el camino. Pero todas las cositas de ellos, lo que era dónde dormir, mercado, herramientas de trabajo, todo eso lo llevaban a hombro. Lo llevaban en unos

canastos especiales que les compraban a los indios y ahí cargaban sus cosas, hágale. Y yo ya caminaba, y cuando iba muy cansado ya ellos me alzaban (2019, feb. 8).

“Uno se fue criando como con todo eso”, dice Eugenio y hace una pausa para contestar el celular. Luego, habla sobre su familia, de dónde proviene y quizás la razón de por qué es un andariego.

Nosotros por todos somos nueve hermanos. Este diciembre que pasó, hace un año que mataron a uno de mis hermanos menores; pero las mayores de todos son las mujeres, después de dos mujeres que son las mayores sigo yo: yo soy el mayor de todos los hombres. Tenemos hoy 8 hermanos: 5 mujeres y 3 hombres, pues el otro ya falleció.

En ese entonces los viejos no andaban solitos sino en grupos de 4 o 5 familias. Iban como en temporada. Iban los viejos, la mamá y varios niños. Mi mamá se llama Dioselina Tapia, todavía existe gracias a Dios, ya tiene 68 años, y los viejitos todavía están ahí. Entonces en esa época andaba mucha gente, duraban por decir un mes ubicados en una parte; al mes de haber estado trabajando allá, ya se acababa el mercado, y organizaban otra vez salida para el pueblo. Llegaban al pueblo y ya.

Yo me recuerdo que la primera casa, donde vivíamos, es la cuna de nosotros, Villa Claret, un corregimiento de Lloró. Iba a ser municipio pero ya con la violencia, todo se pasmó. En esa casa no estuvimos mucho tiempo, porque como les gustaba a andar a los viejos, entonces ya fuimos a un corregimiento que se llama El Dieciocho. Ahí algunos pelados entramos a estudiar la primaria. Los viejos, como ese río Atrato era muy bueno para coger oro, ellos todos los días iban a barequear y siempre sacaban; mi papá había días que sacaba hasta un castellano. El oro uno dice que no valía, pero valía mucho, pero en ese tiempo se conseguía bastante y ahorita ya está muy escaso. Ahí duramos un buen tiempo. Ahí fue cuando yo me independicé, que ya tenía yo como nueve años (2019, feb. 8).

Esa independencia a la que se refiere Eugenio es la de empezar a conseguir dinero por sí mismo, el de valerse sin ayuda de sus padres o sin la tutela de algún familiar. En “Bitácora de un andariego” (Serna, 2009), narra cómo fue que un vecino camionero lo llevó hasta Andes para empezar a trabajar en fincas:

Me fui lejos de la casa porque sabía que en Andes se movía mucho el café y había mucho trabajo. Entonces hablé con Robertico, un camionero muy conocido y querido en El Dieciocho. Le dije que me llevara y como dijo que sí me fui con él a entregar una carga de cervezas a Bolívar, Antioquia. Luego de descargar el viaje nos fuimos para Andes. En ese municipio terminó nuestro viaje juntos. Él me recomendó con un amigo suyo que trabajaba en una mayoría. Llegamos a una finca, y en aquel tiempo estaba lista la cosecha de café. El mayordomo, Carlos Arturo Velásquez, se sorprendió al ver que yo siendo un niño buscara trabajo.

Yo me había ido al escondido de la casa, pero Robertico les contó a mis padres y les dijo: “Tranquilos que yo lo recomendé en una finca y el dueño es muy amigo mío. Lo dejé en buenas manos y él es un pelao muy verraquito para trabajar”.

En esa mayoría había 46 trabajadores: quince mujeres muy jovencitas y el resto eran hombres adultos. Entonces el mayordomo me dijo: “El único trabajo que hay es para recoger café. Voy a dejarlo para que ensaye”. Esa misma tarde me entregó las herramientas de trabajo y al día siguiente, a las cuatro de la mañana, todos los trabajadores estaban en pie organizando sus instrumentos. A las cinco de la mañana salimos para el cafetal. En ese primer día de trabajo me fue muy mal; como no estaba acostumbrado, mis manos me quedaron hinchadas y peladas. Ese día cogí dos cuartillados de café, y las muchachas recogieron de a veinticinco o treinta.

Al día siguiente madrugamos otra vez y cuando llegamos al corte yo me hice en medio de las jóvenes, miraba para todos lados y no podía hacer nada porque mis manos no me acompañaban, pues las tenía hinchadas. En la hora del almuerzo se reunieron las mujeres y me dijeron: “Niño, venga”, yo fui y cuando vieron mis manos hinchadas se sorprendieron y me dijeron: “Eugenio, a usted lo vamos a poner de garitero para que nos traiga agua y almuerzo todos los días hasta que

termine la cosecha”. Empecé a trabajar con las muchachas. Esa tarde me sentí muy feliz, contento, porque entre ellas me reunieron el jornal que equivalía a lo que una de ellas ganaba en un día de trabajo. Continué trabajando hasta que se terminó la cosecha y después me fui con ellas a trabajar a otra finca. Estuve con las muchachas seis meses. En esa época empecé a coger plata y cada ocho o quince días mandaba para mi casa (pp. 47-48).

Todo esto ocurrió antes de ser minero y de decidir su propio destino, ya en las tierras de Zaragoza, en el Nordeste de Antioquia, donde el oro era un rumor que consigo llevaba dinero y atraía a gentes de muchos pueblos. Ya había allí otros familiares de Eugenio, varios primos y una tía, que se habían ido en busca de fortuna desde comienzos de los años setenta, una época dorada de la minería del oro en los ríos de la región como el Porce y el Nechí.

Eugenio en su relato oral cuenta cómo fue que, siendo “jovencitico”, demostró sus habilidades para los negocios y para las matemáticas en la compra de la primera draga que le levantó una pequeña fortuna y le dio reputación de patrón al menos frente a tres de sus primos. Sobre esa anécdota vale la pena recoger que Eugenio es preciso en los números, lo que lo revela como un tipo práctico, acostumbrado ya a contar dinero, a responder por obligaciones y a separar cuentas para que una plata no se enrede con otra.

Fuimos a preguntar cuánto valía, llamamos a Medellín. En esa época existía HG, que era una empresa que había en Guayabal, de motores, equipos, muchas cosas. En esa empresa una draga 6, que se compone de un solo motor, motor 16 Briggs, costaba en esa época 950 mil pesos, que eso eran muchos millones para nosotros. Bueno: yo tengo 156 mil, otro tiene 160, el otro 130, el otro 120... y la plata no nos da para comprar de contado. Ya me dijo Medardo:

—Eugenio, ¿y entonces cómo hacemos?, porque no tenemos ni la mitad.

Y yo les dije: —Ah, pues muy fácil, con esta plata, vamos a aportar de a 100, equitativamente, y el resto lo dejamos para el combustible y la comida, y nos vamos a hacer la compra. Esto es lo de Eulises, esto lo de Medardo, esto lo de Isidro, esto es lo mío: en total 400 mil, pero la máquina vale 950.

Entonces ellos, como yo les lancé la propuesta, me dijeron: —Bueno, señor sabedor, como usted es el jefe, ¿entonces qué hacemos ahorita?

—No, muy sencillo —les dije—: Nos faltan 550. Vamos para donde los Guarín, y allá vemos.

Ellos, los Guarín, y el señor Euclides Aguilar son los dos negocios de alta gama en el municipio de Zaragoza, son los dos negocios que mueven todo el tema de la minería, los que surten a los mineros con los mercados, combustibles y herramientas.

Cuando llegamos allá, sale don Jairo Guarín:

—¡Qué hubo, Serna!, ¿qué necesita? —Yo era un pelado muy avisado y por eso todos allá me conocían. Y yo le dije:

—Vea, ese jovencito, ese, ese y yo no queremos ser más trabajadores de las dragas, sino que queremos ser patronos.

—¿Y cómo así pues, Serna?

—La cosa es muy sencilla, don Jairo: por comida y combustible no vamos a tener problema, porque usted sabe que la familia de nosotros merca es aquí. Nosotros cuatro somos primos, de la misma familia, y nos queremos asociar para comprar una draguita 6, pero esa máquina está costando 950 mil y nosotros cuatro reunimos 400 mil; entonces es para que usted nos sirva de fiador de esos 550 mil que nos falta, y pues a usted le vamos a comprar el combustible y la comida, y le vamos a entregar la producción a usted: usted va a descontar y vamos a seguir trabajando hasta que libremos.

Y ese hombre dijo: —Vea este tipo tan inteligente que salió, ¡no se vara es por nada! —Se quedó don Jairo pensando y llamó al otro Guarín, el socio de él, a contarle lo que yo le estaba proponiendo. Le dijo: —Vea, ellos quieren comprarse una máquina en HG, y al que tiene crédito le fían: ellos no tienen crédito, pero nosotros sí; son cuatro socios y ellos mismos lo van a trabajar.

El viejo don Guarín se puso a reír, y le pareció buena la idea. “Nosotros les traemos esa máquina aquí, ustedes abonan, y yo creo que en una quincena ya pagan eso”. Ya miré a los otros primos y me dio fue mucha alegría, porque se iban a dar las cosas (2019, feb. 8).

Ahí sí con esa draga comenzaron los años de trabajo independiente en los ríos de la región. Eugenio llegó a tener a su cargo cuadrillas de hasta veinte mineros que sacaban hasta nueve libras de oro por draga en una semana, lo que le dio dinero para comprar terrenos en el Chocó y en Anorí, también para despilfarrar alguna parte en cerveza, whisky y mujeres, y, cómo no, para ayudar a sus padres en Lloró y mantener a su familia, cuando ya se casó y tuvo descendencia. Sobre esa época dorada de su vida como minero, cuenta Eugenio:

El Porce fue un río que tuvo mucho apogeo en Antioquia. Ni el Nechí le dio la talla a ese río. No éramos solamente nosotros los que vivíamos muy bien de eso, sino todos los mineros, hasta los barequeros, porque allá se movía mucho la plata. Yo me conseguí dos máquinas más, y ya yo tenía tres entables. Llegué a manejar hasta veinte trabajadores en el río Porce, hasta que el río se fue agotando; o también cuando había mucho invierno, uno se iba para otros ríos, ríos pequeños así como el Mata, el Pocoró, que uno podía trabajar en un día, y pues no eran como el Porce. pero también le iba muy bien a uno.

A mí me tocó pues un apogeo muy bueno, pero yo repartía mucho la plata. Me mantenía con siete, ocho millones de pesos en el carriel, solamente para fresquiar, para aventar whisky para arriba y para abajo, con mujeres, repartía quincenal 25 mercaditos para los viejitos, el que llegaba con una fórmula yo se la compraba. Tenga. Le ayudaba a todo el mundo. Fue una época muy buena. En Zaragoza fue donde yo me crié y me jovencié (2018, oct. 30; 2019, feb. 8).

El oficio de la minería del que habla Eugenio no es el del empleo en vetas explotadas por las multinacionales, que aún hoy es la principal fuente de empleo legalizado en municipios del Nordeste de Antioquia (como Segovia y Remedios), sino el de hombres y mujeres que se sumergen en los ríos y pasan semanas internados en las montañas, con campamentos transitorios en las riberas, y que dependen de sí mismos para poner a funcionar la draga, una canoa a la que se le adaptan un motor y una manguera para succionar arena del lecho del río, y de allí separar con bateas, quizás mercurio, ojo y paciencia, el material dorado y precioso que se pesa y vende en medida de castellanos (4,6 gramos). Los mineros de este tipo son los campesinos que aran el río, otra clase de labriegos que no tiene vivienda fija, se traslada de un lugar a otro con su familia, y que suele gastarse lo que bien gana.

Eugenio conoció en las lides de la minería a Martha Blandón en 1987 y juntos tuvieron a Yarina, hoy de 27 años. A su primera esposa la quiso mucho, pero dice que se dejaron porque él continuó en la fiesta como cuando era soltero y eso a Martha no le gustó mucho. Estuvo solo, de río en río, de mina en mina, hasta que conoció a Katia, la mujer que aún hoy lo acompaña y hasta le ayuda con trámites de sus procesos médicos y legales como sobreviviente de mina antipersona y como líder de la asociación Somos Visibles. Con Katia tuvo a Yariyadiana y a Juan David, por quienes hoy sigue trabajando en la minería, aunque menos que antes, y piensa en diversas ideas de negocio —una chatarrería, una fábrica de productos de limpieza, una retroexcavadora— que le den lo suficiente para, insiste, darles estudio hasta que ellos quieran.

El primer embarazo de Katia fue complicado: la obligó a mantener mucho reposo y a tener varias citas médicas en Medellín, por lo que Eugenio decidió trasladar su hogar para la ciudad, al barrio Santa Cruz en una casa arrendada, y más bien él irse a trabajar por temporadas y volver cada tanto, para traer el sustento, como quien regresa a un puerto.

Pasaron los años hasta llegarse el 2006, “el día de mi accidente”, como Eugenio nombra ese 6 de abril en que pisó una mina antipersonal que había sido sembrada por una tropa de las FARC. Ese hecho en particular lo narra completo en *Donde pisé aún crece la hierba* (Serna, 2009), y ahora al retomarlo, repite los detalles que dio allí, lo que hace pensar en que se trata en un momento fijado en su memoria, estático, reproducible y, acaso, clausurado: pasó tal cual lo contó en los talleres del 2008 y tal cual lo volvió a contar en las entrevistas del 2018 y el 2019. Ni la geografía por la que pasaba ni la secuencialidad de eventos posteriores a la explosión, ni las personas que intervinieron para ayudarlo, tampoco el dolor que sintió, nada de eso ha cambiado en su relato.

Eugenio estaba en la finca por los lados de Zaragoza trabajando, y había decidido ir a cobrarle un dinero a un señor, de nombre Rubén Ulloa. Siempre iba solo por los caminos pero aquella vez su esposa le dijo que esperara a un cuñado de ella, un muchacho joven e inexperto, para que lo ayudara a cargar plátanos y yucas si les regalaban en la finca de Ulloa, y para que el muchacho fuera aprendiendo a conocer la zona.

Entonces me fui a recuperar la plata adonde él estaba, por el río Mata, que él después se iba para Zaragoza. Y yo pensé: voy a ir, porque si no este señor que

le gusta mucho el aguardiente se la gasta, y no me paga. Ahí fue donde ya yo me bajé hasta la boca del río Mata, llegué al planchón donde estaba la cuadrilla de Alonso Tapia trabajando, y esperé la línea que iba directamente de Zaragoza para el Mata, para irme yo ahí. Esperé como hasta la una y ya me dijeron los trabajadores de la mina que no iba a subir la línea, que me tocaba quedarme ahí. Y yo decía: pero es que si no me subo hoy, este hombre se me gasta la platica y quedo varado.

La tarea mía entonces era salirme por Segovia, y luego por ahí derecho salirme para Medellín. Entonces más bien cogí el camino. Y cuando llegué a la entrada del cagüí, donde está un señor Gerardo que esa gente son agricultores, no había ninguno en las casitas, todo el mundo estaba trabajando, pero ya esa semana la guerrilla les había avisado que todo eso estaba minado, para que no fueran a coger ese camino; pero entonces como no había nadie en las casas, yo estaba neutro. Yo cogí el camino. Cuando llegué al alto adonde subía todo el mundo a llamar, llamé a Medellín y le dije a Katia que iba en camino, y llamé a mi tía a Zaragoza y le dije que ya no salía para allá, sino que salía directo por Puerto Calavera y que ahí cogía el bus para Medellín. Y ya como a los diez minuticos de haber hecho la llamada, ahí fue mi accidente. No alcancé a llegar ni donde el señor Rubén, sino que me monté ahí sobre la mina quiebrapata.

Ahí fue cuando yo me paré en el centro del camino a esperar el cuñado. Me paré normal, por decir, allá viene el cuñado de mi esposa, como a treinta metros, y me paré a conversar solito, que con razón los hijos de papi cuando van al Ejército sufren tanto y en cambio el campesino se lleva al hombro su pimpina de ACPM, lo que sea. Entonces pensé en irme a la cañada a esperar ahí al muchacho. Yo tenía sed, dije: voy a la quebrada, me refresco y sigo. Y saqué el pie derecho y lo mandé hacia delante, y a lo que saqué el izquierdo, fue que activé la mina. Ahí fue donde me sacó cuatro metros del camino, me voló. Reaccioné ahí mismo, dije: Señor, esto es una mina; y ya me vi el pie fue destrozado. Sin embargo, el muchacho fue el que cogió todo el susto.

Yo me fui arrastrando hasta donde él estaba, y él reaccionó, estaba como en shock. Que qué hacía. Yo le dije que tranquilo, que tenía que regresarse con mucho cuidado y que donde viera un papel o algo raro se hiciera a un lado porque de pronto eran más minas, y le dije que fuera adonde yo había ido a llamar, a buscar gente, ayuda, para sacarme. Así hizo el muchacho, y ya cuando él se fue, yo seguí detrás de él, arrastrándome. Me arrastré unos cincuenta metros y ya me dio un mareo, que me quedé recostado a un palo. Yo no botaba sangre al instante. Esa pierna estaba guindadita de tres tiritas pero prendida como en una llama de candela, como cuando uno frita chicharrón: eso era lo que yo veía y sentía. Era como calor, como un incendio. Me recosté y me largué en vómito, por boca y nariz. Y yo pensaba y le rezaba a Dios que no me dejara morir. Yo pensaba que estaba destrozado por dentro. Nunca antes había visto a nadie pisar una mina ni nada. Y yo dije: Señor, dame fuerza y valor porque quiero ver a mis hijas así sea una vez. Escuchaba los pajaritos, y yo era pendiente de si veía algún fusil, porque si llegaba el grupo que fuera, me terminaba de rematar.

Tiempo antes yo había ido al Caguán a visitar a mi hermanito y tenía informaciones de que el Ejército si se encontraban a alguien herido por mina, lo terminaban de matar. Si era el Ejército lo camuflaban, le ponían un pedazo de revólver y lo hacían pasar por guerrillero para que les dieran vacaciones a todos; y si era la guerrilla, lo mataban porque no debía pasar por ahí. Eso era lo que yo tenía en la mente en ese momento, y espere y espere. Dieron las cuatro y media, las cinco, las cinco y media y nada de nada. Como a las seis escuché el primer grito, empezaron a gritar. Le preguntaron al muchacho que si yo me había salido del camino o qué, y él les dijo que no, que había sido propiamente en el camino, entonces ya todos tenían mucho miedo, y lo echaron a él adelante: donde él pisaba, pisaban los otros. Por eso se demoraron para llegar. Llegaron a las seis y media, más o menos. Les grité y como había varios caminos, me gritaban para encontrarme. Estiraron la hamaca, el palo, me montaron, y a las ocho de la noche me bajaron al río. Todo el mundo bien asustado.

Cuando ya me bajaron ahí al río, llegaron Lubin, un primo, y Nicanor y me inyectaron la pierna. Porque después de que yo sentía eso en llamas, como a las

dos horas, ahí sí se largó eso en sangre, como una cañada, hasta que ellos llegaron y me amarraron, me montaron a la hamaca, y en el río me llevaron en un bote directo para Zaragoza. Cuando ya iban por Pato, que me iban conversando para que no me durmiera, y yo solo les pedía agua cuando fuera una gotica, que tenía mucha sed, Nicanor me dijo dónde íbamos, que ya íbamos a llegar a Zaragoza, y eso vi gente al bordo del río, todos esperándome, se había regado la historia de lo que me había pasado, y los carros ahí listos para llevarme al hospital. Tenían que ponerme sangre, yo no conocía a nadie, bultos blancos era lo que yo veía, y pues me llevaron al hospital, pero por casualidad no había ambulancia: de las dos que había, una estaba para Montería y otra acá en Medellín. Ahí fueron a buscar una Hailux, y no les dio tiempo ni de bañarme, sino que me pusieron suero y sangre, metieron a esos doctores ahí, guindaron las cosas, y a las dos de la mañana ya estaban conmigo en Caucasia. Suero y sangre, suero y sangre.

Martha, mi exesposa, que vivía en Zaragoza, se fue conmigo para allá, y me acuerdo que le dije: cuide mucho a la niña, que yo creo que me voy a reventar, porque la vejiga la tenía que se me iba a estallar. Y ella salió corriendo ahí mismo y trajo a una doctora, que con una aguja se puso a buscarme la orina, y nada, esa doctora no podía, trajo a otras doctoras y nada. Entonces Marta fue por un cirujano y ese sí me sonrió a la fija. Cuando empecé a botar eso, ahí sí empecé a volver a la normalidad. Suero y sangre, suero y sangre.

Al otro día por la mañana ya me metieron a cirugía, que había otros dos sobrevivientes de mina: uno que habían traído de Nechí y otro de Charcón, ambos eran civiles. Ya los habían mochado, pero tenían que volverlos a mochar, yo no entendía por qué y eso era lo que yo escuchaba entre los dolientes que había... Mi pierna estaba partida como en cuatro pedazos. Empezaron a inyectarme antes de cirugía, y ya cuando me llevaron, lo amarran a uno bien amarrado, pasan la cortina para que uno no vea. Entonces sale el cirujano, con él eran cinco personas ahí en el quirófano, y me dice:

—Vamos a ver cómo le salvamos la rodilla.

—Esta rodilla mía, doctor, no la salva nadie —le dije—, porque esto está bien partido en cuatro pedazos.

Y le dije más bien que no me salvara la rodilla, que me hiciera un solo trabajo para yo descansar: —No me moche abajo de la rodilla, mócheme aquí arriba, para yo descansar.

Y ahí mismito llamaron a Martha a decirle lo que yo les estaba pidiendo, y así fue: me pusieron a firmar. Y uno siente en la cirugía, por muy anestesiado que uno esté. Yo sentía la segueta, ese serrucho ahí mochándome. Cuando mocharon eso, le pegaron algo con pura candela, un hierro que eso frita para poder hacer la cosedura.

Como a la hora me pasaron para la sala, y echaron esa pierna en una bolsa y la colocaron ahí al lado de la camilla. Y en las horas de la mañana llegó Katia de Medellín. Cuando yo las vi a las dos, a Katia y a Martha, me dio fue risa. Ellas no eran enemigas, pero a mí me dio risa. El doctor dijo que había que llevar esa pierna al cementerio o que nosotros veríamos qué hacer con ella. Y Katia dijo que no, que ella no cogía esa pierna, le cogió fue pánico ahí. Entonces ya sí Martha cogió la bolsa y se fueron juntas adonde el sepulturero y le pagaron para que enterrara la pierna. Así es que yo ya tengo una parte de mí en el cementerio. Tengo una pata debajo de la tierra, como se dice (2018, oct. 30; 2019, feb. 8; *cfr.* Serna, 2009, pp. 55-62).

Eugenio es minucioso en los detalles de los hechos que él considera fundamentales en su vida, y es insistente en las reflexiones que estos hechos le han suscitado, todo lo cual hace parte de reconocer quién es él como ser humano, como habitante de Medellín; como chocoano, campesino, minero y “negro fino” —así se presenta—; como padre de familia y esposo responsable; como sobreviviente de mina antipersona, víctima del conflicto armado colombiano y ciudadano en busca de derechos y del mejoramiento de su economía familiar.

Dice él que el accidente *casi* no cambió nada de su vida, que él sigue siendo el mismo, el que “siempre echa para adelante, para arriba”, y que no se rinde y sigue siendo avisgado, ya no para comprar dragas, sino para participar de los procesos de reparación a los que la

asociación Somos Visibles se apunta, y para seguir siendo independiente en su economía y en su salud.

En “Bitácora de un andariego”, Eugenio contó que después del accidente, con la ayuda de Acción Social y de la Cruz Roja, montó una tienda, con venta de legumbres y minutos, y que con el dinero de ese negocio pagaba arriendo, servicios y comida. Eso fue en el año 2008. Tuvo que cerrar porque se estaba quebrando. Con lo que le quedó y con capacitaciones que había recibido, montó una venta de jabón antibacterial, pero tampoco le fue bien. Entonces decidió volver a la minería, aunque los médicos le prohibieron bucear, que era su tarea principal en las dragas.

Lo único que cambió sobre mí con el accidente fue que cambió mi trabajo, porque como fui minero y soy minero toda la vida, fui buzo por treinta años en el río Porce: yo me guindaba dos cinturones con pesas de 25 kilos y me tiraba al chorro que fuera con mi oxígeno y todo a trabajar. Cogía un motor 16 y me lo echaba solito al hombro. O sea yo era una mula para trabajar. Eso es lo que yo no puedo hacer: bucear, porque me lo prohibieron. Ahora yo llego al río y me tiro, pero no puedo bucear mucho... Pero es que todo el que ha trabajado la minería no está acostumbrado a sentarse en una tienda a esperar a que le compren un frasco, sino que está acostumbrado es a ver su plata. Mejor dicho, no hay como el trabajo que uno sabe hacer (2018, oct. 30).

A Eugenio los días se le van entre irse dos semanas a los ríos del Chocó, bajando por Urrao y El Carmen de Atrato, y volver a su casa, en el barrio Moravia, a estar con su esposa Katia y sus hijos Yariyadiana y Juan David, a quienes menciona frecuentemente y de quienes se siente orgulloso porque les va bien en la Institución Educativa Francisco Miranda y podrán optar, dentro de unos años, por un futuro profesional. A Juan David lo acompaña los sábados a entrenamientos de fútbol, e incluso ha ido a su salón a contarles a los demás estudiantes y a la profesora la experiencia de ser sobreviviente de una mina antipersona y no haberse dejado derrotar por los días difíciles que le tocaron en la vida.

Se considera un tipo con suerte, porque está vivo y puede contar la historia, y porque ha tenido golpes de fortuna, como el de haberse independizado siendo niño sin caerle una desgracia, o como el de haber comprado las dragas para no tener que responderle a algún

patrón, o, incluso, el caso más reciente, cuando el año pasado se le cayó la prótesis en un río del Llano de Baramá y esta vino a aparecer dos meses después en un caserío aguas abajo, El Playón, y la pudo recuperar, como ese bien preciado que le permite moverse sin dificultad y sin impresionar mucho a quienes lo ven.

Por esa suerte, que también se llama optimismo, es que Eugenio quiere seguir contando la historia de su vida, y no solo de su accidente, porque se sabe digno de admiración en la lucha cotidiana por seguir siendo independiente y nunca faltarles a sus hijos con el sustento y el ejemplo del trabajo honrado. “Dios quería que yo siguiera viviendo para que conociera muchas cosas. Le digo, mejor dicho, yo tengo algo muy importante por contar y todavía por hacer”, concluye.

## Referencias

Blu Radio. (2017, febrero 3). “194 empresas financiaron a grupos paramilitares entre 1996 y 2004: Fiscalía” [en línea]. Disponible en: <https://www.bluradio.com/judicial/194-empresas-financieros-grupos-paramilitares-entre-1996-y-2004-fiscalia-130023>.

El Colombiano. (2006, abril 12). “Mina amputa pierna de niño en Ituango”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.

\_\_\_\_\_. (2006, abril 4). “Un día por el No a las minas antipersona”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.

Serna, Eugenio. (2019, febrero 8). Entrevista grabada en audio. Medellín.

\_\_\_\_\_. (2018, octubre 30). Entrevista grabada en audio. Medellín.

\_\_\_\_\_. (2009). “Bitácora de un andariego”. En: Patricia Nieto (ed.). *Donde pisé aún crece la hierba* (pp. 44-64). Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.

## (2) Orlando Guarín Morales

Las últimas líneas del relato que escribió Orlando Guarín Morales (2009, pp. 104-119) para el libro *Donde pisé aún crece la hierba* hablan de incertidumbre, soledad y tristeza: “A veces siento que cada día se me cierran más las puertas”, dice allí antes de entregar sus expectativas al amparo de Dios y la Virgen. En ese 2008, momento de los talleres de escritura, sus dolores más grandes —“la pesadilla”, como él los llama— cumplían tres años: el que le dejó el asesinato de su único hijo hombre y el que le quedó como secuela de haber perdido la pierna izquierda al caer en un campo minado.

En agosto del 2005, el destino pareció ensañarse contra él y su familia, justo después de unas vacaciones soñadas en San Carlos, la tierra a la que los Guarín Cardona habían podido volver después de haber sido desplazados del corregimiento de Samaná por causa de la violencia a comienzos del nuevo milenio. Desde el 2000, vivían en Medellín Orlando, su esposa Luz Marina y sus cinco hijos: Liliana Marcela, de 23 años; Carlos Andrés, de 21; Ledis Xiomara, de 18; Luzbiam Fernanda, de 16, y Daniela, de 14. Las mujeres estudiaban y algunas también trabajaban; el “niño de la casa”, Carlos Andrés, era la mano derecha y el socio de su padre en las legumbres que tenía en compañía de otros familiares.

Atrás habían quedado los tiempos en que Orlando trabajaba su finca de cuarenta hectáreas en las que cultivaba caña, plátano, fríjol, yuca, maíz y cebolla; aserraba madera de las selvas de Samaná y en algunas temporadas se iba por el río a sacar oro con dragas y bateas. Ahora en Medellín, los días transcurrían entre administrar las legumbres, alguna en pleno parque de San Antonio en la ciudad, cargar bultos de frutas y verduras, hacer las tareas con las hijas menores y volver de vez en cuando al pueblo, a darle vuelta a la tierra abandonada, y conseguir el sustento cotidiano.

El desplazamiento para Orlando fue un cambio de vida que implicó tristezas, pero también la alegría de poder brindarles estudio a sus hijos hasta el nivel universitario, lo que hubiera sido muy difícil si se hubieran quedado en Samaná. Durante los talleres de escritura, Orlando detalló con ayuda de sus hijas, en una libreta decorada por ellas, cómo fue que se abrió la brecha de la desgracia para él y su familia, mucho después del desplazamiento, en el momento en que Carlos Andrés se fue de vacaciones a una finca en Tarazá, adonde lo habían invitado unos familiares.

Teníamos muchos conocidos por esos lados de Tarazá, porque mucha gente de la vereda que desplazaban por el conflicto se iba para allá donde un señor, don Jesús María González, que era de Samaná, pero que hace muchos años se fue para allá. La gente cogía para esos lados porque ese señor les daba empleo y a los que no les resultaba se iban a trabajar la coca. [...] Mi hijo Carlos Andrés viajó al municipio de Tarazá. Era el 19 de agosto del año 2005. Allá estuvo bailando y disfrutando hasta que llegó el día 24 de agosto y decidió madrugarse a pasear a una finca que quedaba en Puerto Raudal, vereda Las Palomas. Ese día

empezaba nuestra pesadilla. Llamaron a la casa y contestó mi esposa Luz Marina. Le dijeron que habían hecho una masacre donde habían matado a catorce personas y que mi hijo se encontraba desaparecido. Sólo sabíamos que se había madrugado para allá. No sabíamos nada más (Guarín, 2009, p. 110).

De 21 años, bachiller, trabajador en la legumbrería de su padre, Carlos Andrés no se contaba inicialmente entre las 14 víctimas que ese mismo 24 de agosto dejó el ataque que le endilgaron al frente 36 de las FARC en un predio ubicado en el municipio de Puerto Valdivia, a unos quince minutos de la troncal de la Costa.

El secretario de Gobierno de Antioquia, Jorge Mejía Martínez, informó anoche que hacia el centro de salud de Puerto Valdivia, donde trasladaron los cadáveres, se desplazaron médicos del hospital de Valdivia para realizar las necropsias. Agregó que las víctimas trabajaban en una zona donde se han detectado vastas zonas de cultivos de hoja de coca y fueron sorprendidas a la 1:00 de la tarde cuando almorzaban. “Fueron muertos con tiros de gracia”, denunció el funcionario. Dijo por último que el Ejército realiza una inspección del lugar de los hechos porque se teme que pueda haber más personas muertas, incluidos miembros de la guerrilla (El Colombiano, 2005, agosto 25, p. 10A).

Al saber de esa noticia, y que su hijo podía estar entre los muertos, Orlando decidió viajar hasta la zona de la masacre para buscar el cadáver, si era que a Carlos Andrés lo habían matado, o, como él quería, hallarlo entre los vivos. “En busca de mi hijo” fue el título del relato que se publicó en *Donde pisé aún crece la hierba* (Nieto, 2009); lo llamó así desde el primer borrador que escribió, porque es esa búsqueda infructuosa la que para él marca y explica el comienzo de su nueva vida como víctima del conflicto armado colombiano. Dice en su texto:

Viajé a las 9:00 pm, desesperado de dolor, ya que no había noticias de mi hijo.

Mientras yo viajaba, a mis hijas y esposa les habían informado que el niño ya había aparecido y estaba vivo. Eran muchas las versiones que daban, pero la realidad era que mi hijo ya se encontraba muerto y del que hablaban era de otro joven. Mis hijas y esposa lo único que hacían era llorar y orar a Dios para que

Carlos apareciera, así fuera muerto, pero que apareciera para darle una santa sepultura.

Llegué a Puerto Raudal a la 1:00 am y me quedé en el centro de salud, donde se encontraban realizando la necropsia a las catorce personas asesinadas. Esperé angustiado y lleno de dolor a que amaneciera. Fueron horas llenas de diferentes pensamientos. Me imaginaba lo peor. Sólo le pedía a Dios que nos diera valor para seguir adelante, y sobre mis mejillas sólo corrían torrentes de lágrimas.

Eran ya las 8:00 am cuando me fui en búsqueda de mi hijo. Tomé una Johnson, es decir, una canoa con un motor. Cruzando con ésta el río Cauca llegué donde realizaron la masacre con tres civiles más. Sólo había sangre, soledad, tristeza, donde unas personas iguales a uno habían cerrado los ojos, sellado los labios y habían hecho que dejaran de palpar catorce corazones de personas inocentes, echadas pa' delante y con ganas de salir y seguir adelante. A las tres horas de estar buscando llegó la Policía con el alcalde y el secretario de Valdivia. Se acercaron y nos dijeron que qué estábamos haciendo por ahí y yo les dije que mi hijo se había madrugado desde muy temprano el día anterior, es decir, el 24 de agosto del 2005, que se encontraba desaparecido y que por ende yo lo estaba buscando. Ellos se siguieron (Guarín, 2009, pp. 111-112).

Mientras Orlando estaba en esa búsqueda, viajando por río y por selvas, preguntando aquí y allá si se sabía algo de Carlos Andrés, *El Colombiano* advertía sobre el temor que había quedado en la región luego de la masacre, pues la zona donde se ubicaba la finca continuaba en disputa por parte de las FARC y de las Autodefensas, que por esos días se encontraban en proceso de desmovilización. Es decir, ante el anuncio de la desmovilización de los bloques Mineros y Central Bolívar —ocurridas en enero del 2006 (Verdad Abierta, 2011, enero 11; 2012, junio 28)— se abriría un espacio para la lucha de poderes en la que la guerrilla no solo buscaría retomar el control de la región, y de sus cultivos de coca, sino que quizás, temían los habitantes, tomarían represalias contra quienes no acataran su posible nueva autoridad. Publicó *El Colombiano*:

Al dolor de lo ocurrido se sumó el temor que expresaron los habitantes de nuevos ataques de esa guerrilla en momentos que los hombres al mando de alias Macaco,

del Bloque Central Bolívar, y alias Cuco Vanoy, del bloque Mineros de las autodefensas, alistan la desmovilización de sus hombres en esa región.

“Hace muchos años no teníamos esta clase de ataques. Hay miedo, claro, aunque la gente de la vereda donde fue la masacre dijo que no se va a desplazar. Pero si la cosa se pone maluca y si se desarman las autodefensas, las FARC van a venir a cobrárnoslas todas”, aseguró un habitante de Tarazá (2005, agosto 26, p. 5D).

En esa pugna por retomar el control de la región, con sus cultivos de coca, los grupos armados sembraron minas antipersona, no solo allí sino en todo el país, y aunque se sabía de su amenaza, esta se hizo real durante el 2005 para 1.060 víctimas entre muertos y mutilados (El Colombiano, 2006, abril 6, p. 5A), entre los que empezó a contarse Orlando, el papá de Carlos Andrés. La crónica “Por su hijo Orlando hace lo que sea”, destacada en la sección de Tema del Día en *El Colombiano*, narra la situación por la que pasó el papá de Carlos Andrés Guarín Cardona:

A Orlando Guarín, de 46 años, le amputaron ayer su pierna izquierda en la Clínica San Martín, de Tarazá. La perdió al pisar una mina antipersona cuando buscaba a su hijo Carlos Andrés, reportado como desaparecido en la vereda Palomas, de Puerto Valdivia, donde guerrilleros de las FARC mataron a 14 campesinos, el miércoles pasado. [...]

El miércoles, después de las 12:30 del día, en esa vereda ubicada entre los corregimientos Raudal y Puerto Valdivia (Valdivia), la gente escuchó los disparos. Horas más tarde, una lancha transportó los cadáveres a la cabecera y de allí fueron llevados a la morgue de Puerto Valdivia.

A las 6:00 de la tarde, Orlando se enteró en Medellín de la situación y preguntó a sus allegados en Tarazá (localidad del Bajo Cauca, ubicada a unos 30 kilómetros del sitio) si su hijo estaba entre las víctimas. “No se sabe nada de él, no aparece”, le contestaron y, de inmediato, viajó a Valdivia.

El padre no aguantó la incertidumbre. Madrugó ayer y, después de abordar una lancha y caminar, comenzó, sin la compañía de las autoridades, la búsqueda de Carlos. Su misión terminó cuando pisó el explosivo. “Él decía que por su hijo hacía lo que fuera. Llegó a las 2:00 de la madrugada y a primera hora se fue solo

para Palomas... Ahí fue que lo cogió la mina. Ahora esperamos el resultado de la cirugía...”, relató Fabiola Cardona, cuñada de Orlando, quien también se desplazó desde Medellín.

“Estaba alistándome para ir al velorio de mi otra cuñada, Flor María Gutiérrez (otra de las víctimas), cuando, de pronto, me llamaron y me dijeron que Orlando estaba herido. Por eso estoy aquí en el hospital”, agregó, al mostrar la foto de su sobrino y la cédula de su cuñado.

“El paciente, de 46 años, proveniente del área rural de Puerto Valdivia, presentó una amputación traumática de pierna izquierda y shock hipovolémico (pérdida exagerada de sangre) muy grave. Está estable y ahora se encuentra en sala de cirugía”, observó la médica Mary Correa. [...]

Algunos de los cadáveres fueron sepultados ayer y hoy se realizará el resto de las exequias. Orlando se recuperaba en la clínica, a la espera de una señal de vida de su hijo (Yarce, 2005, agosto 26, p. 3A).

La página de *El Colombiano* donde apareció este texto contiene también los resultados del Baloto, que continuó acumulado en 6.750 millones de pesos, y las notas de condolencia por la muerte de Nelly Angulo, madre del ministro de Industria y Comercio, Jorge Humberto Botero. La noticia definitiva de que Carlos Andrés Guarín se sumaba a la lista de las víctimas de la masacre, un total de 16, la consignó el periódico en una nota breve el 31 de agosto del 2005.

En los talleres de escritura que originaron el libro *Donde pisé aún crece la hierba*, Orlando dibujó, coloreó, recortó y pegó su historia, cuadro a cuadro, en un collage donde se puede ver a personas que esperan en un velorio, el paisaje de la zona donde activó la mina y a él mismo con chorros de sangre que le brotan de la pierna. En el relato escrito contó así el episodio concreto:

Me puse a mirar un rodadero y dentro de mí pensé que tal vez habían matado a mi hijo y lo habían echado a rodar. Caminé por el borde de ese barranco, cuando sentí un gran estruendo que me elevó cinco metros, que me dejó con un dolor y una presión en el pecho, y que me dejó con los oídos, la cara y todo el cuerpo llenos de tierra. En ese momento se me pasó por la mente que había pisado una

mina. Cuando me limpié la cara y miré a mi alrededor, vi mi pie izquierdo todo volteado y destrozado. Empecé a gritar desesperado.

A las personas con las que iba en búsqueda de mi hijo les daba miedo y temor ayudarme, puesto que sólo pensaban que había más minas, entonces yo les dije que fueran por la Policía que estaba cerca, cuando de un momento a otro apareció la Policía y me amarró una tira en el muñón. Claro que fue un error de ellos haberme amarrado la tira tan alta, es decir, en la mitad de la pierna, ya que el resto del pie se me murió, pues le cayó gangrena. Entre todos me cogieron y me llevaron, me montaron a una Johnson, cruzamos el río y de ahí la Policía prestó una camioneta y me llevaron al hospital de Tarazá, Antioquia, donde me operaron, es decir, donde me amputaron el pie... (Guarín, 2009, p. 113).

A esa región Orlando no volvió. Ya sin su pierna, lo trasladaron a Medellín y cuando se recuperaba se enteró de que habían hallado, muy cerca de donde él pisó la mina, el cadáver de su hijo en avanzado estado de descomposición: “Los gallinazos le habían comido media carita”, relató en el libro, porque hoy en día a Orlando le cuesta hablar de su hijo —“el niño”, “el niño mío”— y de los días que rodearon su asesinato. Habla de la masacre como una de las noticias que ve en televisión. De su accidente sí habla un poco más, porque es el origen del dolor de miembro fantasma que no se le ha podido ir, pese a que han transcurrido casi trece años desde que perdió su pierna. Dice que su accidente ocurrió en un lugar que ayer mostraron por televisión: “Eso fue adonde cogieron, ayer, a toda esa gente... ¿No vio lo que pasó allá en el Bajo Cauca? Cogieron a una gente, el Ejército quemó cuatro laboratorios y quemaron tres toneladas de alcaloides, detuvieron como a cinco o seis personas, y en seguida todos los campesinos se les fueron encima, cómo la ve... Es que la gente... Chillan porque matan tanta gente, y en seguida el Ejército no puede hacer nada” (Guarín, 2019, enero 22).

Cuando participó en los talleres, Orlando describió cómo era su vida después de haber sobrevivido al campo minado:

Actualmente, sufro un dolor que los médicos llaman “el dolor fantasma”, que no me deja tener vida, ya que es un dolor muy fuerte e intenso, aunque me están dando una droga que solo me calma un poco el dolor y vale, mensualmente, diez

millones de pesos, que cubre el Fondo de Solidaridad y Garantías (Fosyga) del gobierno.

Ahora mi vida en la ciudad es demasiado dura, ya que no puedo desenvolverme en ningún campo de trabajo debido a mi discapacidad. Mantengo ese dolor fantasma, es decir, el pie que ya no existe aún lo siento. Me pica, me arde y el dolor es tan intenso que me están dando la droga más fuerte. Esta droga me mantiene un poco dopado, como con sueño. Con ella no puedo tomar. Antes me gustaba el trago, no siendo un borracho empedernido, pero no se me daba nada irme a tomar solo. Si me provocaba irme a tomar a la esquina o al centro, me iba. Eso ya no se ve. Yo hacía de todo, jugaba fútbol, iba a la ciclovía, me iba para todas partes, ya no. Con la prótesis voy a mucha parte. Estoy asistiendo a diferentes actividades que realizan con las personas discapacitadas, donde nos enseñan manualidades y algo de emprendimiento.

Para mí es algo muy duro haber sido víctima de una mina antipersona, puesto que mi vida dio un giro de 180 grados. En una palabra me siento solo. Antes tenía un trabajo estable, y después de esto lo perdí (2009, pp. 116-117).

Ahora, en el 2019, persiste su situación pero agravada por que hace unos cinco años se terminó la relación con su esposa, se fragmentó su familia, y porque la atención directa y oportuna que recibía del Fosyga (Dinero, 2017, marzo 8) como víctima del conflicto armado se trasladó al Sisbén y a las EPS, en su caso Salud Total, y allí, se queja, son más engorrosos los trámites y es más complicado el proceso de dispensación de medicamentos.

Orlando vive hoy en día en el barrio Boyacá y anda con prótesis y bastón por Medellín y sus centros médicos. Tiene 60 años y se ve delgado, y también muy canoso, con respecto a como se ve en las fotografías que le tomaron en los talleres de escritura hace once años. Trabaja de jueves a domingo fritando y vendiendo papas y platanitos en un carro que arrastra por el Parque Norte, el Parque Explora y el Parque de los Deseos, donde debe estar pendiente de que los agentes de Espacio Público no lo desalojen o no se le lleven su entable. Cuando los días son buenos, puede obtener hasta 80 mil pesos, si llega temprano y se va tarde; y cuando son malos, como este tercer sábado de enero, no alcanza a hacerse 30 mil. La plata de la reparación por la muerte de su hijo y como víctima de mina se le acabó entre cambios de

vivienda, aporte al sustento familiar y ensayo de otras posibilidades de negocios después de que sus hermanos disolvieran la sociedad de las legumbrerías.

En los otros días de la semana, Orlando va a visitar a sus tías, acumula diligencias para hacerlas en una misma jornada y asiste a las reuniones de la asociación de sobrevivientes de minas antipersona Somos Visibles, con quienes desde hace un tiempo viene trabajando en la implementación de un proyecto productivo de piscicultura que podría dar sus frutos en Dabeiba, un municipio que no le parece lejos, porque tiene buena carretera. Ese proyecto surgió como un compromiso del Gobierno nacional cuando en mayo del 2014, miembros de la Red Nacional de Sobrevivientes de Minas Antipersonales —entre ellos los adscritos a Somos Visibles— y del Movimiento Nacional de Víctimas hicieron un plantón en la Plaza de Bolívar, en Bogotá, exigiendo “celeridad con los procesos de restitución y reparación” (El País, 2014, mayo 8).

Entonces, ya con la asociación, nosotros estuvimos —hace ¿cuatro años?, no, van a ser cinco años ahora en mayo—, nosotros estuvimos en una protesta en Bogotá, en esos dos meses antes de elecciones, de las elecciones de segundo mandato de Juan Manuel Santos. Fuimos el sábado, y que al otro día iba a haber votaciones, estábamos allá. ¡Qué hijueputa madriada la que me pegaron a mí!, para sacarnos de allá. ¡Éramos un poco de gente! Eso nos sacaron a punta de agua y madera, esos hijueputas. Entonces allá siempre pedimos muchas cosas, que de trabajo y de la indemnización. Como éramos tanta gente, entonces el propio de las víctimas, ¿cómo se llama?, dijo que iban a anotar apenas a trece o quince personas de cada asociación, de cada municipio, o de cada departamento... Allá estaban todos los entes del país... Y de ahí salimos para un programa que es de todas las víctimas, y un muchacho de Bogotá [Reinel Barbosa, coordinador de la Red de Víctimas de Minas] habló por todos nosotros. Él nos dijo que hiciéramos un proyecto, y pues ahí vamos con él; vamos a ver hasta dónde somos capaces. Es un proyecto grande de piscicultura. No lo dieron para acá para Medellín, porque dijeron que tenía que ser en un pueblo; entonces, usted sabe que, como la plata no la tiene uno, un señor de Dabeiba dijo que nos escrituraba unas nueve hectáreas de tierra —porque no se puede decir que la regalaron o la prestaron sino que hay que tener papeles—, y ahí vamos... Imagínese que hay que echar

cinco kilómetros de carretera... El proyecto es de 1.300 millones de pesos, y ya han aprobado plata de la Unión Europea.

Si Dios quiere, para este año, ya hay que arrancar con algo. Dentro de quince días le vamos a presentar el proyecto al Gobernador con la asociación... Es que póngale pues cuidado a lo que nos salió la otra vez: que la asociación tenía que poner un treinta por ciento del proyecto, ¡y nosotros de dónde!, pero entonces ahí ya pusimos plata que se cuenta del terreno, y ahora sigue la topografía de la carretera, que vale otros dos millones y medio. [...] Entonces, pues, vamos a ver, de a poquitos nos vamos yendo (2019, enero 22).

La asociación Somos Visibles es para Orlando una forma de estar activo en la nueva búsqueda de su vida: mejorar su bienestar y vencer algún día el dolor fantasma por el que debe tomar medicamentos de los que les recetan a los pacientes terminales de cáncer. Junto a otros sobrevivientes de minas antipersona, Orlando participa de reuniones y reclamos cuyo propósito es mejorar el acceso a la salud y materializar los proyectos productivos que puedan ser fuente de empleo para él y los demás.

De su familia está hoy distanciado, si bien él vive en el segundo piso de la misma casa de su esposa y sus hijas menores. Dice que ni se hablan y que ellas, aunque trabajan como profesionales en empresas de ingeniería, no le ayudan para nada. Del origen de esta ruptura, Orlando no habla mucho; su carácter, dice, se volvió difícil —quizás tosco— luego de perder la pierna y a su hijo. Al conversar, no evita los insultos (“hijueputa” el más usual) a algunas entidades del Estado y a los nombres de las personas que alguna vez le prometieron un trabajo, una ayuda o una reparación. Orlando parece triste, anclado en las mismas palabras que cierran su relato en *Donde pisé aún crece la hierba*.

## Referencias

- Dinero. (2017, marzo 8). “Fosyga y Consorcio Sayp no van más”. Disponible en: <https://www.dinero.com/economia/articulo/consorcio-sayp-y-fosyga-se-acaban/248230>.
- El Colombiano. (2006, abril 6). “Mina antipersona, ese enemigo cobarde”. Editorial, p. 5A.
- \_\_\_\_\_. (2005, agosto 26). “Tras ataque crece temor en Tarazá y Valdivia”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 5D.
- \_\_\_\_\_. (2005, agosto 25). “Masacre en Valdivia”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.

El País. (2014, mayo 8). “Víctimas del conflicto armado realizan plantón en Bogotá exigiendo reparación”. Disponible en: <https://www.elpais.com.co/judicial/victimas-del-conflicto-armado-realizan-planton-en-bogota-exigiendo-reparacion.html>.

Guarín, Orlando. (2019, enero 22). Entrevista grabada en audio. Medellín.

\_\_\_\_\_. (2009). “En busca de mi hijo”. En: Patricia Nieto (ed.). *Donde pisé aún crece la hierba* (pp. 104-119). Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.

Nieto, Patricia (ed.). (2009). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.

Verdad Abierta. (2012, junio 28). “Los tentáculos del Bloque Mineros”. Disponible en: <https://verdadabierta.com/cuco-vanoy-paramilitares-bajo-cauca-antioquia/>.

\_\_\_\_\_. (2011, enero 11). “Los tentáculos del Bloque Central Bolívar”. Disponible en: <https://verdadabierta.com/los-tentaculos-del-bloque-central-bolivar/>.

Yarce, Elizabeth. (2005, agosto 26). “Por su hijo, Orlando hace lo que sea”. *El Colombiano*, p. 3A.

### **(3) Iván Darío y Jaime Arroyave Restrepo**

Los periódicos de hace 16 años, segundo semestre del 2002, muestran a una Medellín con sus barrios en guerra. Se habla de granadas y fusiles de largo alcance que estallan en las noches en territorios geográficamente opuestos como la Comuna 13 y la Comuna 8. Se habla de civiles muertos, de balas perdidas que atraviesan urbanizaciones cerradas, de escolares que dejaron de asistir a clases por miedo a la confrontación, de grupos al margen de la ley afines a la izquierda y a la derecha, de la nueva figura de ciudadanos informantes, del alza de los homicidios que recuerda el comienzo de la década de los noventa y de la presión de gobernantes para llevar operaciones militares a los sectores en conflicto.

A la par de las acciones que evidencian el polvorín de la ciudad, se publican en la prensa los pedidos y manifestaciones de las comunidades, de los habitantes y de los líderes barriales para que se respete a la población civil en medio de la guerra urbana y crezca la inversión social en las zonas más afectadas, donde el estallido de las balas coincide con la pobreza y la miseria. La situación arrojaba cifras tremendas: “Entre el primero de enero y el 31 de agosto de este año fueron asesinadas 3.238 personas en el Valle del Aburrá, 2.504 en Medellín. Los disparos siguen y, dicen los civiles, ‘ya no es suficiente taparse los oídos’” (El Colombiano, 2002, sept. 3, p. 12A).

La Comuna 13 fue uno de los epicentros de este conflicto —en el primer semestre del año, mataron allí a 261 personas según la Policía Nacional (El Colombiano, 2002, sept. 3, p. 12A)— y también sede recurrente de los crímenes que enlutaban a los movimientos sociales. “Cuatro disparos que le propinaron dos encapuchados apagaron ayer la vida del sacerdote José Luis Arroyave, una de las esperanzas que tenían muchos civiles de la Comuna 13, occidente de Medellín, para que cesara la confrontación entre fuerza pública, autodefensas, CAP y milicias” (Yarce, 2002, sept. 21, p. 10A). Es el *lead* —primer párrafo— de la noticia publicada en *El Colombiano*, del asesinato de José Luis Arroyave, cometido el 20 de septiembre del 2002, en el barrio Juan XXIII, de Medellín, por Fredi Alonso Pulgarín Gaviria, alias “La Pulga”, quien fuera miliciano de los Comandos Armados del Pueblo, CAP. El sacerdote católico era gestor social en los barrios de la Comuna 13 desde 1996 y había enfocado su trabajo en la reconciliación de los miembros de bandos opuestos, en la búsqueda de recursos para proyectos sociales en la zona y en campañas de atención de problemáticas como el embarazo en adolescentes, la atención en salud y la deserción escolar. El padre Arroyave sentía un gran aprecio por esa comunidad y por eso abogaba por ella en diversos escenarios; el 26 de agosto, menos de un mes antes de ser asesinado, había participado en un foro sobre conflicto urbano organizado por *El Colombiano*, y allí había expresado:

Quiero hacer una presentación en sociedad de la Comuna 13. No les voy a hablar desde las cifras sino desde el corazón, desde mi experiencia de seis años como Gerente Social de esa área de la ciudad, a donde llegué para jalonar procesos sociales y despertar en la comunidad un sentido de pertenencia, porque esa era la finalidad: crear un liderazgo que conllevara participación ciudadana. La Comuna 13 es la más cercana a mi corazón, porque mi formación sacerdotal y mi forma de mirar la vida tienen esa inclinación hacia el más pobre, el más desprotegido, y así debiera de ser en cada uno de nosotros. La Comuna 13 tiene 128.000 habitantes. Hay una pobreza absoluta. [...] Había un cerco barrial, fronteras, era muy difícil pasar de un barrio a otro [...]. Empezamos un trabajo persona a persona, barrio por barrio para ir despertando liderazgo y sacar adelante el centroccidente (Yarce, 2002, sept. 21, p. 10A).

Así como el mismo padre Arroyave describe su forma de ser en el trabajo es como sus hermanos Jaime e Iván lo recuerdan en todas las acciones que emprendió durante su servicio sacerdotal. En el relato “Septiembre negro” (Arroyave, 2007, pp. 143-152), que Iván confeccionó con ayuda de Jaime durante los talleres de escritura que originaron el libro *El cielo no me abandona*, se recoge la trayectoria laboral de José Luis Arroyave, desde su ordenación, en 1981, hasta el momento de su asesinato, en el 2002:

Inició su trabajo pastoral en la Parroquia de Santa Teresita, en Medellín, como coadjutor. Luego fue el primer párroco de la recién creada parroquia de La Mota. Conflictos con monseñor Alfonso López Trujillo lo llevaron a renunciar a su trabajo con la curia. Corría el año 1987. Por mediación del monseñor de Girardota, quien lo convenció de reiniciar su trabajo sacerdotal, fue nombrado coadjutor de la parroquia del municipio de San Roque, en 1988. Al año siguiente, fue trasladado al municipio de Barbosa para administrar la recién fundada parroquia de La Balvanera. Le cogió gran amor a la gente del pobrísimo barrio Pepe Sierra, así como a la Virgen patrona, que, decía él, nunca lo abandonó en su gestión. De Barbosa pasó a El Hatillo como párroco, pero pronto fue llamado a Bogotá a trabajar en el Tribunal Eclesiástico, en 1991.

El Ministro de Justicia, Fernando Carrillo, le ofreció laborar en la cárcel Bellavista en Medellín, con el fin de “humanizar los patios”, proceso que inició en 1992 y cuyos resultados se ven en dicho penal. En Bellavista trabajó como subdirector. Posteriormente, fue nombrado director de la cárcel de Yarumito en Itagüí. Allí recibió el reconocimiento de los presos y familiares por su hermosa labor. Es para resaltar que fue el primero y quizás el único director de Bellavista que nunca entró a los patios con escolta. También fue el impulsor y creador de las bibliotecas en el centro penitenciario.

En el año 1996 inició trabajo en el Centro Regional Comunitario de Atención Administrativa (Cerca) de La Floresta y durante cinco años recorrió y trabajó por la Comuna 13 como Gerente Social. Fue su primer contacto con esta comunidad y con sus problemas. Allí, sus grandes preocupaciones eran el desempleo, las infecciones de transmisión sexual como el sida, los embarazos en adolescentes y

la violencia. En el año 2001, realizó su pastorado en ancianatos, orfanatos y parroquias pobres, todo de forma gratuita. En el año 2002 fue llamado por la Alcaldía para servir de mediador y conciliador en la Comuna 13, cargo que realizó hasta el día de su muerte, el día 20 de septiembre de 2002 (pp. 144-145).

Iván Darío Arroyave Restrepo, contador público, fue el familiar al que llamaron de la Unidad Intermedia de San Javier para avisarle que al padre José Luis le habían disparado cuando se movilizaba en una camioneta Mazda azul al servicio de la Alcaldía de Medellín. Y a partir de entonces fue el que se encargó de hacer diligencias de averiguaciones por el crimen y de reparación económica y simbólica para su familia. Por eso quedó en las bases de datos del Programa de Víctimas, y desde allí lo convocaron para participar en los talleres de escritura donde se animaría a escribir sobre su hermano, como una manera de homenajear su memoria y de insistir en la pérdida que su muerte representó para la ciudad.

Iván dice que antes de esa experiencia, en el primer semestre del 2007, nunca había escrito un texto más largo que un par de párrafos, pues su vocación de contador, heredada de su padre y de los mayores de la casa Arroyave Restrepo, lo llevó a entender solo de números y de asuntos más concretos. En entrevistas realizadas en agosto del 2018 y febrero del 2019, explica cómo era su relación con José Luis:

Yo qué hice: empecé con cuando mi hermano nació. Nosotros éramos 9 hombres y 2 mujeres. Y el turno descendente de los hombres [de menor a mayor] era: José Luis, después una hermana, y ahí yo; entonces siempre estuve andando con él la calle. Toda la juventud hasta el bachillerato, ya cuando él dijo: Me voy de cura. Eso fue una bomba. [...] Vea, nosotros rastrojeábamos, jugábamos de todo, y yo pensaba: Ve, este güevón con lo que salió... Él era bailarín, saboteador conmigo; él era la viuda y yo el niño huérfano en los diciembres, que salíamos a pedir plata juntos. Vivíamos en Mónaco, por Boston, por donde estoy viviendo actualmente... No pues, eso fue un baldado de agua fría, pero mi mamá estaba feliz; mi papá ya había muerto. Ya cuando él se mete al seminario, yo lo pierdo del todo, porque se va para el Seminario Mayor, venía los fines de semana cuando podía a jonjoliar a mi mamá, y entonces los juegos se acabaron. Cada uno fue como cogiendo su rumbo, haciendo su vida, yo empecé a estudiar una tecnología.

Se veía él muy poquitas veces y ya después, a los años, desde cuatro años antes de que lo mataran, almorzábamos juntos donde mi hermana Ana Cecilia (Arroyave, 2018, ago. 22).

De esa cercanía con él en la adolescencia y en los últimos años, fue que le surgió la inspiración para estructurar el testimonio sobre la vida, obra y muerte de José Luis:

¿Sabés una cosa? El haber escrito eso te ayuda a perfeccionar lo que vas a transmitir nuevo. Cada vez que yo escribía de él, me tomaba media de aguardiente yo solo. Terminaba llorando y un poquito prendido. Vivía solo en Belencito. Entonces yo empecé a oír la música de los setenta, baladas, como de *La Voz de Colombia*, porque el rock no nos gustaba, nosotros éramos más bien sanos, y entonces yo cuando fui a escribir pensé: Primero contar cuando era culicagadito, que lo llamaban Cotorra, que había que ir a sacarlo de todas partes; ya luego, cuando yo conviví tanto con él, de pelaos, como de los once a los diecisiete años; luego él para cura y yo para la tributaria. Y ya la vivencia de él en la Comuna 13 y con lo que había fundado La Balvanera, en Barbosa, y el voleo que le tocaba en Semana Santa, que para conseguir platas patrocinado por Pilsen armaba bazares.

Y entonces en el taller decían: lleven mañana lo que tengan escrito... Y ahí yo me sentaba, cogía mi media de aguardiente, ponía música, y avanzaba por esas partes que sabía que iba a escribir, y cuando había escrito de un momento de la vida de él, entonces ya le decía a mi hermano que me leyera y me ayudara a pulir, y ahí le preguntábamos también a mi hermana, que ella sabía otras cosas de la vida de José Luis. Mi hermano tiene varios libros escritos, él se llama Jaime Arroyave Restrepo, y ha escrito libros, ensayos de cosas médicas. Yo soy tapadito, pero él me ayudaba a pulir todo eso (2018, agosto 22).

Entonces, aunque fue Iván el que asistió a los talleres, Jaime y también Ana Cecilia participaron en la creación del relato sobre José Luis. Se trató de una historia hecha en familia para puntualizar los momentos decisivos de la vida del hermano fallecido y recordarlo entre todos, casi como en un acuerdo. Jaime, el médico, confirma que sí le ayudó a Iván a pulir la escritura, pero que las ideas él ya las tenía listas, y que el título del relato, “Septiembre negro”,

fue especialmente simbólico para toda la familia, pues dos semanas antes del crimen, al comenzar el mes, un sobrino de 18 años se había suicidado. Ambas muertes fueron un golpe para todos. Sobre José Luis, Jaime dice que lo recuerda como amigo, como hermano y como paciente:

Lógicamente yo no le puedo plantear a usted nada de cuando él me consultaba como a un médico. Éramos muy amigos. Nos veíamos tres o cuatro veces por semana, y yo le ayudaba mucho con sus trabajos en las comunidades, en las parroquias. Yo soy ateo, y él sabía que yo descarté todos esos conceptos de seres superiores hace muchos años. Pero, aun así, yo apoyaba su trabajo social, no religioso, social. Hacía consultas, evaluaciones, conferencias, sobre todo en temas de sida, embarazo en adolescentes, infecciones de transmisión sexual, y de adicciones. Entonces, en ese sentido, yo lo apoyé mucho. Éramos compinches en lo social (2019, feb. 6).

Sin embargo, Jaime no tenía entre sus cuentas que a José Luis lo fueran asesinar, no lo creía en peligro porque él conocía muy bien los barrios y a los líderes de diversos grupos armados, pues cuando fue subdirector de Bellavista y de la cárcel de Yarumito fue hasta confesor de muchos milicianos, narcotraficantes y delincuentes convictos, algunos de los cuales mantuvieron su posición en las estructuras ilegales al salir de la prisión. De manera que Jaime creía que eso y el trabajo social que desarrollaba, y por el que se hacía querer en las comunidades, eran un escudo incluso mejor que el chaleco que mandó a hacer días antes de su muerte, con un letrero que decía “yo amo y vivo por la Comuna 13” y que no alcanzó a estrenar (Yarce, 2002, sept. 22, p. 3A). Dice Jaime:

A pesar de que yo hablaba con él, yo nunca pensé que esto iba a pasar... Antes de morir, unos días antes, vino aquí al Seguro —yo trabajaba aquí en San Ignacio—, y me dijo que se había reunido con un oficial, con un general, creo que Gallego, y me dijo: “Parece que va a haber problemas en la Comuna 13, me están advirtiendo del riesgo que tengo y todas esas cosas”... Pero nunca lo tomé como algo grave. Iván Darío sí me dijo que sabían que a José Luis lo iban a matar. Cuando a mí me llamó Iván Darío y me dijo que habían matado a José Luis... pues, ¿qué reacción tiene uno? Uno se queda anonadado, ¿cierto? Esa es la

expresión que yo usaría: anonadado. Y me fui para allá, para la Unidad de San Javier, estaba el cadáver de él. Cuando yo llego, me dice Iván Darío: “No, José Luis llegó muerto”. Lo mataron arriba en Juan XXIII. Uno aquí se enseña, y más en el campo nuestro, el médico, a que la muerte es como tan cercana... Nos hemos familiarizado tanto con ella... Lógico que me afectó mucho y es normal que uno se deprima y se cuestione tantas cosas... He pensado en que, de pronto, supieron o vieron que José Luis se estaba reuniendo con policías o con militares, y, de pronto, las FARC pensó que José Luis estaba delatando a alguien o... Y no, lo que hizo la policía fue decirle: “Padre, cuídese, esto va a pasar. Nosotros estamos preparando ahora un enfrentamiento”; entonces, lo previnieron. Dos días antes de morir José Luis, en un programa de Teleantioquia, en una entrevista, dijo: “Por la Comuna 13, hasta la vida misma” (2019, feb. 6).

Iván le dijo a El Colombiano el día del velorio de José Luis que no se podía señalar a un culpable: “Los culpables son los mismos de siempre en este país loco”, una frase que incluso se repitió en las páginas editoriales de ese medio en los días siguientes, aún en septiembre. Y sobre lo que sentía en aquel momento, Iván lanzó casi una premonición: “Nos da mucha tristeza pero más dolor produce lo que pasará con la Comuna 13” (Yarce, 2002, sept. 21, p. 10A). Desde octubre, la operación Orión fue la culminación de un ciclo de intervenciones militares en esa comuna, con presencia del Ejército, el DAS, la Policía, el CTI y las Fuerzas Especiales Antiterroristas con tanquetas y helicópteros artillados, lo que los habitantes recuerdan “como el día en el que la guerra se metió en las entrañas de sus hogares” (CNMH, 2018, marzo 6).

Con el tiempo, Iván y Jaime se han distanciado sobre su posición frente al asesinato de José Luis. Si bien, al principio, Iván pensaba que no había culpables en particular, y Jaime consideraba que lo ocurrido hizo parte del conflicto urbano; después, con el proceso de sometimiento a la justicia de Fredi Alonso Pulgarín Gaviria, alias “La Pulga”, exmilitiano de los Comandos Armados del Pueblo (CAP), ambos tomaron caminos diferentes al menos frente al perdón. Iván es el único de su familia que dice no poder perdonar a quienes mataron a su hermano.

Estábamos en una audiencia, hace tres años. Nos llamaron para escuchar las declaraciones de él, y que nosotros dijéramos lo de nosotros. Entonces yo fui: nos ponían en un auditorio, y al asesino lo ponían en otro auditorio. Entonces, en esa charla, yo le dije a él, que por qué había asesinado a mi hermano, que él que le había hecho, viendo que era una persona para la comunidad. Entonces, él explicó que el comandante “Hernando” le había dado la orden, que él no conocía a mi hermano, que él no sabía a quién iba a matar. [...]

Después, otro día, yo fui a una reunión y les dije a todos los que había ahí, a las familias víctimas del conflicto, les dije: “Es que este tipo, yo nunca lo voy a perdonar, porque yo sé que él no tiene futuro, él va a salir a hacer lo mismo”. Yo ya sé el futuro de él, y yo sé que va a seguir siendo así (2019, feb. 2).

Iván se refiere a reuniones a las que convocaban a los familiares de las víctimas de los procesados en el sistema de Justicia y Paz, previamente a las audiencias públicas. Allí, además, les ofrecían atención psicosocial y les preguntaban cómo se imaginaban que podía ser una reparación simbólica para honrar la memoria de sus allegados. En el caso del presbítero José Luis Arroyave, ya el Concejo de Medellín había decidido a mediados del 2006 que el Parque Biblioteca de San Javier llevaría su nombre, y en la inauguración del mismo, el 31 de diciembre de ese año, la familia Arroyave Restrepo celebró la decisión y participó del homenaje público a quien fuera considerado un líder social y espiritual de la Comuna 13. Entonces, por reparación simbólica, ya en el 2016, Iván propuso que pusieran una placa en el sitio donde el sacerdote fue asesinado, llamó a su familia para consultarle la idea y todos estuvieron de acuerdo, así que fue Jaime quien redactó las palabras de la inscripción: “Aquí se truncó la vida, mas no el ejemplo, del presbítero José Luis Arroyave Restrepo, el día 20 de septiembre de 2002. Su sangre derramada abonó esperanza y retoñó ilusiones”. La placa fue colocada en un montículo en el barrio Juan XXIII en diciembre del 2018, cuando ya los hermanos Arroyave pensaban que este homenaje no iba a suceder.

Es la biografía de alias “La Pulga” la que enfrenta las posiciones sobre el perdón entre los hermanos Jaime e Iván Darío, y hace parte de alguna manera del contexto por el que trabajaba a diario el padre José Luis, que buscaba mejorar las condiciones de vida y seguridad de los

habitantes de la Comuna 13. Es también un trámite dentro de uno de los muchos procesos de Justicia y Paz que acercan a víctimas y victimarios en el país. Jaime cuenta:

Les dije a mis hermanos: “Yo voy a perdonar, no voy a pasarme toda la vida odiando”... Es más, yo vi que esto era parte de un conflicto y era que alguien había matado a José Luis no porque era alto, bajito, negro o blanco... No, lo mataron porque le dieron la orden... Ignacio, uno de mis hermanos, me dijo: “Yo también, hombre. En el fondo, ya he olvidado todo eso” (2019, feb. 6).

Sobre alias “La Pulga” en relación con el asesinato del sacerdote, la sentencia condenatoria del Tribunal Superior de Medellín, sala de Justicia y Paz, expresa:

Su incorporación al GAOML [grupo armado al margen de la ley] se produjo a mediados del año 1997, cuando ya era mayor de edad, en el barrio Metropolitano de Medellín, donde residía con su familia; permaneció en el mismo casi seis años hasta que desertó de la organización entre octubre y diciembre de 2002, después de la Operación Orión a cargo del Ejército Nacional y otras autoridades en la Comuna 13, fecha en la cual también terminó el actuar oficial de los Comandos Armados del Pueblo CAP.

En versión libre del 10 de febrero de 2015, el postulado ha hecho referencia a su pertenencia al GAOML, llamado Comandos Armados del Pueblo –CAP—, que hizo presencia en la zona urbana de la Comuna 13 de la ciudad de Medellín, en el periodo comprendido entre enero de 1997 al 5 de enero de 2006, momento en el que lo capturan señalado de haber participado en el homicidio del sacerdote JOSÉ LUIS ARROYAVE RESTREPO, por el cual fue condenado a 390 meses de prisión y multa de 3.000 SMLMV (2016, sept. 9, pp. 13-14).

La sentencia dice también que Fredi Alonso Pulgarín Gaviria era un miliciano raso y no tenía cargo de responsabilidad en la estructura del CAP al que pertenecía, sino que su función era cumplir órdenes de sus superiores sin discutirlos, y dentro de estas cometió 30 homicidios (p. 14). Para Iván, se trata de un asesino a sueldo que nunca enderezará su camino; para Jaime, es un hombre resultado de su historia de vida, al que le correspondió el encargo de matar a su hermano en el contexto del conflicto armado y social que se vivía en aquel entonces en la Comuna 13. Jaime conserva el expediente de alias “La Pulga” y alguna vez lo leyó, aunque

no está interesado en volver a él; dice que en la petición de perdón le dijo al homicida que no lo abrazaba pero que sí le daba la mano, que podía contar con su perdón, aunque no con su olvido. Ana Cecilia sí lo abrazó, en medio de las emociones encontradas de aquel momento, y le habló para corroborar una idea que tenía desde los días del asesinato de José Luis: “¿Cierto que usted estuvo en mi casa?”, le preguntó ella a alias “La Pulga”. Él contestó que sí, y con eso Ana Cecilia supo que se trataba de un muchacho del barrio, que seguramente le colaboraba con asiduidad al sacerdote en la repartición de útiles escolares, en el apoyo a los grupos de mujeres o en alguna labor comunitaria.

En el expediente de Fredi Alonso Pulgarín Gaviria, su biografía aparece como el relato de una vida llena de dificultades y privaciones que lo llevaron inevitablemente a participar de uno de los grupos armados que hacían presencia en donde creció:

Narró que su padre, luego de estar postrado por causa de cáncer en la sangre, murió el 25 de diciembre de 1983, cuando él tenía apenas 6 años; para ese entonces cursaba primero de primaria y vendía mangos a las afueras de la escuela luego de la jornada académica ya que el dueño de una finca pequeña se los suministraba consiguiendo así colaborarle a los suyos. Además para subsistir, sus hermanas lavaban ropas ajenas y los hermanos trabajaban con un carro de tracción animal que heredaron de su padre. Indicó que la venta de mangos fue su medio de subsistencia aproximadamente por 10 años, luego empezó a trabajar en albañilería, en tiendas del sector como empacador, cargando bultos o productos y aún acudía a la escuela ya que sus hermanos habían tenido que abandonar los estudios para “rebuscarse” el sustento diario de la familia. Dijo que su madre solo sabía coser y era analfabeta.

Advirtió no pudo terminar sus estudios en primaria porque vivía lejos de la escuela y no tenía los medios para el transporte, por lo que empezó a estudiar jornadas nocturnas y poder así trabajar de día en una empresa empacadora de clavos, labor que no duró mucho porque era menor de edad y no podían emplearlo en esa condición. Como consecuencia de lo anterior, abandonó los estudios básicos y empezó a trabajar en albañilería, a hacer “remiendos”, cambiar

empaques de tubería y hacer “mandados” recomendados por la dueña de un depósito de materiales de construcción.

Así trascurrían sus días hasta que a la edad de 17 años, fue asesinado su mejor amigo, JUAN DAVID, por milicianos el 16 de agosto de 1995 y al poco tiempo otro amigo, JAILER ELÍAS MORENO MUÑOZ, y en ambos casos los asesinos preguntaban por FREDI ALONSO PULGARÍN GAVIRIA, mientras disparaban, según lo que le indicaban los testigos. Por esas muertes la Fiscalía lo requirió en las investigaciones y fue así como se convirtió en objetivo de las milicias. [...]

Los milicianos le indicaron que no tenían problema con él, pero que había otros miembros retirados de la organización que sí lo perseguían; y por ello, le propusieron hacer parte de la misma a través de su ingreso a la “escuela”, a lo cual no podía negarse porque había conocido la identidad de ciertos líderes y además protegería su vida de sus enemigos. También le dijeron que su familia correría las consecuencias si se negaba a hacer parte del grupo, entonces no tenía otra opción. Así empezó a asistir a las citas impuestas por los CAP, las primeras integraciones deportivas, luego charlas políticas para grupos privados, después los integraban en manifestaciones públicas como las del 1° de la mayo en la Universidad de Antioquia y en el Pascual Bravo, así como a la de vendedores ambulantes del centro de la ciudad. [...]

Afirmó que dichos acontecimientos trastornaron su vida, se dio cuenta que con su accionar “político – militar” no cambiaría la sociedad y pidió la baja de la organización porque no quería hacer parte de ella, sin embargo no le fue permitido y le advirtieron que tenía solo dos caminos: “la cárcel o el cementerio”. Al sentirse amenazado trató de no cuestionar las órdenes impartidas para no morir en manos de sus compañeros tal como ya lo había observado (Tribunal Superior de Medellín, 2016, sept. 9, pp. 8-10).

La muerte de José Luis quedó atrás, porque ya con la condena a su homicida —que actuó bajo las órdenes de José Edial Arias, alias “Robocop”—, la petición de perdón aceptada por la mayoría de sus familiares, los homenajes y alusiones a su nombre, y el testimonio elaborado por sus hermanos y firmado por Iván Darío en el libro *El cielo no me abandona*,

parece que no hubiera algo nuevo para decir. Quizás no sobre la muerte del sacerdote, pero sí sobre su vida y su recuerdo. Jaime se imagina un libro escrito por hermanos y sobrinos de José Luis en el que lo recuerden con anécdotas y momentos familiares; como que se había convertido en una especie de hijo para Ana Cecilia y que la acompañaba en la crianza de sus hijos; o que su personalidad era la de un hombre recto y circunspecto, con un gran sentido de la justicia y que, aunque nunca fue buen lector, quiso promover las bibliotecas en los centros penitenciarios y la educación entre los niños de los barrios más golpeados por la violencia y la pobreza.

Jaime trabaja hoy en día como médico en proyectos de prevención de adicciones y casi todos los días por la mañana va a leer y escribir a la biblioteca Comfenalco del centro de Medellín. Iván continúa trabajando como contador público, está pendiente de sus tres hijos, que ya son adultos, visita con regularidad a su hermana Ana Cecilia, y aún, cuando escucha música de los sesentas, se acuerda de los días en que medía las calles del barrio Boston con su hermano José Luis. Ana Cecilia vive en La Floresta con su familia, y sigue siendo la hermana-mamá de los Arroyave Restrepo, que los convoca a almuerzos y reuniones los fines de semana y en las fiestas navideñas. La memoria de José Luis parece a salvo, 17 años después de su muerte, cuando colectivos juveniles y movimientos pacifistas insisten en la recuperación del tejido social de la Comuna 13 y en el crear y gestionar proyectos sociales para que se detenga la violencia y nunca más vuelva a ver una incursión militar en sus calles.

## Referencias

- Arroyave, Iván Darío. (2019, febrero 2). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- \_\_\_\_\_. (2018, agosto 22). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- \_\_\_\_\_. (2007). “Septiembre negro”. En: Patricia Nieto (ed.). *El cielo no me abandona* (pp. 143-152). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Arroyave, Jaime. (2016, febrero 6). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2018, marzo 6). “Trece años de la operación Orión”. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/de/noticias/noticias-cmh/trece-anos-de-operacion-orion>.
- Giraldo, Carlos Alberto. (2002, agosto 15). “El padre Arroyave invita a no reprimir más a la Comuna 13”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.
- El Colombiano. (2002, septiembre 22). “Ecos y comentarios. Otra luz que se extingue”. Sección Opinión, p. 5A.

- \_\_\_\_\_. (2002, septiembre 3). “Civiles marchan contra los homicidios y fusiles”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.
- Tribunal Superior de Medellín, Sala de Justicia y Paz. (2016, septiembre 9). Sentencia. Postulado: Fredi Alonso Pulgarín Gaviria. Estructura: Comandos Armados del Pueblo. Magistrada Ponente María Consuelo Rincón Jaramillo. Disponible en: [https://verdadabierta.com/com-docman/?file=1366-sentencia-justicia-y-paz-sobre-comandos-armados-del-pueblo&category\\_slug=sentencias&Itemid=267](https://verdadabierta.com/com-docman/?file=1366-sentencia-justicia-y-paz-sobre-comandos-armados-del-pueblo&category_slug=sentencias&Itemid=267).
- Yarce, Elizabeth. (2002, septiembre 22). “Adiós a una esperanza”. *El Colombiano*, sección Últimas Noticias, p. 3A.
- \_\_\_\_\_. (2002, septiembre 21). “Mártir de los pobres”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- \_\_\_\_\_. (2002, septiembre 20). “Duelen cifras de conflicto urbano”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.
- \_\_\_\_\_. (2002, septiembre 9). “En Comuna 13 exigen cese de los combates”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 11A.

#### **(4) Ana Rita Chalarca Arias**

Narra con una naturalidad envidiable. Escribió su historia de un tirón y dice que, a pesar de algunos malos momentos, redactarla fue como si un viento ligero le trajera un poco de liberación. Imagino a Ana, en su mesa de trabajo, descargando fuerte el lápiz sobre un papel a punto de romperse como, según cuenta ella, resuelve muchas cosas en su vida. Impulsiva, divertida, amigable, agresiva, Ana se deja ver en el retrato familiar que apenas empezó a dibujar para este libro. Cuadro que habla, desde lo más íntimo, de las violencias familiares que se cruzan con los conflictos sociales (Nieto, 2006, pp. 130-131).

Esta es la descripción de Ana Chalarca, autora del relato “El poder, el hambre y el hampa” (Chalarca, 2006, pp. 123-131) que fue incluido en *Jamás olvidaré tu nombre*, el primer libro del Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín. El breve retrato fue escrito por Patricia Nieto, creadora de los talleres de escritura “De su puño y letra”, en los que participó Ana, desde finales del 2005 hasta mediados del 2006.

Ana —a la que no le gusta su segundo nombre— fue convocada a los talleres porque participaba con frecuencia en actividades de la Pastoral Social en el barrio Caicedo, oriente de Medellín, donde vive desde que nació, hace 56 años (Mogollón, 2006, abril 18, p. 10A).

“Lo que yo escribí en el libro fue referente a un hermano, Abel Darío Chalarca, que no era de bandas del barrio, sino cabecilla de otros lados, de las bandas de Sucre y Enciso; era un sicario muy peligroso, le decían ‘El Calvo’ o ‘Alopío’”, dice Ana (Chalarca, 2019, marzo 19), y se explica así de qué forma en su relato se cruzan las violencias familiares con los conflictos sociales. Vale decir que la historia que ella escogió contar es la de la caída de un victimario, su propio hermano, en 1987, cuando en la ciudad comenzaron a mezclarse las violencias del conflicto político del país, la delincuencia común y la disputa de poderes del narcotráfico (CNMH, 2017, pp. 170-179).

En mayo de ese año, el periódico *El Colombiano* (1987, mayo 4, p. 6B), en su sección Seguridad, registraba los homicidios y hurtos que les remitía el boletín policial; se mencionaban allí las direcciones de las diligencias de levantamientos de cadáveres, los atracos a establecimientos bancarios y las denuncias de los ciudadanos cuando se presentaban robos a viviendas o a mano armada. La mención a grupos guerrilleros o a escuadrones del narcotráfico aún no era común en estas páginas; parecía que la palabra “seguridad” remitía a los delitos contra la persona y los bienes privados. También figuraban incendios, inundaciones, avisos de personas desaparecidas y, en la esquina derecha de la hoja tamaño *sabana universal*, también la programación de la Primera Cadena de la televisión nacional.

Ana cuenta que ese contexto de violencias, con el que ella creció y observó siempre en su familia y en su barrio, fue el que le dio la idea para titular la historia con los elementos del poder, el hambre y el hampa:

La historia que conté fue lo que más me marcó entre todo lo que nos pasó. El hambre porque vivía en eso; el hampa, por el barrio y la delincuencia; y el poder, por la familia de mi papá, que ellos siempre fueron con poder. [...] Aquí nos visitaba dos y tres veces por semana la policía, porque todos mis hermanos se dedicaron al hurto y a esas bandas. Antes es que uno es gente (2019, marzo 19).

Lapida Ana con esa frase, se ríe un poco y después pide permiso para fumarse un cigarrillo. Está en su casa, como casi todos los días, porque cuida a su nieta Luciana, de 4 años. Hace ya un tiempo que la incapacitaron para el trabajo que hizo durante más dos décadas: fue aseedora en la sede de Posgrados de la Universidad Autónoma Latinoamericana, donde la conocían por frentera y alegre, y también porque sabían que había contado su historia familiar

en un libro de necesaria lectura entre quienes estudian la violencia y los conflictos en Medellín. Los problemas del corazón, con los dos preinfartos que ha sufrido, la mantienen alerta de cuidarse y de no levantar objetos pesados.

La casa, esta casa, era muy distinta antes. Mejor dicho, esto es casa a como era anteriormente, que era de bahareque. Los muros no eran de cemento. La tumbé y la volvimos a hacer ya con la ayuda de esta niña, mi hija Mónica Marcela. A ella tampoco le ha gustado mucho trabajar, pero ya ha mejorado mucho. Yo he sido muy verraca, porque aprendí de mi mamá lo que es el trabajo. Mi mamá hizo arepas, y como no tenía quién la respaldara aquí con el arreglo de fogones, de la luz, ella solita aprendió, y yo le aprendí a ella todo, así fui siempre muy independiente (Chalarca, 2019, marzo 19).

La madre de Ana, María del Carmen Arias, falleció hace cinco años después de haber sufrido varias enfermedades, entre ellas cáncer y Alzheimer. La menciona con frecuencia en su relato, para agradecerle por haberle enseñado a ser independiente y haberle cuidado a su hija cuando se alejó de ella, y también para reclamarle el excesivo amor que les prodigó a los hijos hombres y que, según Ana, fue la razón por la que ninguno de ellos “sirvió para la vida”. Ana cuenta que su padre, Gabriel Antonio, llegaba borracho en las noches a pegarle a su mujer, y que ella fue la única hija que se le enfrentó para defender a la mamá, y que a partir de entonces, él siempre le pegaría a ella. Eso es solo un fragmento del infierno que ocurría a diario en aquella casa, la razón por la que Ana cree que su mamá nunca tuvo un solo día de felicidad.

Éramos 14 hermanos. No quedamos sino 6 mujeres y 2 hombres. Yo defendí mucho a mi mamá, pero mi mamá adoraba mucho a los hijos hombres. Fue no como decirle que no la perdonara, sino que ella era encantada de la vida contemplando a los hombres, y por eso fue que ninguno sirvió para nada. Y ella en su enfermedad decía que qué rico que uno fuera carnicero, que otro fuera tal cosa, pero no. Le salieron malos. Sobre la persona que yo cuento la historia en el libro, cómo fue que mi mamá estuvo en el velorio de él, y se acercó al cajón y le dijo: “Ay, hijo, a cuántas mamás no hiciste sufrir lo que yo estoy sufriendo hoy”. Y todos los que habíamos en el velorio nos quedamos mirándola. Ella nos dijo

llorando: “Yo sé que él es mi hijo, pero sé que hizo sufrir mucho a la gente, y era buen hijo”. Y qué le digo yo... Ella no tuvo ningún hijo bueno, pero si alguno tuvo detalles bonitos, fue ese, que al menos estaba pendiente en los días de la madre (2019, marzo 19).

Ana cuenta en el relato de *Jamás olvidaré tu nombre*, que su hermano Abel, a quien llamaban “El Calvo”, se unió a las bandas desde jovencito, cuando quiso vengar los tres tiros que le dieron a su madre, y a los que sobrevivió, cuando presenció el asesinato de un joven dentro de un bus de Caicedo en el que viajaba. A partir de ese momento, no hubo regreso para el “hermano calavera”, que hasta estuvo pagando condena en la Isla Prisión Gorgona en 1984 (Gutiérrez, 2018, p. 166).

Ya él viendo a mi madre recuperada fue y lo mató. Venganza saldada, según él. De ahí en adelante empezó a unirse a bandas o a grupos que estaban acostumbrados a lo mismo. ¿A qué? A robar, a creerse unos dioses porque tenían armas con que agredir y hacer daño, incluyendo a su propia familia. A sus hermanos los apuñaló en varias ocasiones, a su esposa la maltrató e hizo de ella una persona sin valor, sin amor hacia ella misma. Y a esas personitas que tenía a su lado —¿quiénes?, sus hijos— las golpeaba e insultaba. Se decía que a El Calvo en las noches, en las madrugadas, lo veían disfrazado para así engañar a sus víctimas. Víctimas de un robo porque éstos pudieron ver quien fue el que los agredió y les quitó lo que con el sudor de su frente habían obtenido. Víctimas de su mano asesina porque sin poder contar quién, por su maldad y desequilibrio les quitó sus vidas, la vida: la oportunidad más linda que mi Dios nos obsequió (Chalarca, 2006, pp. 124-125).

Con un hombre como “El Calvo” en la familia, aunque había otros que también se dedicaban al hurto y al crimen, la vida de Ana no fue fácil en la familia, pues ella era la única de las mujeres que parecía dispuesta a enfrentarse sin miedo a los hombres que ponían la casa como trinchera y con ello en peligro a todos los que la habitaban: en el barrio Caicedo, los Chalarca tenían que dormir con un ojo abierto. Y ahí, entonces, cuenta Ana otra etapa de su vida:

Opté por irme a hacer vida en otra parte, porque me sentía en peligro. Estuve pendiente de mi mamá, y lo que conseguía era para ella, porque sabía que ningún

otro hijo la ayudaba. Me fui para Urabá a prostituirme, y dejé a la niña con mi mamá, di con alguien muy buena gente conmigo desde el principio, un muchacho bueno que dijo adonde yo fui a trabajar, allá en Apartadó, que él iba a pagar la pieza y lo que yo necesitara, entonces terminé salvándome de ese destino que me esperaba (2019, marzo 19).

Ese muchacho era administrador de fincas en Urabá y se llamaba Rodrigo Quiroga; fue asesinado por un amigo suyo un año después de haber conocido a Ana. Según lo cuenta, ya estaban organizados cuando ella se vino para Medellín a visitar a la familia, y él se quedó triste y despechado por la ausencia de Ana, razón que lo llevó a beber de más y tener una discusión con el que era, dice ella, su mejor amigo. Al parecer, entre tragos y partidas de cartas, el amigo le dijo que no llorara por esa mujer que hasta con él se había acostado; se agarraron a pelear y cada quien sacó revólver. A Rodrigo le dispararon en una pierna, pero como estaba sentado, cuenta Ana, la bala le rompió una arteria y murió sin alcanzar atención médica. Ana aclara que eran mentiras lo que el amigo le había dicho a Rodrigo, porque ella le había sido fiel.

Con esa historia a cuestas, Ana se quedó viviendo en Medellín, donde continuó pendiente de sus padres, incluso después de la muerte de “El Calvo” y de los demás hermanos hombres que fueron cayendo uno a uno en venganzas de bandas o en “trabajos mal hechos”. “No me duele la muerte de mi hermano, de esa persona. Para nada. Sufrimos mucho con él, y sobre todo yo. Él tenía unos 33 años, no recuerdo. Lo mataron muy horrible, lo torturaron: le cortaron un pedazo del miembro, le quitaron las uñas, le cortaron una oreja” (Chalarca, 2019, marzo 19). En la ciudad, Ana se casó con el que sería el padre de sus dos hijos menores, Juan Camilo y John Edison, sus más grandes amores.

Cuando yo me casé, ya la niña, Mónica Marcela, tenía cinco añitos. Tuve de él a Juan Camilo y a John Edison, que me lo dejó bebé. Me sentía capaz de levantar sola a los hijos y por eso no volví a tener contacto con él. Estuvimos juntos siete años. No son unas excelentes personas, pero tampoco son malos. Yo quería darles lo que a mí nunca me dieron y hacerlos personas que no fueran del ambiente del que yo estaba rodeada. Todos tres son muy sanos. La más de pronto tremendita fue la Marcela, pero también logré aplacarla. Y de pronto el pequeño se me estaba

desvirulando también, porque él ha estado siempre rodeado de viciosos, pero ya está bien, vive pendiente de mí y es un muchacho sano (2019, marzo 19).

Ana continúa definiéndose a sí misma como una mujer “verraca e independiente” que a pesar de las dificultades siempre ha encontrado la manera de levantarse y de hallar buenos caminos. Hace trece años participó de los talleres de escritura porque sentía la necesidad de contar lo que había vivido dentro de su familia, y porque veía en ese texto la posibilidad de reclamarles a algunas personas por las injusticias que habían cometido con ella y con su mamá en ese contexto de hambre, poder y hampa.

A mí me pareció importante contar esta historia porque fue lo que más me marcó, fue lo que más viví. Yo tenía muchas ganas de que la misma familia leyera la historia, que supieran que yo mantenía sentida con todo lo que había pasado. Con lo escrito en el libro me desahogué. A mí me gustaría incluirle a esa historia lo que se vivió en el hogar, que entre todos fue lo más difícil, pero quiero dar a entender que todo eso está muy relacionado con la misma violencia que vivimos de niños, que todo eso son secuelas que le quedan a uno de lo que vivió. Me gustaría contar porqué cada uno llegó a ser quién era o es, y por qué es que yo digo que me considero antes gente (Chalarca, 2019, marzo 19).

## Referencias

- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH, Corporación Región, Ministerio del Interior, Alcaldía de Medellín, Universidad Eafit, Universidad de Antioquia.
- Chalarca, Ana. (2019, marzo 19). Entrevista grabada en audio.
- \_\_\_\_\_. (2006). “El poder, el hambre y el hampa”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 123-131). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- El Colombiano. (1987, mayo 4). Sección Seguridad, p. 6B.
- Gutiérrez, Silvia Luz. (2018). *Retratos de La Gorgona: La comunidad de la Isla-Prisión Gorgona, 1958-1985*. Tesis de Maestría en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Disponible en: <http://bdigital.unal.edu.co/64707/1/43866313.2018.pdf>.
- Mogollón, Glemis. (2006, abril 18). “Consuelo para las víctimas del conflicto en Medellín”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- Nieto, Patricia. (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

**(5) Helly Johana Blandón Uribe / Cristian Yoleimar Cardona Flórez**

**I.**

La historia de la muerte de Laura aún parece increíble cuando la vuelve a contar Helly Johana Blandón Uribe, su prima cinco meses mayor, quien aún considera una cadena de casualidades lo que pasó ese primero de mayo del año 2000, cuando una bala perdida acabó con la vida de su compañera de juegos, quien, de estar viva, tendría, igual que ella, 27 años.

Helly la contó primero en el 2006 cuando, a los 14, participó de los talleres de escritura que originaron los relatos del libro *Jamás olvidaré tu nombre* (Nieto, 2006). La título “El día” (Blandón, 2006, pp. 110-115), y para hacerla debió pedirles permiso a sus tíos Yaneth y Orlando, padres de Laura, y encontrar la manera de ampliar los detalles sin causarles nuevas heridas a sus familiares, pero buscando no perder la fidelidad de lo que había pasado ese día trágico en que una balacera en el barrio Caicedo los alcanzó en el camino mientras se dirigían a casa de la abuela a comer un postre. Allí, relató:

Todo sucedió así. Era una mañana del primero de mayo, día del trabajador. Aunque en ese tiempo había mucha guerra en el barrio Caicedo ese día comenzó bien. Como todos los días en los que Orlando, el padre de mi prima, no tenía que ir a trabajar, se levantaron más o menos a las nueve de la mañana, pero Orlando recibió la noticia de que por su trabajo debía hacer un viaje a Oriente, cosa que hacía algunos domingos para aumentar sus ingresos manejando un taxi.

Orlando invitó a mi tía y a mis primos al viaje que iba a hacer a Oriente, pero a ellos les gustaba más la idea de ir donde mi abuelita, por ende la de Laurita, que preparaba una natillada con el resto de la familia. [...]

Era la una de la tarde más o menos cuando iban una cuadra más lejos de su casa, y mis primos estaban abrazados y jugando a los borrachos. [...] Pasaron por donde había unos muchachos jugando; además, muchos niños estaban jugando como todos los lunes festivos. Dos o tres cuerdas más allá de la casa de mi tía, alguien gritó: “Se bajaron, se bajaron, cuidado con los niños”. La calle se iba quedando sola y mi tía, asustada, gritó: “Jonathan, Laura, vengan”. En ese momento se oyó un disparo y mi prima cayó al suelo. Su madre estaba muerta del susto pero no pensó que le hubieran dado a la niña. Laurita cayó frente a mi

tía y la miró con su último aliento, como despidiéndose o diciéndole gracias por todo y bajó su cabeza. Mi tía corrió a cogerla y cuando la vio llena de sangre la cargó y salió gritando: “¡Un taxi, auxilio, un taxi!”.

En ese momento Orlando subía a su casa a almorzar cuando un muchacho de los que estaba jugando le dijo: “Parce, un herido, un herido”. Orlando dudó en ir, pero arrancó pensando que le podía salvar la vida a alguien. Cuando llegó al lugar y montaron a mi prima, él no la reconoció. Cuando se montaron mi tía y mi primo les preguntó qué era lo que pasaba y mi tía entre dolor y lágrimas le dijo: “La niña, la niña, le dieron a Laurita”. Orlando se pegó del pito y en menos de tres minutos estaba en la clínica El Sagrado Corazón, de Buenos Aires. Allí sacaron una camilla y enseguida montaron a mi primita. El médico, después de examinarla, les dijo a mi tía, a mi primo y a Orlando: “Lo siento mucho, no hay nada que hacer”. Mi tía casi se desmaya pero no se desmayó porque no lo podía creer. Cuando asimiló bien las cosas estaba destruida y gritaba mientras lloraba: “Mi niña no, no puede ser, mi niña no” (Blandón, 2006, pp. 111-114).

*El Colombiano* del 3 de mayo del año 2000 (p. 5D) publicó la noticia con el título de “Violencia sigue ensañada con los niños” y allí, en una fotografía durante la misa de velación, se pueden ver el féretro, a los padres de Laura, a su hermano Jonathan, y cerca de ellos a Helly. El recorte de prensa incluye un texto destacado que informa que “en lo que va corrido del 2000 han sido asesinados en Medellín seis menores entre un mes de nacido y once años de edad” (Martínez, 2000, mayo 3, p. 5D).

Hoy en día son borrosos estos hechos en la memoria de Helly, quien insiste en que poco recuerda de aquella época, de los mismos talleres de escritura y de cómo era el barrio, o cómo eran los juegos, cuando era una niña. Dice que a ella le gustaba estar en todo y era muy aplicada en el colegio, la Institución Educativa Gabriel García Márquez, en donde la convocaron a participar del ejercicio de memoria que proponía el Programa de Víctimas de la Alcaldía de Medellín. En una fotografía de aquellos talleres, un sábado de comienzos del 2006, aparece sonriente y con los crespos aplacados, junto a un perrito de peluche en el balcón de la Biblioteca Pública EPM.

Trata de recordar a otros compañeros del taller, pero solo atina a decir que había algunas señoras vecinas del barrio, amigas de su mamá o de su tía, y que había un par de compañeros del colegio, pero que ellos no terminaron de escribir la historia. Helly, en cambio, se alegró cuando vio el libro con su historia publicada y se sorprendió mucho, con un poco de vergüenza, cuando se dio cuenta de que la carátula tenía un dibujo suyo: en el que representa a su prima Laura desangrándose en la camilla del hospital.

Helly es licenciada en Matemáticas y da clase a grados décimos y onces del colegio Progresar en el barrio El Picacho, un sector de la ciudad quizás igual de conflictivo a Caicedo, en la montaña opuesta, donde ella nació, creció y aún habita. Dice, desde el presente, que haber contado aquella historia sirvió para conservar el recuerdo de su prima, y que ahora historias como esa deben seguirse escribiendo para que niños y adolescentes como sus estudiantes se den cuenta de lo que significa la guerra.

No podemos desconocer que esas cosas pasaron, y siguen pasando, obviamente, y si eso se queda como en el anonimato, pues es una manera de solapar esas cosas. [...] Pienso que con estas historias, los muchachos abren los ojos a muchas realidades que de pronto a ellos no les han tocado hasta el momento —de pronto sí; de pronto les han tocado peores—. Pero digamos que sí pueden abrir los ojos a tantas realidades, conocer historias, no solamente la mía, sino las otras, para formarse con la intención de no repetir (Blandón, 2019, feb. 26).

Para ella, la educación escolar y frente a la realidad es muy importante, quizás sea por eso que aunque su materia es la de matemáticas, tiene planes de formular con otros profesores un proyecto de memoria y de conocimiento de la ciudad en el que los estudiantes puedan visitar lugares como el Museo Casa de la Memoria.

Hablando más desde mi profesión, yo creo que para los estudiantes conocer esas cosas, puede que se asombren, porque ahora, digamos, estamos viviendo en un ambiente de relativa calma en la ciudad, entonces como que a ellos esas historias no les tocaron directamente, o no se acuerdan mucho porque estaban muy niños, o lo que sea, porque tienen otras problemáticas tal vez... Yo creo que ellos tienen que saber que todas esas cosas pasaron y, de una u otra manera, siguen pasando, sea en la ciudad o en el campo. Y ellos tienen que saber de todas las

consecuencias que estas cosas pueden traer a las familias, lo que eso puede traer al barrio, a la comunidad, a la sociedad, y también en ellos mismos. De una u otra manera, yo creo que si uno les abre los ojos a ellos, desde esas miradas, desde esas perspectivas, eso los puede hacer repensarse a sí mismos, por si en algún momento han pensado en tomar esa vía. O sea, que sepan cuánto daño le puedo yo hacer al otro, cómo puedo afectar yo al otro con algo tan instantáneo como lo es una bala, con algo tan barato como lo es una bala, y cómo eso puede repercutir en la vida de las personas.

Todo esto que pasó, que se vivía en ese tiempo, y que está en lugares como el Museo Casa de la Memoria, son cosas que usted tiene que saber que pasaron en su historia para no repetirlas, que pasaron en su comunidad, en su barrio, en su país, pues, en su mundo, para no repetirlas. Como tantas cosas que uno ahora ve, y uno dice: ¡Dios mío, eso cómo pudo haber pasado! No sé, digamos, el holocausto nazi, eso, uno dice: No, a mí no se me puede pasar por la cabeza pensar de esa manera (2019, feb. 26).

Puede leerse entre líneas la vocación de maestra de Helly, que toda la vida soñó con serlo, un poco porque esos eran los juegos habituales en su casa, con Laura por ejemplo, y un poco porque su profesor de sociales del colegio, Álvaro Vanegas, la inspiró en la pedagogía. Su mamá es ama de casa y su papá es albañil; Helly quiere ahora estudiar una maestría en enseñanza de las ciencias y por qué no, aunque no sabe si al mismo tiempo, el pregrado en Astronomía. Sus padres siempre la apoyaron, aunque ella, al salir del colegio, pensó que la universidad no era para ella, porque en su casa había dificultades económicas y porque veía la profesionalización como un hecho lejano, quizás para otra gente. Estudió, entonces, alguna técnica en educación especial y, como los números le hacían falta, buscó complementar con otra técnica en administración, pero seguía sin estar satisfecha: le hacían falta las ecuaciones y el practicar la docencia; fue entonces cuando resolvió presentarse a la Universidad de Antioquia y pasó de primera en el examen del 2011. No es esta tal vez la historia más común de los adolescentes en el barrio Caicedo, o entre sus compañeros de colegio, por eso ella les insiste a sus propios alumnos en el futuro que pueden alcanzar si lo imaginan y trabajan por él.

## II.

Helly no recuerda de los talleres de escritura a Cristian Yoleimar Cardona, o tal vez sí pero se le hace borroso: un niño que hacía buenos dibujos y se mantenía callado. Él sí se acuerda de ella porque le gustaba el sonido de su risa y sus dientes blancos. Han pasado trece años desde aquellos sábados en los que más de treinta personas se reunían en la Biblioteca EPM, junto al Parque de las Luces, para pensar las historias que iban a contar, participar de jornadas de dibujo o fotografía y compartir con otros lo que habían vivido.

Helly y Cristian hacían parte del grupo de estudiantes de la Institución Educativa Gabriel García Márquez que fueron convocados, como habitantes de una zona vulnerable de la ciudad, para explorar sus memorias sobre hechos de victimización que los afectaron a ellos o a sus familias. Cristian vivió en La Cima, barrio Caicedo, hasta los 17 años. Como los de este grupo eran estudiantes de bachillerato, veían los talleres como una actividad complementaria y a veces como una tarea de fin de semana.

Cristian, hoy de 27 años, contó en “Historia de un cocalero” (Cardona, 2006, pp. 66-71) lo que había pasado en su familia y con su padre cuando aún era muy pequeño o no había nacido, en un municipio lejano de Antioquia del que aún hoy solo ha oído hablar. Sobre su relato, cuenta:

Todos los nombres los cambié porque había cosas que era maluco decir las, o, no sé, como en ese entonces no tenía bien claras las cosas que habían pasado, creí que lo mejor era cambiar los nombres de las personas. [...]

Mi mamá no me contaba mucho, porque en sí la historia la estaba basando en ella y en mi papá, y en mi padrastro y otros integrantes de mi familia. Ella no me contaba, como que se avergüenza de las cosas que pasaron, como hay cosas que tampoco conté, porque maluco pues con ella. En sí me tocó buscar mucho fue con mi bisabuela, que tenía como noventa y algo en ese tiempo. La mamá de la mamá de mi mamá. Juana fue la que me contó la historia, que ese sí era su nombre. A ella no la perjudicaba tanto (2018, oct. 26).

El relato va desde que los personajes principales, “Jorge” y “Lucía”, sus padres, eran niños y se conocieron en el corregimiento El Doce de Tarazá, y llega hasta que Jorge persiste como cultivador de coca en el Bajo Cauca aunque esto le trae problemas de seguridad, se vuelve

un padre irresponsable y su familia se aleja de él para buscar un futuro sin tantos peligros en otra parte.

En El Doce, la abuela, mamá de Lucía, estuvo a cargo de Cristian, hasta que a sus hijos los mataron y todos tuvieron que huir a Medellín, donde el niño empezó a vivir con sus hermanos, su mamá y su padrastro.

Cristian no se llevó bien con ellos, primero porque la vida con el padrastro no fue agradable y después porque las personalidades de él y de su mamá empezaron a verse enfrentadas, explica. Él se considera tranquilo, ordenado y no le gusta que haya caos. Cuenta también que después de la época de los talleres, a los quince años, empezó a tener problemas en el barrio Caicedo, y por eso decidió abandonar el estudio e irse a Bogotá, donde había familiares que quizás podían ayudarlo. Allí pasó seis meses, pero no le gustó el ambiente de la casa a la que llegó y regresó a Medellín, ya no con su mamá sino “a otra parte”, porque prefería evitar nuevas peleas.

Cristian dice que en la época de los talleres y en los meses siguientes asistió a terapia psicológica porque lo veían muy callado, incluso retraído, y porque comenzó a evidenciar problemas en lo académico: “Tuve psicóloga porque pasé de ser muy buen estudiante a ser uno de los más malitos. Era muy juicioso. Me gustaban las ciencias naturales y la artística” (2018, oct. 26).

En esos irs y venires de convertirse en adulto sin haber obtenido el título de bachiller, vivió con amigos, con su abuela y en algunas temporadas regresó a casa de su mamá. En este momento, lleva siete meses con ella y con un hermano en el corregimiento de San Cristóbal, que le queda un poco lejos de su trabajo como mesero en un restaurante de la vía Las Palmas, un oficio que hace por ahora aunque no es a lo que espera dedicarse en adelante: “Yo soy tatuador”, dice.

Cristian cuenta que por haber sido desplazados del corregimiento El Doce, él, su abuela y una tía están en un proceso de reparación, y han recibido algunas ayudas del gobierno. “Tuvimos que salir con la mera ropa cuando mataron a los tíos míos”, explica (Cardona, 2018, oct. 26).

A él siempre le ha gustado dibujar. En los talleres de escritura hizo un cómic bien logrado que todos admiraron. De esa experiencia lo que más recuerda fue cuando la periodista que

los asesoraba en la escritura, Lina Martínez, los llevó a la Universidad de Antioquia, para que estuvieran en un lugar tranquilo y pudieran conversar sobre los avances que llevaban: “Fuimos por ahí, estuvimos escribiendo, conocimos la universidad, allá comimos. Es el día que más recuerdo, fue como un paseo. Era como un sitio relajado. A mí me gustaría estudiar ahí, hacer la Licenciatura en Artes” (2018, oct. 26).

Hace algunos años validó el bachillerato y cursó en el SENA una técnica en Gestión Comercial y Telemercadeo, también hizo algunos niveles de inglés, si bien dice que no ha estudiado en la universidad por falta de recursos suficientes.

Estuve estudiando para tatuador, y trabajé un poquito en esto. Tomé los cursos de tatuaje en una academia que hay por El Poblado, y ya después hice tatuajes en la casa, en un lugarcito que dejé para eso en una de las habitaciones, y también los hice a domicilio. En este momento paré todas esas cosas, porque estoy donde mi mamá y no tengo un espacio bueno para eso, y porque he estado tratando de buscar otras oportunidades: mucho tiempo me quedé por fuera de la parte laboral, y como que eso me ha perjudicado un poquito para encontrar otros trabajos más estables; entonces ahora lo que estoy haciendo es adquiriendo un poco experiencia laboral. Si uno va a ver, en el tatuaje solo yo tengo mi recomendación, y necesito son recomendaciones de otras personas (2018, oct. 26).

Helly y Cristian, que tienen la misma edad, crecieron en el mismo barrio y estudiaron en el mismo colegio, hoy tienen experiencias de vida muy diferentes. Sus caminos se bifurcaron después de los talleres de escritura de aquel año 2006. Volvieron a encontrarse en la presentación del libro en el auditorio del IDEA (Builes, 2006, junio 23), a la que ambos asistieron con su mejor vestido. Ahora solo comparten, junto a otros 18 autores, las páginas de *Jamás olvidaré tu nombre*, así como el reconocerse depositarios de unas historias de victimización que fueron determinantes en las vidas de sus familias, de las que ellos se consideran hoy un resultado.

## **Referencias**

Blandón Uribe, Helly Johana. (2019, febrero 26). Entrevista grabada en audio.

- \_\_\_\_\_. (2006). “El día”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 110-115). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Builes, Mauricio. (2006, junio 23). “Jamás olvidaré tu nombre”. *Semana*. Disponible en: <https://www.semana.com/on-line/articulo/jamas-olvidare-nombre/79576-3>.
- Cardona, Cristian Yoleimar. (2018, octubre 26). Entrevista grabada en audio.
- \_\_\_\_\_. (2006). “Historia de un cocalero”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 66-71). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Martínez, Rodrigo. (2000, mayo 3). “Violencia sigue ensañada con los niños”. *El Colombiano*, sección Última Hora, p. 5D.
- Nieto, Patricia (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.

## **Testimonio, memoria y narración**

A lo largo de este trabajo, las personas abordadas han dado cuenta, mediante frases, anécdotas y reflexiones, de asuntos que les dan un sentido contextual a los conceptos de testimonio, memoria y narración. Es decir, en la narrativa que los participantes elaboraron como testimonio de su experiencia vivida y reelaboraron como actualización del mismo, pueden apreciarse razones, motivos y maneras de comprender los diversos contextos en los que se desenvuelven, que son útiles al momento de analizar o entender cada narrativa como un aporte individual y particular, o una forma de vincularse, a la memoria colectiva, social e histórica de sus entornos.

Cada participante de este trabajo desde su cercanía con el lugar de origen, el barrio, la ciudad, la región y el país, así como desde su edad, proceso vital, oficio y capacidad de reflexión, constituye un punto de vista que los implica a cada uno como víctimas del conflicto armado colombiano y sus violencias, y que resulta de interés para los estudios transicionales y de la memoria, pues permite localizar conceptos, en este caso testimonio, memoria y narración, en el sujeto individual que ha trasegado por la pérdida y el sufrimiento, que ha podido elaborarlos como experiencia narrable y que con ello ha transformado o solidificado su subjetividad, el sujeto que cada uno es y ha sido negado por acción de la violencia.

El sujeto es la capacidad que tiene la persona de actuar creativamente, de constituirse su propia existencia, de comprometerse, de hacer elección; pero también, la capacidad para no ser prisionero de las normas, de la ley, del grupo. El sujeto además es el reconocimiento que le hacen a una persona otros que también son sujetos. Igualmente, es la capacidad de estar en relación con los demás. Aunque se trate de una relación conflictual con los otros. El sujeto se constituye en la relación interpersonal entre dos sujetos y también en la relación intercultural, social.

En los conflictos sociales el sujeto es la definición; la subjetividad no es sino un elemento entre otros del individuo. Es una capacidad, una virtualidad y esta capacidad se transforma o no en acción concreta. Para precisar cada vez más nuestra hipótesis, tenemos que decir que el sujeto es susceptible de convertirse

en actor, pero no siempre. Entonces la violencia, en algunos casos, no es más que la incapacidad del sujeto de convertirse en actor. Ese es el inicio de nuestra reflexión: la violencia no es más que la marca del sujeto contrariado, negado o imposible, la marca de una persona que ha sufrido una agresión, sea física o simbólica (Wieviorka, 2001, jul.-sept., pp 339-340).

Eugenio Serna, Orlando Guarín, Iván Darío y Jaime Arroyave, Ana Chalarca, Helly Johana Blandón y Cristian Cardona emergen hoy, como sujetos reconstituidos, con sus diversas trayectorias de vida, en las que ocupan un lugar preponderante, no solo al haber sido víctimas directas o indirectas de unos hechos específicos que acercaron el conflicto a sus existencias, sino también al haber participado de un proceso de creación del propio testimonio. Su acción concreta, que los sitúa como autores y dueños de unas narrativas, sin duda los posiciona hoy como sujetos particulares, como actores al decir de Wieviorka, y vinculados entre sí, en la ciudad de Medellín. Este vínculo entre ellos parte de la expresión compartida de su vivencia (Jimeno, 2010), en la articulación de un lenguaje emocional que al ser público “permite comunidades morales sostenidas en la ética del reconocimiento que alimenta la acción política” (p. 116).

Las narrativas que estas personas —autores, víctimas— pusieron en circulación como parte de los libros *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pisé aún crece la hierba*, son revisadas, ampliadas y a veces impugnadas por ellas mismas, según hechos posteriores de sus vidas, y también por la posibilidad que ofrece el tiempo de visitar el pasado con otra distancia emotiva y con materiales complementarios, como la interlocución, los recortes de prensa, las fotografías y los expedientes judiciales, los cuales propician aristas antes no exploradas de una memoria o incluso el develamiento de recuerdos que se hallaban solapados por el trauma o que no habían cobrado relación directa con momentos que permitieran su emergencia.

En el abordaje de las siete personas que participaron de este trabajo, fue posible conocer no solo sobre ellas mismas, sino también sobre los contextos a los que pertenecen: cada uno de los participantes abarca y encarna memorias que van más allá de la experiencia de victimización, de modo que sus trayectorias configuran complejas nociones alrededor del ser víctimas del conflicto armado en Colombia, del ser ciudadanos, del ser campesinos o

ciudadinos, del ser jóvenes o adultos, del ser mujeres u hombres, del ser obreros, mineros o profesionales, etc.

A continuación se presenta una reflexión sobre los conceptos que guiaron este trabajo — testimonio, memoria y narración—, los cuales pudieron ser reinterpretados constantemente a lo largo de las conversaciones y encuentros con los participantes de esta actualización narrativa de testimonios en tanto aporte a la memoria colectiva de la ocurrencia del conflicto en el país.

### **El testimonio: decir de sí**

El testimonio, como se mencionó en la introducción de este trabajo, es la narración que puede hacer el testigo de aquello que vivió, y que solo surge de la interpelación hecha por un otro que no estuvo en sus circunstancias. Dar testimonio implica la decisión de contar y también una operación de ordenamiento y selección —a veces consciente, a veces inconsciente—, que escoge y relata los hechos, los dota de sentido, los relaciona con el accionar propio y el de otros individuos, y los enuncia de cierta forma, en el marco social provisto por el lenguaje, para que puedan ser comprendidos no solo por quien los expresa sino también por quien está dispuesto a escucharlos y acoger allí una nueva interpelación.

Se aproxima esta definición luego de revisar los trabajos de investigadores como Emilio Crenzel (2011, jul.-dic.), Michael Pollak (2006), Elizabeth Jelin (2002 y 2017) y Elsa Blair (2008, ene.-jun.), entre otros, quienes dan cuenta de los aportes y problemáticas del testimonio, y con ello de su relevancia, en el contexto de los estudios sobre el pasado en sociedades traumatizadas por periodos de violencia extrema.

En palabras de Crenzel (2011, jul.-dic.), estudioso de las memorias de las desapariciones durante la dictadura argentina, el testimonio se sitúa “en referencia ‘a aquellos procesos sociales y políticos de construcción del sentido en los que, con mayor o menor consistencia participan los actores’, enmarcándolos en los contextos de enunciación que establecen las claves narrativas y explicativas, los límites ‘de lo decible’ y no solo en su adherencia a los hechos, sino también en su alejamiento de ellos” (p. 120). Es, en palabras más sencillas, el espacio de la voz del testigo, que, afirma Pollak (2006) en su investigación sobre la experiencia concentracionaria, “resulta del encuentro entre la disposición del sobreviviente a hablar y las posibilidades de ser escuchado” (p. 56), donde no debe perderse de vista que se

trata de una narración y una explicación (tal vez un conocimiento envenenado, como el de las mujeres tras la Partición de la India en 1947 y a través de las que Veena Das explora el significado de ser testigo de la violencia —1998, p. 244—), o bien de una historia habilitada para dar cuenta de un suceso, de un pasado.

Seis de los participantes en este trabajo habían dado cuenta de lo vivido como víctimas del conflicto<sup>1</sup> en los libros mencionados, porque allí, durante y después de la experiencia de los talleres de escritura donde se originaron sus relatos, se habilitó la disposición de ellos como sobrevivientes a “hablar”; así como se conformaron posibilidades para “ser escuchados” por otros, pares (también víctimas) y desconocidos (lectores posteriores de los relatos). Las voces de los testigos se concretaron en la elaboración de sus propios relatos testimoniales, y estas quedaron en forma de legado al haber sido publicadas en libros cuya circulación amplió las posibilidades de escucha de la sociedad.

Sumado a lo anterior, Francesca Denegri y Alexandra Hibbert (2016), quienes analizan la producción testimonial de Perú en el posconflicto, mencionan que “el testimonio tiene el potencial de insistir, incómodamente, en aquellas dimensiones del conflicto que no han sido ‘dejadas atrás’, que son parte de una temporalidad más larga y que por ello suponen un reto para la sociedad del presente” (p. 32). Este potencial de insistencia del testimonio, más su permanencia en el tiempo, no redundando tanto en los hechos victimizantes o que conforman el corazón del testimonio, sino que más bien tiene su efecto sobre los asuntos que permitieron la ocurrencia de esos hechos y que los hacen susceptibles de repetición en otros sujetos o sobre los cuales a la sociedad le cabe cierta responsabilidad. Por ejemplo, en el caso de los sobrevivientes de minas antipersona, como Eugenio Serna y Orlando Guarín, la insistencia incómoda no es sobre el haber pisado una mina, sino sobre la exclusión y el trato desigual que se ahonda en la sociedad y frente a las instituciones, como continuidad de la victimización, tras haberla pisado.

Desde el punto de vista de la sociedad, Francisco Ortega (2011), historiador que pone el acento de su análisis en el trauma social, dice que la escucha del testimonio

---

<sup>1</sup> De los siete participantes abordados, uno de ellos, Jaime Arroyave, no es autor de relato autobiográfico, sino que contribuyó a la narración elaborada por Iván Darío Arroyave sobre la vida y el asesinato del presbítero José Luis Arroyave.

nos permite acercarnos a la perspectiva, el lenguaje y las prácticas de los sufrientes, los modos en que estos padecen la violencia, la perciben, persisten y resisten; recuerdan sus pérdidas, les hacen duelo y reconstruyen sus relaciones cotidianas; la evaden o se ven obligados a coexistir con ella; la usan para negociar u obtener reductos de dignidad (a veces de manera poco evidente); y sobrellevan la huella de la violencia de una manera que no siempre aparece perceptible para quien proviene de fuera (p. 51).

Es, pues, ese testimonio de las víctimas el que puede contribuir a que se restablezca una relación entre partes de la sociedad que podían ignorarse o considerarse antagónicas, incluso desde antes del impacto de la violencia en ambas o en alguna de ellas. Se intenta pensar aquí en que la violencia padecida por unos individuos o unos grupos de la sociedad al ser incorporada en el testimonio de las víctimas puede romper algunas barreras que por diversas razones se interponen entre estos individuos y grupos y un denominado resto de la sociedad en la que se encuentran inmersos. Esto, porque el testimonio implica cierta visibilidad del carácter de los individuos y del grupo que lo enuncien, y así puede hacer comprensibles para quienes estén dispuestos a escucharlo no solo los hechos constitutivos de la violencia sino sus causas, impactos y consecuencias, todo lo cual supera el ámbito de enunciación.

Orlando Guarín, sin su testimonio de los hechos de violencia que ha vivido en el contexto del conflicto armado colombiano, puede ser observado por cualquier ciudadano de Medellín como un hombre de mediana edad que usa muletas y que debe hacer esfuerzos físicos para alcanzar el sustento cotidiano en la venta de papas fritas a la salida de un centro recreativo. En su testimonio, estas circunstancias de un presente achatado se amplían y encuentran su origen en lo que él llama “mi pesadilla”, lo cual es el asesinato de su único hijo varón, suceso posterior al haber vivido el desplazamiento del campo a la ciudad y anterior al haber caído en un campo minado. Leer lo que él expresó en los talleres de escritura de *Donde pisé aún crece la hierba*, en el 2008, y acercarse a quién es hoy, en el 2019, permite ahondar en su presente y abrir nuevamente una cierta ventana al pasado en el que fue receptor de una violencia generada en el conflicto armado colombiano, y que pareciera permanecer en su cotidianidad, no tanto en su desventaja física como sí en su forma de interactuar con las instituciones y otras personas. Su caso permite comprender con las insuficiencias que esto supone, quién es considerada, desde el punto de vista de la sociedad, como una víctima del

conflicto en Medellín, qué circunstancias debe atravesar en su vida diaria y por qué en un caso particular se ven implicados, como un entramado de factores, su familia, su lugar de trabajo, su ciudad, su relación con otros sujetos, su perspectiva de futuro, entre otros asuntos.

En el fondo de estas explicaciones asociadas al concepto de testimonio, “articulación particular de la experiencia” (Castillejo, 2013, 2016), subyacen características de la narración y de la memoria que a su vez están ligadas con el testigo, la voz que cuenta la historia, quien es narrador y personaje, así como víctima y sufriente, y también con su interlocutor, sea individuo-lector o colectivo-sociedad, que en su propia capacidad de agencia algo “hace” con la experiencia que se le ha transmitido.

El testimonio, en tanto evidencia de unos hechos ya ausentes, se conecta con la memoria porque es a través de este que los sujetos hacen la operación del recuerdo, de traer al presente no solo las acciones o lo ocurrido, sino también los puntos de vista de quienes intervinieron en ese pasado y, en particular, del narrador que ha sido capaz de elaborar la experiencia comunicable, propia y de su entorno, para disputar sentidos (y poderes) que continúan imponiéndose y transformando los marcos sociales.

Vale decir que en los procesos de reconstrucción de memoria histórica basados en testimonios son fundamentales preguntas asociadas a los hechos que son foco de esa reconstrucción, lo mismo que frente a su contexto y su impacto en una comunidad. El Grupo de Memoria Histórica de Colombia —GMH— (predecesor del Centro Nacional de Memoria Histórica) sugiere en su *Caja de herramientas* que para estos procesos se incluyan cuestiones acerca de “¿Qué pasó? ¿Cómo pasó? ¿Dónde pasó? ¿Por qué pasó? ¿Cómo se vivió? ¿Quiénes fueron? ¿Por qué lo hicieron? ¿Por qué pasó aquí y no en otro lado? ¿Por qué en ese momento?”, lo mismo que “¿Qué sucedía en la comunidad o en la región en el momento? ¿Qué y a quién cambió lo que pasó? ¿Qué pérdidas personales, familiares y comunitarias ocasionó? ¿Qué daños económicos, culturales, emocionales y espirituales significativos generó? ¿Cómo se afrontó lo que pasó? [y] ¿De qué maneras se resistió?” (2009, p. 10).

La memoria reconstruida sobre la vida e impacto de un líder social como el presbítero José Luis Arroyave es transmitida hoy, a diecisiete años de su asesinato, por sus hermanos Jaime e Iván Darío, quienes se complementan y contradicen en su narrativa de la experiencia comunicable, en la que tienen puntos comunes en cuanto a quién era y cómo construyó su

trayectoria de vida el sacerdote asesinado en la Comuna 13, y puntos divergentes, o sentidos en disputa, en cuanto a la figura del victimario y al contexto del crimen de su hermano José Luis. Es, acogiendo algunas de las preguntas del GMH, memoria transmitida a través del testimonio tanto la historia de vida del padre Arroyave como su lucha por la comunidad, y lo es también la comprensión que sus hermanos exponen de los hechos que rodearon su muerte y las explicaciones que cada uno de ellos da para decir, en el caso de Jaime, que perdona al victimario porque entiende el crimen como un hecho enmarcado por un conflicto político y social agudo, y, en el caso de Iván Darío, para negar este perdón por considerar insuficientes las razones de los homicidas así como el verlos en imposible propósito de enmienda. Los hermanos Arroyave perdieron a un integrante valioso de su familia; y en cuanto al pasado de este han llegado a acuerdos que se traslucen en la memoria por ellos transmitida, pero en cuanto a la posición política que implica el acto de perdón su divergencia puede entenderse como una disputa.

Las memorias son, entonces, el punto de contacto entre las víctimas que testimonian y la sociedad que intenta conocer aquella experiencia sobre la que ha valido la pena elaborar una narración: la guerra, no como drama insustancial sino como una serie de vivencias, con antecedentes y consecuencias, que han afectado a una primera persona —a centenares, a miles— y han determinado transformaciones en la identidad de los sujetos, tanto en lo público como en lo privado. Al respecto, se cita una de las definiciones de memorias aportada por el GMH en el 2011:

las memorias hacen parte de los procesos de construcción de los marcos interpretativos desde los cuales mujeres y hombres, e identidades colectivas, primero se construyen como actores que comparten un pasado y, por eso mismo, un presente y un futuro, y desde allí actúan sobre la realidad y se movilizan. En otras palabras, la acción que emprenden los seres humanos de manera coordinada es el resultado de aprendizajes e inculcaciones sociales, y de cálculos estratégicos, pero también de significados derivados de marcos interpretativos compartidos e inculcados no siempre conscientemente. Esos significados están íntimamente relacionados con el modo como nos apropiamos y leemos el pasado, y como, desde esa comprensión, interpretamos nuestro presente y proyectamos un futuro como colectivo (CNRR - GMH, 2011, pp. 52-53).

Están allí, inmersos en esta definición, los diferentes niveles en que se da el testimonio según la antropóloga Elsa Blair (2008, ene.-jun.), retomando a Claudia Feld:

como narrativas de los hechos y los recuerdos de ese pasado: como sentimientos recordados y como sentimientos generados en el acto de rememoración [...], como formas de transmisión intergeneracional [...], como reflexiones sobre lo vivido, en función del momento del curso de la vida en que se vivió, y las miradas actuales sobre ese pasado, como reflexión sobre el propio lugar de cada uno en el mundo y sobre la propia responsabilidad social (p. 91).

Casos como el de Helly Johana Blandón, que narra la muerte de su prima Laura a causa de una bala perdida en el barrio Caicedo, exponen que los hechos de violencia vividos o conocidos, que se consideran una afectación en la propia existencia, pueden motivar, en las víctimas, reflexiones que pueden ser constitutivas de una forma de ser o de un deseo por cumplir. Helly Johana, por ejemplo, expresa que es necesario contarles a los niños y adolescentes sobre el pasado de mayor violencia en la ciudad y el país, porque eso puede ayudarlos a tomar mejores decisiones con respecto a su desarrollo y formación personal, así como frente al ejercicio del poder al que cada uno llegue en su entorno. Para ella, la muerte de su compañera de juegos a los 8 años, y quien hoy tendría sus mismos 27, no es un suceso borroso —a pesar de que muchas circunstancias de la infancia dice haberlas olvidado—, sino que está integrado a quien es ella hoy, como profesora de matemáticas en una institución educativa del barrio El Picacho.

Estas experiencias que terminan siendo constitutivas de una persona, y que se incorporan a una narración elaborada, son una memoria que da cuenta del sujeto que enuncia. Dice la filósofa Judith Butler (2005):

Siempre damos cuenta de nosotros mismos a otro, sea inventado o existente, y ese otro establece la escena de interpelación como una relación ética más primaria que un esfuerzo reflexivo por dar cuenta de sí. Por otra parte, los propios términos que utilizamos para dar cuenta, y de los que nos valemos para volvernos inteligibles para nosotros mismos y para los otros, no son obra nuestra. Tienen un carácter social y establecen normas sociales, un ámbito de falta de libertad y

de posibilidad de sustitución dentro del cual se cuentan nuestras historias “singulares” (p. 35).

Ese dar cuenta de sí, aplicado al testimonio, debe contemplar no solo la experiencia que se ha vivido sino la experiencia de la narración misma, la cual es, en palabras del filósofo Paul Ricoeur (2006), “una mediación entre el hombre y el mundo, entre el hombre y el hombre, entre el hombre y sí mismo” (p. 16); lo que pone en juego tres características aplicadas a esas mediaciones: la referencialidad, la comunicabilidad y la comprensión de sí.

### **La memoria: interlocución del pasado**

El filósofo francés Henri Bergson, maestro de Maurice Halbwachs y quien experimentara el acontecimiento de la Primera Guerra Mundial, cuando explicó los mecanismos en el cerebro de la memoria-hábito y la relación cuerpo-mente, sentó las bases de conceptos que su alumno desarrollaría décadas después al aclarar que “no vamos del presente al pasado, de la percepción al recuerdo, sino del pasado al presente, del recuerdo a la percepción”, de modo tal que experimentamos dos tipos de memoria: “la memoria técnica (o constructiva), que se basa en la repetición y los hábitos motores” y “la memoria vital que revive un acontecimiento pasado en su originalidad única” (Bergalli, 2010, pp. 7-8). Memoria hábito y memoria vital serían centro de *Les cadres sociaux de la mémoire* (Halbwachs, 1925) y de *La mémoire collective* (Halbwachs, 1950), textos que aún hoy tienen vigencia en los estudios sobre cómo las sociedades recuerdan y que cada vez enlazan más ese ir del pasado al presente, ya complejizado en otras interacciones temporales, con la vida colectiva de los seres humanos, quienes no recuerdan solos sino en grupos y “lo hacen para perpetuar el sentimiento y las imágenes que forman la sustancia de su pensamiento” (Halbwachs, 1995, p. 218).

Luego de haber transcurrido casi un siglo de las primeras aproximaciones conceptuales de Halbwachs, se define la memoria según su línea de estudio, según el contexto en tensión, o según la perspectiva del actor social que la enuncie (como los grupos mencionados por el sociólogo francés). Por ejemplo, el Grupo de Memoria Histórica (GMH) de Colombia define las memorias, en plural, como *fuentes, objetos y métodos* de reconstrucción.

Las memorias también son fuentes que nos permiten comprender el curso que toman procesos sociales, en la medida que es desde ellas que los actores describen los eventos —en aquel noviembre pasó el evento x— y también les

otorgan una causalidad. En ese sentido, dados los marcos interpretativos que hemos absorbido, al recordar buscamos relevar ciertos eventos y otorgarles un sentido y una razón de ser. [...] De esta forma, en el campo de la memoria las personas construyen hilos explicativos, donde los eventos ocurridos responden a decisiones adoptadas por los protagonistas del devenir histórico en su región. [...] Las memorias son, además, el producto de una combinación de lógicas instrumentales estratégicas y códigos y lecturas emocionales constitutivos de la identidad de los actores. Por eso, incorporar las memorias permite elaborar una lectura de lo acontecido que otorga un lugar a sentimientos y emociones como el miedo, la rabia, la desazón, la antipatía o la simpatía, el sufrimiento o la indignación, aspectos todos que hacen parte de la “economía moral” de los actores, tan importante como la economía política clásica para entender sus posturas ante el orden.

Además de ser fuente, las memorias se convierten en objeto de investigación. Desde esta segunda acepción, es que surge una serie de interrogantes: ¿Cómo emerge una memoria? ¿Quién la teje? ¿Quién la divulga? ¿Con qué recursos cuenta? ¿Qué otras memorias impugna? ¿Cuáles deja en el silencio? ¿Qué intereses están en juego en estas específicas maneras de interpretar eventos y dinámicas? En este sentido, en un país en guerra, los actores no sólo disputan territorios y controles sobre comunidades enteras, sino que también se juegan reputaciones, justificaciones, legitimidades, en últimas, en el terreno de las memorias. Por esta razón, investigar las memorias es partir de la base de que ellas se encuentran inscritas en un campo de batalla, donde dan cuenta de las asimetrías de poder y las luchas entre los distintos actores en conflicto por sus reputaciones y legitimidades. [...]

Por último, las memorias se convierten en método cuando indican pasos concretos para aproximarse a las vidas, los recuerdos, las historias de las víctimas que no son ni la entrevista ni la encuesta, sino los talleres colectivos de memoria histórica. Como método, trabajan no sólo los recuerdos en clave colectiva, sino también la relación entre reminiscencia y espacio (mapas) y tiempo (líneas de

tiempo); memorias y cuerpo (mapas del cuerpo); y memorias y proyectos y agendas de futuro (colcha de retazos) (CNRR - GMH, 2011, pp. 52-54).

Estas consideraciones recogen la utilidad de la noción de memoria en plural, que ha emergido de tomar aspectos teóricamente asociados o a la memoria individual —el recordar de la persona que no ocurre sin un marco social y sin los otros, o sea que difícilmente existe—, o a la memoria colectiva —aquel pasado rememorado con el reconocer que se hace parte de un grupo o comunidad y que es por ello afín a la conformación de la identidad—, o a la memoria histórica —que implica ciertos consensos sobre el pasado y su explicación y que por ello busca ser hegemónico y con tendencia a la progresión de la sociedad—, o a la memoria social —más cercana a la disputa de sentidos porque enfrenta a lo colectivo no solo en lo que pasó sino también en el modo de recordarlo—, entre otras formas representativas del concepto.

Para este trabajo, se tomaron como características de la memoria en plural las consideraciones que Elizabeth Jelin presenta para su libro ya canónico *Los trabajos de la memoria*, como guías de un concepto localizado en América Latina, afín a las dinámicas sociales, políticas e históricas de finales del siglo XX e inicios del siglo XXI, que incluyen distintos ámbitos, puntos de vista y maneras de crear y ejercer la memoria. Dice Jelin (2002):

Este libro intenta contribuir a encontrar algunas herramientas para pensar y analizar las presencias y sentidos del pasado. Lo voy a hacer en distintos niveles y planos, en lo político y en lo cultural, en lo simbólico y en lo personal, en lo histórico y en lo social, a partir de tres premisas. Primero, entender las memorias como procesos subjetivos, anclados en experiencias y en marcas simbólicas y materiales. Segundo, reconocer a las memorias como objeto de disputas, conflictos y luchas, lo cual apunta a prestar atención al rol activo y productor de sentidos de los participantes de estas luchas, enmarcadas en relaciones de poder. Tercero, “historizar” las memorias, o sea, reconocer que existen cambios históricos en el sentido del pasado, así como en el lugar asignado a las memorias en diferentes sociedades, climas culturales, espacios de luchas políticas e ideologías (p. 2).

Esas tres premisas, que son formas de entender y abordar las memorias de los grupos y sujetos sociales, estuvieron presentes en cada uno de los relatos expresados individualmente por los

participantes de este trabajo, desde la elaboración inicial que cada uno hizo de su testimonio (premisas primera y segunda) hasta los encuentros del presente (las tres premisas) donde las memorias actualizadas de sí mismos se enlazaron, no desprovistas de tensiones, con la sustancia del pensamiento que los vincula como parte de una comunidad de víctimas y de una sociedad.

Acerca de los participantes de este trabajo se quiere dejar claro que cuando asistieron a los talleres de escritura, en el 2006, 2007 y 2008, fueron convocados por haber afrontado hechos de victimización relacionados con las violencias de la conflictividad social y política del país. Es por esto que se mencionan como víctimas del conflicto armado colombiano, lo que no quiere decir que cada uno de ellos se asuma hoy, 2019, bajo esta categoría que es utilizada en disposiciones como la Ley 1448 de 2011 para atender desde el Estado a esta población, si bien la consideran parte de su trayectoria de vida.

Eugenio Serna y Orlando Guarín, que han tenido mayor contacto con instituciones de salud y atención psicosocial, se autodenominan sobrevivientes de minas antipersona y ambos hacen parte de la asociación Somos Visibles, que agrupa a víctimas de este flagelo para desarrollar proyectos productivos y acercarse a programas gubernamentales de atención a víctimas. Los hermanos Arroyave consideran que su hermano José Luis es víctima del conflicto armado y que los familiares más cercanos a él, como su hermana Ana Cecilia y los hijos de esta, lo son también porque perdieron a una figura paterna, y como tal estas personas han estado en procesos de reparación económica por hechos de victimización, a su vez todos han contribuido a escenarios de reparación simbólica y han estado en audiencias de Justicia y Paz como víctimas de la acción de un grupo armado de la Comuna 13. Ana Chalarca no se asume como víctima del conflicto armado, sino más bien de la conflictividad social del barrio Caicedo que permeó a su familia desde la década de 1970, cuando sus hermanos hombres comenzaron a vincularse con bandas delincuenciales de la zona. Helly Johana Blandón no se ve a sí misma como una víctima del conflicto, pero sí observa a su familia como afectada por estas circunstancias de violencia por el hecho de haber vivido en un barrio donde los grupos armados imponían el orden y había peligros para actividades cotidianas como salir a trabajar o jugar en la calle. Y Cristian Cardona, quien de niño tuvo que salir desplazado de Tarazá junto a su abuela luego de que asesinaran a sus tíos maternos, siente que la violencia generada por este hecho y por el de que su padre se dedicara a una actividad ilegal ha sido determinante

en el resquebrajamiento de la unidad familiar y que esto los ha llevado a todos a considerarse víctimas de los contextos por los que han trasegado y a no poder verse a sí mismo como un joven que, libre de dificultades y presiones familiares, puede estudiar y cumplir sus expectativas de vida.

Hay en todos estos casos unas relaciones constantes entre pasado y presente, entre individuo y colectivo, entre sujeto y sociedad, que ajustan en cada caso los conceptos aquí abordados, como el de memoria en plural y su utilidad en el análisis. Al respecto el psicólogo social Félix Vásquez (2001) expresa: “Nuestro pasado está hecho de la memoria que construimos, pero pasado y memoria están atravesados también por los conocimientos que hemos ido adquiriendo a lo largo de nuestra vida, tengan estos que ver, o no, con la memoria” (p. 121). Se trata, entonces, de una pluralidad que no solo hace memoria con los hechos del pasado sino también con el presente, y donde no dejan de estar esas zonas de disputa, ese campo en tensión, esas relaciones de poder con diversos agentes. Por eso fue importante en este trabajo pretender la actualización de algunos testimonios sobre la experiencia de victimización, porque desde la vida presente de los participantes y desde los hechos por los que cada uno ha debido transitar luego de lo sufrido en el conflicto y luego de su elaboración como relato en los talleres de escritura, las memorias ofrecidas por ellos comportarían variaciones y nuevas interpretaciones para cada uno como sujeto y como parte de un grupo, también en interacción y tensión. En esa perspectiva, Jelin (2002), en su análisis de las memorias de la represión en la dictadura argentina, dice que “la experiencia individual construye comunidad en el acto narrativo compartido, en el narrar y el escuchar”, y agrega que:

La “experiencia” es vivida subjetivamente y es culturalmente compartida y compartible. [...] La memoria, entonces, se produce en tanto hay sujetos que comparten una cultura, en tanto hay agentes sociales que intentan “materializar” estos sentidos del pasado en diversos productos culturales que son concebidos como, o que se convierten en, vehículos de memoria, tales como libros, museos, monumentos, películas o libros de historia (p. 37).

Se ve así cómo el testimonio, definido al principio de este capítulo, se origina en la experiencia y es constitutivo de la memoria. Y se observa, con lo que dice Jelin, cómo es que esta memoria llega a producirse o a interactuar en la trama social. Son, pues, vehículos de

memoria los compendios de relatos *Jamás olvidaré tu nombre*, *El cielo no me abandona* y *Donde pisé aún crece la hierba*, como son agentes sociales quienes crearon, coordinaron y permitieron los talleres de escritura que reunieron a diversas víctimas del conflicto armado en busca de que asumieran una voz testimonial para traer del pasado esa experiencia vivida en lo particular, pero compartida en lo colectivo por estar directamente ligada a la ocurrencia del conflicto armado, aun en diversas coordenadas de la esfera pública y privada en la que se desenvuelven estas personas.

Max Weber, citado por Blair (2005), dice que las luchas políticas comunes a la vida y la muerte forman comunidades basadas en el recuerdo, “las cuales son con frecuencia más sólidas que los vínculos basados en la comunidad de cultura, de lengua o de origen” (p. 28), en lo que puede entenderse que el querer elaborar el testimonio (o finalmente el participar libremente de este proceso) sobre la experiencia del conflicto —en estrecha relación con la muerte— puede conformar una comunidad entre las víctimas, basada aquí en la memoria (del sufrimiento, del dolor) como vínculo. La antropóloga Veena Das (2008, p. 431) afirma, retomando a Durkheim, que se puede crear comunidad moral compartiendo el dolor, y que la expresión de este es una invitación a compartirlo.

Allí, entonces, en los talleres de escritura se construyó *comunidad* (moral en Das —2008—, emocional en Jimeno —2008—) porque la narración que se fue elaborando dio sentido a los relatos de unos y otros participantes, y de esa comunidad —que se amplió cuando los relatos hallaron lectores e intérpretes en los libros impresos— surgió, como se ha dicho, una memoria, ya no individual sino colectiva, que años después, en trabajos de profundización como este, se retoma para develar sentidos ya permeados por el tiempo y decantados por la reflexión de sus autores, y donde lo colectivo se torna social, por entenderse como flexible, en revisión, en construcción, en disputa. Vásquez (2001), quien observa la memoria como acción social, expresa:

La memoria, como sostiene Halbwachs, siempre se refiere a una persona que recuerda algo y que, mediante el lenguaje, puede establecer con otros y otras una comunicación que permita dar cuenta de la construcción de ese pasado que recuerda. [...] Pero no solo esto, sino que también nos apoyamos en los demás para construir los acontecimientos y hacernos inteligibles. La narrativa de una

vida forma parte de un conjunto de narrativas interconectadas que tiene que ver con las múltiples relaciones que los seres humanos establecemos (p. 80).

De esta forma, esos vehículos y esa memoria son el punto de contacto entre las víctimas, los testigos, y la sociedad de la que ellas también hacen parte. Resuena como eco de lo aquí expresado la frase de Tzvetan Todorov: “La memoria es responsable no sólo de nuestras convicciones sino también de nuestros sentimientos” (2000, p. 25).

### **La narración: el hilo de la identidad**

Como se ha venido enmarcando, el testimonio, en cualquiera de sus niveles, tiene no solo el fin de dar cuenta de unos hechos ocurridos, sino también, y quizás esto sea más importante, de dar cuenta del sujeto que lo produce. El doctor en psicología Ignacio Brescó (2009) explica: “las narraciones acerca del pasado no sólo tratan de describir lo que pasó, sino que, mediante una estructura coherente, intentan dar una explicación más o menos satisfactoria y verosímil de por qué pasó lo que pasó” (p. 217). Se amplía, así, el concepto de testimonio al de una narración con capacidad para intervenir en la identidad propia y ajena, que es contenedora del pasado y a la vez su filtro; una narración que conecta en el despliegue de una temporalidad un quién ha hecho qué, un por qué y un cómo, nunca absolutos pero sí suficientes por vía de la reflexión de lo vivido.

Es el testimonio, pues, una narración creada por un sujeto particular que decide cuál es el punto de partida, o la coordenada inicial de tiempo y espacio, y que decide su continuación, así como la peripecia y la resolución de la trama que ha merecido desplegarse como acontecimiento. Retomando a Jelin (2002): “El acontecimiento rememorado o ‘memorable’ será expresado en una forma narrativa, convirtiéndose en la manera en que el sujeto construye un sentido del pasado, una memoria que se expresa en un relato comunicable, con un mínimo de coherencia” (p. 27).

Tal relato comunicable conserva la estructura estudiada por Aristóteles en la tragedia griega, en la que hay una progresión de sucesos vividos por unos personajes que determinan el inicio, el nudo y el desenlace; si bien, aclara Ricoeur (2006), que no se trata de una enumeración de incidentes o acontecimientos, sino que la narración los organiza en un todo inteligible (p. 10), dentro de una historia caracterizada como “una totalidad temporal y el acto poético como una mediación entre el tiempo como flujo y el tiempo como duración” (p. 11). Allí, vuelve a

aparecer el testigo, o el productor del testimonio, como el personaje de su relato, el cual “construye la identidad del personaje, que podemos llamar su identidad narrativa, al construir la de la historia narrada” (Ricoeur, 1996, p. 147).

Aristóteles define en el capítulo VI de *Poética* que la tragedia es “la imitación de una acción elevada y completa, de cierta magnitud, en lenguaje sazonado, separada cada una de las especies (de aderezos) en las distintas partes, actuando los personajes y no mediante relato, y que mediante compasión y temor lleva a cabo la purgación de tales afecciones [piedad y temor]”; y explica: “Entiendo por ‘lenguaje sazonado’ el que tiene ritmo, armonía y canto, y por ‘con las especies (de aderezos) separadamente’, el hecho de que algunas partes se realizan sólo mediante versos, y otras, en cambio, mediante el canto” (Aristóteles, 1999, 1449b24-31). Y si se toma la tragedia como el tipo de narración que corresponde a los testimonios del conflicto armado colombiano, puede también tomarse en cuenta que la narración no es solamente una sucesión ordenada de hechos en un tiempo y lugar concretos, sino que hay una diversidad de asuntos, como emociones, lenguaje y “aderezos”, que afinan la memoria allí vertida y la dotan de un autor caracterizado en su relato.

Termina siendo todo esto un juego de palabras en que identidad, personaje y narración se retroalimentan constantemente, lo que quizás pueda comprenderse mejor al explicar que cuando una persona cuenta su historia lo hace tratando de ganar “una distancia crítica sobre un problema y distinguir entre pasado, presente y futuro” (La Capra citado por Jelin, 2002, p. 15); pues es esta su tarea de ordenar la historia, de situarse en ella, de abarcarla desde una cierta lejanía, de disponerla para que también le pertenezca a otros y de hacerse así parte del mundo que se había fracturado en la ocurrencia de los hechos violentos.

Cristian Cardona en su relato publicado en *Jamás olvidaré tu nombre* decidió ocultar las identidades de sus familiares para sentirse cómodo y no herir a sus parientes más cercanos por relatar allí hechos que aunque habían ocurrido unos diez años antes de su momento de enunciación aún podían causarles dolor a su mamá, a sus hermanos o a su abuela. Esta operación puede entenderse ahora como la forma que Cristian, como testigo, encontró para tomar una distancia —prudente o crítica— con los hechos constitutivos de su experiencia y poder así ordenarla para el entendimiento de otras personas.

Se trata de una mirada transformadora del pasado, de la que también habla la filósofa y traductora búlgara Anita Kasabova (2008, oct.):

el pasado es una reconstrucción retroactiva de la memoria, y la memoria debe ser concebida como una capacidad mental adaptativa que retiene y reproduce experiencias del pasado gracias a significados de una relación semántica conmutable entre el presente y las experiencias del pasado. O, para usar una metáfora, la memoria es en sí misma el filtro para el pasado, y ese filtro tamiza el contenido de la experiencia previa y por eso la modifica (p. 341).

En el caso de Ana Chalarca, que al contar el accionar de su hermano como victimario se refiere constante a las batallas que como mujer ella ha debido enfrentar, se evidencia la forma de operar de la memoria como filtro del pasado, un filtro que no solamente escoge lo que puede retener, sino que lo ordena para sí antes que para los demás, porque tiene la capacidad de fortalecerla en su personalidad y de validar las decisiones y acciones que ha emprendido a lo largo de su vida, signada como ha estado por la conflictividad familiar y social.

Como se ha leído en estas páginas, los conceptos de narración, memoria (en plural) y testimonio se complementan, al crear unas relaciones de temporalidad e identidad que transforman al sujeto enunciator y al enunciado mismo, pues la vida propia y el pasado, que al decir de Charles Taylor es percibida como narración (1996, p. 68), da sustento al testimonio y se vuelve núcleo de la memoria.

## Referencias

- Aristóteles. (1999). *Poética de Aristóteles. Edición trilingüe*. Madrid: Gredos.
- Bergalli, Roberto. (2010). "Presentación. Memoria colectiva como deber social". En: Roberto Bergalli e Iñaki Rivera Beiras (coords.). *Memoria colectiva como deber social* (pp. 5-23). Barcelona: Anthropos.
- Blair Trujillo, Elsa. (2008, enero-junio). "Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s)". *Estudios Políticos*, núm. 82, pp. 85-115.
- Brescó, Ignacio. (2009). "La construcción narrativa de los eventos del pasado. Una propuesta teórica". *Estudios de Psicología*, vol. 30, núm. 2, pp. 215-230.
- Butler, Judith. (2005). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Castillejo, Alejandro. (2013). *Los archivos del dolor: Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.

- \_\_\_\_\_. (2016). *Poética de lo otro: Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación – Grupo de Memoria Histórica. (2011). *La memoria histórica desde la perspectiva de género. Conceptos y herramientas*. Bogotá: CNRR.
- Congreso de Colombia. (2011). Ley 1448, por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones. Colombia.
- Crenzel, Emilio. (2011, julio-diciembre). “La transmisión interrogada. Jóvenes, conocimiento y memoria de la represión en el Hospital Posadas, Buenos Aires, Argentina”. *Universitas Humanística*, núm. 72, pp. 111-132.
- Das, Veena. (2008). “La antropología del dolor”. En: Francisco Ortega (comp.). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 409-436). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Denegri, Francesca y Hibbert, Alexandra. (eds.) (2016). *Dando cuenta: Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Halbwachs, Maurice. (1995). “Memoria colectiva y memoria histórica”. *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 69, pp. 209-222.
- Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. (2017). *Las luchas por el pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jimeno, Miriam. (2008). “Lenguaje, subjetividad y experiencia de violencia”. En: Fernando Ortega (comp.) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 261-291). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Kasabova, Anita. (2008, octubre). “Memory, memorials, and commemoration”. *History and Theory*, núm. 47, pp. 331-350. Middletown: Wesleyan University.
- Ortega, Francisco. (ed.). (2011). *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Ricoeur, Paul. (1996). *Sí mismo como otro*. México-Madrid: Siglo XXI.
- \_\_\_\_\_. (2006). “La vida: Un relato en busca de narrador”. *Ágora: Papeles de Filosofía*, vol. 25, núm. 2, pp. 9-22.
- Taylor, Charles. (1996). *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Todorov, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Vásquez, Félix. (2001). *La memoria como acción social: Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Wieviorka, Michael. (2001, julio-septiembre). “La violencia: Destrucción y constitución del sujeto”. *Espacio Abierto*, vol. 10, núm. 3, pp. 337-347.

## Conclusiones

El proceso de elaboración de cada una de las narrativas biográficas presentadas en este trabajo de profundización plantea reflexiones en torno a quiénes son hoy las víctimas sobrevivientes del conflicto armado colombiano, qué puede aportar su testimonio al constructo de memoria histórica en el país y, a su vez, cómo el alcanzar esta instancia de expresión personal puede contribuir a la emergencia de un sujeto político que decide participar de la ciudadanía desde su voz y experiencia aun cuando esta se halle aún fracturada por la violencia.

### **1. El para qué del testimonio parte de una conciencia moral que invoca una memoria ejemplar**

En *Si esto es un hombre*, relato publicado en 1958, Primo Levi (1987, pp. 318-322) expresa que la memoria, donde se implican el recordar y el contar, se convirtió en un deber para aquellos sobrevivientes de los campos de concentración —el Lager— que tenían preparación política, una convicción religiosa o una fuerte conciencia moral, porque estos comprendieron que debían darle un sentido a la experiencia de sufrimiento vivida, fuera para remarcar su injusticia, impedir la repetición en la historia o, en cualquier caso, otorgarle un lugar en el devenir de la humanidad. En las narrativas biográficas de este trabajo de profundización, que presentan el testimonio de víctimas de la violencia en el contexto del conflicto armado colombiano, los participantes se pueden asimilar a los sobrevivientes descritos por Levi en cuanto a que son poseedores de una fuerte conciencia moral y algunos en esa identidad se hallan en busca de una preparación política para hacer de su experiencia una memoria ejemplar en la actualidad de la ciudad de Medellín y de la vida ordinaria del país.

Eugenio Serna, sobreviviente de mina antipersona, dice que para él es importante contar y que se conozca lo que le sucedió, porque en su testimonio se evidencian las dificultades por las que ha debido atravesar, de manera que las generaciones más jóvenes pueden verlo como una lección de superación y optimismo y, a la vez, como una conminación a valorar oportunidades de ascenso social, como el estudio, a las que otras personas por causa de la guerra o de la falta de recursos económicos no pudieron acceder.

Uno sobrevivir a una mina antipersonal, eso es correr con mucha suerte. Y más poder contarlo. Donde yo caí, no solo caí yo, cayeron cuatro personas más y ninguno se salvó. [...] Entonces vea, caímos cinco, pero el único que está contando la historia soy yo. Dios quería que yo siguiera viviendo para que conociera muchas cosas. A eso me refiero, que tengo algo muy importante por hacer, por contar. Y, claro, hay que contar para que la gente vea cómo es la vida del campo, que no es fácil, porque muchos jóvenes, ciudadanos, tienen la forma, los papás se desmedran para que ellos vayan a la universidad y no, apenas se la pasan de bonitos por ahí, y aquí se puede ver cómo es la vida de muchos, lo que hay que aprovechar (Serna, 2018, oct. 30).

Helly Johana Blandón, quien siendo niña perdió a su prima y compañera de juegos y hoy se desempeña como docente de matemáticas en una institución educativa de la Comuna 6 de Medellín, expresa la fuerza de su conciencia moral en el querer que sus estudiantes conozcan el contexto y los hechos de violencia que ocurrieron en Medellín al finalizar el siglo XX cuando ellos aún no habían nacido. Es esta una manera de observar el pasado como una posibilidad de memoria ejemplar, que puede ayudar a comprender situaciones nuevas aunque impliquen agentes diferentes (Todorov, 2000).

No podemos desconocer que esas cosas pasaron, y siguen pasando, obviamente, y si eso se queda como en el anonimato, es una manera de solapar esas cosas. [...] Yo creo que los estudiantes se asombran mucho cuando escuchan hablar de esas historias, tal vez porque ahora estamos viviendo en un ambiente de relativa calma en la ciudad, entonces como que a ellos esas historias no les tocaron directamente, o no se acuerdan porque estaban muy niños, o porque tienen otras problemáticas... Sin embargo, yo sí creo que ellos tienen que saber que todas esas cosas pasaron y siguen pasando: sea en la ciudad, sea en el campo. Y tienen que saber todas las consecuencias que eso puede traer a las familias, que eso puede traer al barrio, a la comunidad, a la sociedad, y las consecuencias que puede tener eso también en ellos mismos. Yo creo que si uno les abre los ojos a ellos, desde esas miradas, desde esas perspectivas, eso los hace repensarse si es que en algún momento piensan tomar la vía de la violencia; pueden darse cuenta de cuánto daño le puedo yo hacer al otro, cómo puedo afectar yo al otro con algo

tan instantáneo como es una bala, con algo tan barato como es una bala, y cómo eso puede repercutir en la vida de las personas (Blandón, 2019, feb. 26).

## **2. El recuerdo implica disputas frente al sentido que este adquiere para las víctimas**

En las narrativas biográficas de las víctimas, donde subyace el testimonio de los hechos de violencia que las afectaron, se presentan dos tensiones: una, el deseo de querer ceñirse con exactitud a la ocurrencia de estos hechos, lo que se evidencia en las precisiones de fechas o de lugares a las que recurre cada uno; y otra, la interpretación de tales hechos que varía dependiendo de factores como el paso del tiempo, las condiciones de bienestar en el momento de enunciación, la posible afectación a otras personas implicadas en la narrativa y la influencia de hechos externos o del contexto en el que se enuncia.

Estas tensiones están implícitas en conceptos actualizados y localizados de memoria como el que propone la investigadora Eliana Sánchez González (2013), quien retoma a autores como Remo Bodei (1995) y Elizabeth Jelin (2002):

La memoria es una forma de distinguir y vincular a la vez, el pasado, el presente y el futuro; no se refiere tanto a la cronología de hechos que han quedado fijos en el pasado como a su significado para el presente. La memoria es entonces un acto del presente y su verdad no radica tanto en la exactitud de los hechos como en el relato y la interpretación de ellos (Sánchez González, 2013, en línea, párr. 9).

En el caso particular de las narrativas biográficas que actualizan el testimonio de las víctimas en este trabajo, las perspectivas de los hermanos Arroyave difieren no tanto frente a los hechos de vida y asesinato del presbítero José Luis Arroyave, sino más bien frente al sentido del perdón y la reconciliación derivado de la memoria que han establecido no ya en el contexto de ocurrencia del crimen, sino en el de la justicia transicional, cuando el autor material, miembro de un Comando Armado del Pueblo, aceptó haber cometido el homicidio y pidió perdón a los familiares.

Iván Darío Arroyave y Jaime Arroyave están de acuerdo en que José Luis era un promotor de los Derechos Humanos y que estaba, en ese año 2002, estableciendo alianzas, con la avenencia de las autoridades, para llegar a pactos entre grupos armados que impidieran mayores afectaciones a la población civil en la Comuna 13. Este acuerdo podría sugerir que

ambos verían el sentido de las luchas del presbítero con una similar comprensión del contexto y que, quizás, ambos apostarían por búsquedas de perdón y reconciliación. En el presente, luego de haber abanderado homenajes a la figura y significación del padre José Luis, Jaime considera que la muerte de su hermano es un hecho del conflicto armado y dice haber perdonado a quienes lo mataron, porque, afirma —aunque lejos de justificar el crimen— los homicidas provenían de contextos difíciles y se hallaban inmersos en una dinámica de guerra; por su parte, Iván Darío dice no poder perdonar nunca a los asesinos de su hermano, porque esto sería como avalar ese y otros crímenes similares, y porque, afirma, no siente como sincero el perdón solicitado por el autor material en sus audiencias de la Ley de Justicia y Paz.

Se ve, entonces, cómo estas tensiones presentan la memoria como campo de disputa, en el cada parte en desacuerdo agrega u omite información para legitimar su posicionamiento en este caso como víctimas del conflicto armado.

### **3. Distintos tipos de violencia marcan (incluso desde el presente) las trayectorias de las víctimas del conflicto**

El artículo 5 de la Ley 975 de 2005 define:

*Definición de víctima.* Para los efectos de la presente ley se entiende por víctima la persona que individual o colectivamente haya sufrido daños directos tales como lesiones transitorias o permanentes que ocasionen algún tipo de discapacidad física, psíquica y/o sensorial (visual y/o auditiva), sufrimiento emocional, pérdida financiera o menoscabo de sus derechos fundamentales. Los daños deberán ser consecuencia de acciones hayan transgredido la legislación penal, realizadas por grupos armados organizados al margen de la ley.

Y el artículo 3 de la Ley 1448 de 2011 precisa:

**VÍCTIMAS.** Se consideran víctimas, para los efectos de esta ley, aquellas personas que individual o colectivamente hayan sufrido un daño por hechos ocurridos a partir del 1.º de enero de 1985, como consecuencia de infracciones al Derecho Internacional Humanitario o de violaciones graves y manifiestas a las normas internacionales de Derechos Humanos, ocurridas con ocasión del conflicto armado interno. [...]

En ambas definiciones podrían incluirse la mayoría de participantes de este trabajo de profundización, salvo quizás Ana Chalarca, cuyo testimonio pone en duda que el daño sufrido en su familia esté vinculado al conflicto armado interno, pues se trata más bien del relato sobre su hermano, quien fuera victimario comprometido en acciones de bandas delincuenciales a mediados de los años ochenta. No obstante, se podría llegar al acuerdo, como en el informe *Medellín: Memorias de una guerra urbana* (CNMH, 2017), de que las bandas delincuenciales de esta época hacían parte del huracán de violencia que tuvo como epicentro a Medellín y que conllevó, entre otros aspectos, a que a principios de los noventa “Medellín y sus autoridades estaban [estuvieran] desbordados no solo por la inseguridad, sino también por los problemas sociales” (p. 75).

Es en ese contexto, cruce de inseguridad y problemas sociales, que ocurren las violencias de un buen número de víctimas que habitan Medellín, como Ana Chalarca y Helly Johana Blandón. O que deben enfrentar las que no vivían en la ciudad y que, luego del hecho sufrido, se desplazan a sus barrios, donde con frecuencia enfrentan nuevos hechos de victimización o la falta de oportunidades y los efectos de las conflictividades familiares y sociales que se presentan en el reacomodo de la trayectoria de vida, como en los casos de Cristian Yoleimar Cardona y Orlando Guarín.

Es esta una de las razones por las cuales el testimonio de las víctimas debe ampliarse y actualizarse hacia una narrativa biográfica que implique mucho más que los hechos evidentemente circunscritos a la ocurrencia del conflicto armado interno, pues solo así puede contribuirse no solo a una memoria más integral de los efectos de la guerra, sino también a la redefinición de políticas públicas para la atención de esta población, para la que el conflicto es a menudo una sola forma de vulneración entre otras tantas que padecen.

E, incluso, para que se complete el llamado que hace Miriam Jimeno (2010) frente a que la categoría de víctima se convierta en categoría de ética civil, con el poder de dar lugar a comunidades emocionales, que son también políticas, pues implican que personas en su individualidad se unan para actuar en torno a propósitos comunes, como sanar heridas que aún están abiertas en la memoria colectiva.

#### **4. La expresión de una narrativa biográfica por parte de individuos que han transitado por el sufrimiento puede contribuir a su identidad e inserción en la sociedad**

En la investigación *El lugar de las víctimas en Colombia*, del abogado Juan Felipe García Arboleda (2013), se establece que “las prioridades y expectativas de las víctimas de crímenes objeto del proceso de Justicia y Paz en Colombia” (Medina Aguilar, 2013, p. XIII) son “(i) la lucha contra la impunidad, (ii) la participación en el proceso penal, (iii) las medidas de reparación, (iv) el conocimiento de la verdad sobre crímenes internacionales, y (v) el conocimiento de la verdad sobre delitos de homicidio y desaparición forzada” (p. XIII), que pueden resumirse en justicia, reparación y verdad, y a lo que se agrega “la reconstrucción de ciudadanía con base en dos variables: el reconocimiento y dignificación de las formas de vida victimizadas —y destruidas— por el conflicto; y la validación de la esfera pública de los duelos individuales y colectivos de esas poblaciones, desde sus propias narraciones” (p. XV), lo que puede ser visto como memoria.

En estas prioridades y expectativas de las víctimas, el testimonio ocupa un lugar central, porque, al decir de Michael Pollak (2006), investigador de la experiencia concentracionaria, este sirve como prueba, justificación y comprobación de alguna certeza —lo que es necesario para el alcance de instancias jurídicas y acceso a derechos—, y, además, es representativo de una resistencia frente a lo establecido, de manera que se quiera fijar un recuerdo y transmitirlo a otros —la esencia de la memoria—, a menudo en oposición a lo que se considera ya determinado por agentes de la dominación. Así mismo, el testimonio, según Pollak, busca preservar la consciencia de sí, la identidad, y la posibilidad de que quien ha vivido la experiencia del trauma se inserte de nuevo en la trama social (pp. 25-28; 53-55).

Es esta la razón por la que existen, sobre todo a partir de la promulgación de la Ley 1448 de 2011, diversas iniciativas que promueven la emergencia del testimonio de las víctimas, especialmente desde las artes expresivas y “tecnologías del yo” que buscan que el sujeto pueda descifrarse a sí mismo (Foucault, 2008, pp. 45-53) y, en el caso colombiano, reconstruir el tejido social lacerado por la violencia así como “aportar a la consolidación del compromiso con la no repetición” (CNMH, 2013, p. 331).

En el apartado “Memorias: La voz de los sobrevivientes”, el informe *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad* (CNMH, 2013) da cuenta de algunas de las potencialidades de los testimonios de las víctimas, sobre todo cuando amplían su versión más allá de los hechos que las afectaron:

Los relatos rescatan a las víctimas y testigos como seres humanos que, por encima del desbalance de poder frente a los actores armados, responden a situaciones adversas y buscan alterar sus resultados. De esta manera, los testimonios acopiados por el GMH [Grupo de Memoria Histórica] reivindican el sentido político y la función reparadora que estas acciones tienen para sobrevivientes y testigos. En algunos casos, las memorias de estos actos dan cuenta también de los juicios y posiciones morales y políticas de estas personas. [...] La sociedad necesita saber lo que pasó. Esto quiere decir que el preciso mantener el registro de la devastación y explorar el por qué pasó, pero también el cómo se afrontó y se resistió. Estas historias no son necesariamente victoriosas, sino, más bien, memorias que, al reconstruir a las víctimas y las comunidades como sujetos y colectivos que perviven, responden y resisten, cumplen un papel de dignificación e igualmente de reconocimiento de sus verdades narrativas (pp. 359-360).

Quiere decir esto que promover testimonios que puedan decir no solo sobre el hecho vivido, sino que ayuden a la reconfiguración de la identidad del sujeto y de su comunidad, por vía de ampliarse hacia una narrativa biográfica más integral, en la que se buscan orígenes, explicaciones, consecuencias, motivaciones, reacciones, maneras de actuar frente a la fatalidad y la violencia, entre otros aspectos, puede contribuir a que el sujeto se fortalezca como individuo y pueda observarse con cierta capacidad de resiliencia y dispuesto a integrarse nuevamente en un tejido social, a menudo lejano del contexto anterior a la victimización.

Orlando Guarín, desplazado por la violencia de San Carlos a Medellín, sobreviviente de mina antipersona y cuyo hijo fue asesinado en una masacre ocurrida dentro de una finca cocalera de Puerto Valdivia, describió en su testimonio de *Donde pisé aún crece la hierba* (2009) los hechos de victimización que trastocaron su vida cotidiana, familiar y social; y en la narrativa biográfica que este trabajo presenta se evidencian algunas de las dificultades que se han derivado de estos hechos hasta el presente, donde él aún lucha por encontrar un lugar en el que pueda desenvolverse con ciertas libertades y bienestar.

No podría concluirse que si Orlando se expresara más sobre su trayectoria personal, sus dificultades desaparecerían, no; sin embargo, cuando él ha dado testimonio de sus vivencias —no solo como víctima del conflicto sino también en tanto ciudadano que emprende batallas cotidianas, como la búsqueda del sustento o la reclamación de medicinas en el sistema de salud—, ha podido participar de comunidades afectivas (el grupo que participó del taller de escritura en el 2008) y asociaciones civiles (Somos Visibles, en la que también está Eugenio Serna) en donde ha hallado personas en situaciones similares, con reclamos similares, que ofrecen, por lo menos, un compartir en sociedad.

### **5. La sociedad puede cohesionarse social y políticamente si comprende las fracturas producidas por sus desigualdades y violencias en la vida de los individuos**

Ya se ha visto en las experiencias de Guatemala (Conavigua, 2013) y Perú (Ulfe Young, 2013) que los conflictos internos de larga duración tienen consecuencias devastadoras para la población civil; como a su vez se ha observado que los grupos tradicionalmente —y por diversas cuestiones— pasivos en sus contextos políticos ejercen modos de resistencia que transmutan a una ciudadanía activa que comienza a intervenir decididamente en la esfera pública que se reconfigura en la posterioridad del conflicto.

Dicho de mala manera —porque es injusto con quienes han pagado un alto precio—, esta ciudadanía de las víctimas es el rédito menos terrible que se puede obtener de un largo periodo de violencia. En Colombia, luego de la firma del acuerdo de paz entre el Gobierno nacional y las FARC, el punto 2 de “Participación política: apertura democrática para construir la paz” intenta abrir espacios en la política tradicional a grupos excluidos como las víctimas, los excombatientes y quienes han expresado un pensamiento de izquierda. Sin embargo, el panorama real es que desde el momento de inicio de la implementación del acuerdo, alrededor de 648 líderes sociales y políticos han sido asesinados (Telesur, 2019, abril 12; Indepaz, 2019, mayo 23), sobre todo en zonas donde estaban asentadas las FARC. Esto puede interpretarse, junto a otros hechos de la actualidad nacional, como que aún es temprano para considerar el fin del conflicto armado interno en Colombia, y por lo tanto para analizar cómo ha sido la emergencia de una ciudadanía activa, de las víctimas por ejemplo, en un contexto tan inestable. Se puede decir, no obstante, que los movimientos de víctimas y ciudadanos que reclaman verdad, justicia, reparación, acceso a la memoria y garantías de no

repetición han determinado la ampliación de la esfera pública y han propendido por la formación política de sus integrantes.

Más allá de esto, la sociedad en general, donde las élites regionales y políticas aún ostentan una dominación tangible sobre la memoria colectiva y social del país, aún está en mora de comprender las fracturas que se han presentado en su constructo por causa del conflicto y de sus desigualdades y violencias. Para que algún día esa sociedad esté en capacidad de comprender esto —y de comprenderse a sí misma en sus identidades heridas por el sufrimiento y la guerra—, el testimonio de las víctimas, junto a las narrativas biográficas en las que este se inserta, debe cobrar relevancia, multiplicarse y ser insistente para alcanzar una ética del reconocimiento que haga efectiva la acción política de las comunidades emocionales, no solo para sanar heridas del pasado en su memoria, sino también para contribuir en la restitución de los derechos y accesos al mundo ciudadano de quienes han sido portadores de un dolor transmutado como conocimiento envenenado (Das, 2008).

## Referencias

- Blandón Uribe, Helly Johana. (2019, febrero 26). Entrevista grabada en audio.
- Bodei, Remo. (1995). “Memoria histórica, olvido e identidad colectiva”. En: Nora Rabotnikof, Ambrosio Velasco y Corina Yturbe (comps.). *La tenacidad de la política* (pp. 81-108). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: CNMH.
- . (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH, Corporación Región, Ministerio del Interior, Alcaldía de Medellín, Universidad Eafit, Universidad de Antioquia.
- Conavigua. (2013). *Del genocidio y la sobrevivencia a protagonistas de una historia propia. Memorias de organización, lucha y trabajo por la unidad y la dignidad de la mujer, Conavigua: 1988-2012*. Guatemala: Maya’ Wuj.
- Das, Veena. (2008). “El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad”. En: Fernando Ortega (comp.). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 217-250). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Foucault, Michael. (2008). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- García Arboleda, Juan Felipe. (2013). *El lugar de las víctimas en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Temis.
- Indepaz. (2019, mayo 23). *Todos los nombres, todos los rostros: Informe de derechos humanos sobre la situación de líderes/as y defensores de derechos humanos en los territorios*. Separata de actualización. Disponible en: <http://www.indepaz.org.co/wp->

content/uploads/2019/05/SEPARATA-DE-ACTUALIZACION%CC%81N-mayo-  
Informe-Todas-las-vozes-todos-los-rostros.-23-mayo-de-2019-ok.pdf.

- Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jimeno, Miriam. (2010). “Emoções e política: A vítima e a construção de comunidades emocionais”. *Mana*, vol. 16, núm. 1, pp. 99-121.
- Levi, Primo. (1987). *Si esto es un hombre*. Barcelona: De Bolsillo.
- Medina Aguilar, Claudia. (2013). “Prólogo”. En: Juan Felipe García Arboleda. *El lugar de las víctimas en Colombia* (pp. XI-XVII). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Temis.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Sánchez González, Eliana. (2013). “Las disputas por la memoria. Las víctimas y su irrupción en la esfera pública, Medellín 2004-2010”. *Estudios Políticos*, núm. 42, pp. 61-84.
- Serna, Eugenio. (2018, octubre 30). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Telesur. (2019, abril 12). “¿Cuántos líderes sociales han asesinado durante 2019 en Colombia?”. Disponible en: <https://www.telesurtv.net/news/lideres-sociales-asesinados-colombia-20190412-0002.html>.
- Todorov, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Ulfe Young, María Eugenia. (2013). *¿Y después de la violencia que queda? Víctimas, ciudadanos y reparaciones en el contexto post-CVR en el Perú*. Buenos Aires: Clacso. Disponible en: <http://departamento.pucp.edu.pe/ciencias-sociales/files/2013/07/ULFEYdespuesdelaviolencia.pdf>.

## Bibliografía general

- Aguilar Forero, Nicolás. (2018, abril-junio). “Políticas de la memoria en Colombia: iniciativas, tensiones y experiencias (2005-2016)”. *Historia Crítica*, núm. 68, pp. 111-130. Disponible en: <https://doi.org/10.7440/histcrit68.2018.06>.
- Alexievich, Svetlana. (2015). *La guerra no tiene rostro de mujer*. Bogotá: Debate.
- Aranguren Romero, Juan Pablo. (2012). *La gestión del testimonio y la administración de las víctimas: El escenario transicional en Colombia durante la ley de Justicia y Paz*. Bogotá: Siglo del Hombre.
- Arendt, Hannah. (1993). *La condición humana*. Barcelona: Paidós.
- Aristóteles. (1999). *Poética de Aristóteles. Edición trilingüe*. Madrid: Gredos.
- Arroyave, Iván Darío. (2007). “Septiembre negro”. En: Patricia Nieto (ed.). *El cielo no me abandona* (pp. 143-152). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Arroyave, Iván Darío. (2018, agosto 22). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Arroyave, Iván Darío. (2019, febrero 2). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Arroyave, Jaime. (2016, febrero 6). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Benjamin, Walter. (2002). “Experiencia y pobreza”. En: *Ensayos III*. Madrid: Editora Nacional. Pp. 45-72.
- Bergalli, Roberto. (2010). “Presentación. Memoria colectiva como deber social”. En: Roberto Bergalli e Iñaki Rivera Beiras (coords.). *Memoria colectiva como deber social* (pp. 5-23). Barcelona: Anthropos.
- Blair Trujillo, Elsa. (2008, enero-junio). “Los testimonios o las narrativas de la(s) memoria(s)”. *Estudios Políticos*, núm. 82, pp. 85-115.
- Blandón Uribe, Helly Johana. (2006). “El día”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 110-115). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Blandón Uribe, Helly Johana. (2019, febrero 26). Entrevista grabada en audio.
- Blu Radio. (2017, febrero 3). “194 empresas financiaron a grupos paramilitares entre 1996 y 2004: Fiscalía” [en línea]. Disponible en: <https://www.bluradio.com/judicial/194-empresas-financieros-grupos-paramilitares-entre-1996-y-2004-fiscalia-130023>.
- Bodei, Remo. (1995). “Memoria histórica, olvido e identidad colectiva”. En: Nora Rabotnikof, Ambrosio Velasco y Corina Yturbe (comps.). *La tenacidad de la política* (pp. 81-108). México: Universidad Nacional Autónoma de México.
- Brescó, Ignacio. (2009). “La construcción narrativa de los eventos del pasado. Una propuesta teórica”. *Estudios de Psicología*, vol. 30, núm. 2, pp. 215-230.
- Builes, Mauricio. (2006, junio 23). “Jamás olvidaré tu nombre”. *Semana*. Disponible en: <https://www.semana.com/on-line/articulo/jamas-olvidare-nombre/79576-3>.

- Butler, Judith. (2005). *Dar cuenta de sí mismo. Violencia, ética y responsabilidad*. Buenos Aires: Amorrortu.
- Cardona, Cristian Yoleimar. (2006). “Historia de un coccalero”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 66-71). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Cardona, Cristian Yoleimar. (2018, octubre 26). Entrevista grabada en audio.
- Castillejo, Alejandro. (2013). *Los archivos del dolor: Ensayos sobre la violencia y el recuerdo en la Sudáfrica contemporánea*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Castillejo, Alejandro. (2016). *Poética de lo otro: Hacia una antropología de la guerra, la soledad y el exilio interno en Colombia*. Bogotá: Universidad de los Andes.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2013). *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*. Bogotá: CNMH.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2017). *Medellín: Memorias de una guerra urbana*. Bogotá: CNMH, Corporación Región, Ministerio del Interior, Alcaldía de Medellín, Universidad Eafit, Universidad de Antioquia.
- Centro Nacional de Memoria Histórica, CNMH. (2018, marzo 6). “Trece años de la operación Orión”. Disponible en: <http://www.centrodememoriahistorica.gov.co/de/noticias/noticias-cmh/trece-anos-de-operacion-orion>.
- Chalarca, Ana. (2006). “El poder, el hambre y el hampa”. En: Patricia Nieto (ed.). *Jamás olvidaré tu nombre* (pp. 123-131). Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Chalarca, Ana. (2019, marzo 19). Entrevista grabada en audio.
- Comisión Nacional de Reparación y Reconciliación, CNRR. (2009). *Recordar y narrar el conflicto. Herramientas para reconstruir memoria histórica*. Bogotá: CNRR, Área Memoria Histórica.
- Conavigua. (2013). *Del genocidio y la sobrevivencia a protagonistas de una historia propia. Memorias de organización, lucha y trabajo por la unidad y la dignidad de la mujer, Conavigua: 1988-2012*. Guatemala: Maya’ Wuj.
- Congreso de Colombia. (2011). Ley 1448, por la cual se dictan medidas de atención, asistencia y reparación integral a las víctimas del conflicto armado interno y se dictan otras disposiciones. Colombia.
- Crenzel, Emilio. (2011, julio-diciembre). “La transmisión interrogada. Jóvenes, conocimiento y memoria de la represión en el Hospital Posadas, Buenos Aires, Argentina”. *Universitas Humanística*, núm. 72, pp. 111-132.
- Das, Veena. (2008). “El acto de presenciar. Violencia, conocimiento envenenado y subjetividad”. En: Fernando Ortega (comp.). *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 217-250). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Das, Veena. (2008). “La antropología del dolor”. En: Francisco Ortega (comp.). *Sujetos de dolor, agentes de dignidad* (pp. 409-436). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.

- Denegri, Francesca y Hibbert, Alexandra. (eds.) (2016). *Dando cuenta: Estudios sobre el testimonio de la violencia política en el Perú (1980-2000)*. Lima: Pontificia Universidad Católica del Perú.
- Dinero. (2017, marzo 8). “Fosyga y Consorcio Sayp no van más”. Disponible en: <https://www.dinero.com/economia/articulo/consorcio-sayp-y-fosyga-se-acaban/248230>.
- El Colombiano. (1987, mayo 4). Sección Seguridad, p. 6B.
- El Colombiano. (2002, septiembre 3). “Civiles marchan contra los homicidios y fusiles”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.
- El Colombiano. (2002, septiembre 22). “Ecos y comentarios. Otra luz que se extingue”. Sección Opinión, p. 5A.
- El Colombiano. (2005, agosto 25). “Masacre en Valdivia”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- El Colombiano. (2005, agosto 26). “Tras ataque crece temor en Tarazá y Valdivia”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 5D.
- El Colombiano. (2006, abril 4). “Un día por el No a las minas antipersona”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- El Colombiano. (2006, abril 6). “Mina antipersona, ese enemigo cobarde”. Editorial, p. 5A.
- El Colombiano. (2006, abril 12). “Mina amputa pierna de niño en Ituango”. Sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- El País. (2014, mayo 8). “Víctimas del conflicto armado realizan plantón en Bogotá exigiendo reparación”. Disponible en: <https://www.elpais.com.co/judicial/victimas-del-conflicto-armado-realizan-planton-en-bogota-exigiendo-reparacion.html>.
- Foucault, Michael. (2008). *Tecnologías del yo*. Buenos Aires: Paidós.
- García Arboleda, Juan Felipe. (2013). *El lugar de las víctimas en Colombia*. Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Temis.
- Giraldo, Carlos Alberto. (2002, agosto 15). “El padre Arroyave invita a no reprimir más a la Comuna 13”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.
- Giraldo, Martha Lucía. (2012, junio). “Registro de la memoria colectiva del conflicto armado en Colombia: un estado de la cuestión”. *BID. Textos Universitarios de Biblioteconomía i Documentació*, núm. 28. Disponible en: <http://bid.ub.edu/28/giraldo2.htm>.
- Giraldo, Martha Lucía; Gómez, Jaime Alberto; Cadavid, Beatriz Elena; y González, Marcela. (2011). *Estudios sobre memoria colectiva del conflicto: Colombia, 2000-2010*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Guarín, Orlando. (2009). “En busca de mi hijo”. En: Patricia Nieto (ed.). *Donde pisé aún crece la hierba* (pp. 104-119). Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.
- Guarín, Orlando. (2019, enero 22). Entrevista grabada en audio. Medellín.

- Guber, Rosana. (2011). *La etnografía: Método, campo y reflexividad*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Gutiérrez, Silvia Luz. (2018). *Retratos de La Gorgona: La comunidad de la Isla-Prisión Gorgona, 1958-1985*. Tesis de Maestría en Historia. Medellín: Universidad Nacional de Colombia. Disponible en: <http://bdigital.unal.edu.co/64707/1/43866313.2018.pdf>.
- Halbwachs, Maurice. (1995). "Memoria colectiva y memoria histórica". *REIS: Revista Española de Investigaciones Sociológicas*, núm. 69, pp. 209-222.
- Hoyos, Juan José. (2003). *Escribiendo historias: El arte y el oficio de narrar en el periodismo*. Medellín: Editorial Universidad de Antioquia.
- Huyssen, Andreas. (2002). *En busca del futuro perdido: Cultura y memoria en tiempos de globalización*. México: Fondo de Cultura Económica.
- Jelin, Elizabeth. (2002). *Los trabajos de la memoria*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jelin, Elizabeth. (2017). *Las luchas por el pasado*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Jimeno, Miriam. (2008). "Lenguaje, subjetividad y experiencia de violencia". En: Fernando Ortega (comp.) *Sujetos del dolor, agentes de dignidad* (pp. 261-291). Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Jimeno, Miriam. (2010). "Emoções e política: A vítima e a construção de comunidades emocionais". *Mana*, vol. 16, núm. 1, pp. 99-121.
- Kasabova, Anita. (2008, octubre). "Memory, memorials, and commemoration". *History and Theory*, núm. 47, pp. 331-350. Middletown: Wesleyan University.
- Kapuscinski, Ryszard. (2004). *El mundo de hoy: Autorretrato de un reportero*. Barcelona: Anagrama.
- Levi, Primo. (1987). *Si esto es un hombre*. Barcelona: De Bolsillo.
- Martínez, Rodrigo. (2000, mayo 3). "Violencia sigue ensañada con los niños". *El Colombiano*, sección Última Hora, p. 5D.
- Medina Aguilar, Claudia. (2013). "Prólogo". En: Juan Felipe García Arboleda. *El lugar de las víctimas en Colombia* (pp. XI-XVII). Bogotá: Pontificia Universidad Javeriana, Temis.
- Mogollón, Glemis. (2006, abril 18). "Consuelo para las víctimas del conflicto en Medellín". *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- Nieto, Patricia (ed.). (2006). *Jamás olvidaré tu nombre*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Nieto, Patricia. (2007). *El cielo no me abandona*. Medellín: Alcaldía de Medellín.
- Nieto, Patricia (ed.). (2009). *Donde pisé aún crece la hierba*. Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.
- Nieto, Patricia. (2014). *Relatos autobiográficos del conflicto armado en Colombia: El caso reciente de la ciudad de Medellín*. Tesis doctoral. La Plata: Universidad Nacional de La Plata.

- Ortega, Francisco. (ed.). (2011). *Trauma, cultura e historia: Reflexiones interdisciplinarias para el nuevo milenio*. Bogotá: Universidad Nacional de Colombia.
- Pollak, Michael. (2006). *Memoria, olvido y silencio. La producción social de identidades frente a situaciones límite*. La Plata: Al Margen.
- Ricoeur, Paul. (1996). *Sí mismo como otro*. México-Madrid: Siglo XXI.
- Ricoeur, Paul. (2006). “La vida: Un relato en busca de narrador”. *Ágora: Papeles de Filosofía*, vol. 25, núm. 2, pp. 9-22.
- Sánchez González, Eliana. (2013). “Las disputas por la memoria. Las víctimas y su irrupción en la esfera pública, Medellín 2004-2010”. *Estudios Políticos*, núm. 42, pp. 61-84.
- Serna, Eugenio. (2009). “Bitácora de un andariego”. En: Patricia Nieto (ed.). *Donde pisé aún crece la hierba* (pp. 44-64). Medellín: Alcaldía de Medellín, Universidad de Antioquia.
- Serna, Eugenio. (2018, octubre 30). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Serna, Eugenio. (2019, febrero 8). Entrevista grabada en audio. Medellín.
- Taylor, Charles. (1996). *Fuentes del yo: La construcción de la identidad moderna*. Barcelona: Paidós.
- Telesur. (2019, abril 12). “¿Cuántos líderes sociales han asesinado durante 2019 en Colombia?”. Disponible en: <https://www.telesurtv.net/news/lideres-sociales-asesinados-colombia-20190412-0002.html>.
- Todorov, Tzvetan. (2000). *Los abusos de la memoria*. Barcelona: Paidós.
- Tribunal Superior de Medellín, Sala de Justicia y Paz. (2016, septiembre 9). Sentencia. Postulado: Fredi Alonso Pulgarín Gaviria. Estructura: Comandos Armados del Pueblo. Magistrada Ponente María Consuelo Rincón Jaramillo. Disponible en: [https://verdadabierta.com/com-docman/?file=1366-sentencia-justicia-y-paz-sobre-comandos-armados-del-pueblo&category\\_slug=sentencias&Itemid=267](https://verdadabierta.com/com-docman/?file=1366-sentencia-justicia-y-paz-sobre-comandos-armados-del-pueblo&category_slug=sentencias&Itemid=267).
- Ulfe Young, María Eugenia. (2013). *¿Y después de la violencia que queda? Víctimas, ciudadanos y reparaciones en el contexto post-CVR en el Perú*. Buenos Aires: Clacso. Disponible en: <http://departamento.pucp.edu.pe/ciencias-sociales/files/2013/07/ULFEYdespuesdelaviolencia.pdf>.
- Vásquez, Félix. (2001). *La memoria como acción social: Relaciones, significados e imaginario*. Barcelona: Paidós.
- Verdad Abierta. (2011, enero 11). “Los tentáculos del Bloque Central Bolívar”. Disponible en: <https://verdadabierta.com/los-tentaculos-del-bloque-central-bolivar/>.
- Verdad Abierta. (2012, junio 28). “Los tentáculos del Bloque Mineros”. Disponible en: <https://verdadabierta.com/cuco-vanoy-paramilitares-bajo-cauca-antioquia/>.
- Yarce, Elizabeth. (2002, septiembre 9). “En Comuna 13 exigen cese de los combates”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 11A.
- Yarce, Elizabeth. (2002, septiembre 20). “Duelen cifras de conflicto urbano”. *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 12A.

- Yarce, Elizabeth. (2002, septiembre 21). "Mártir de los pobres". *El Colombiano*, sección Paz y Derechos Humanos, p. 10A.
- Yarce, Elizabeth. (2002, septiembre 22). "Adiós a una esperanza". *El Colombiano*, sección Últimas Noticias, p. 3A.
- Yarce, Elizabeth. (2005, agosto 26). "Por su hijo, Orlando hace lo que sea". *El Colombiano*, p. 3A.